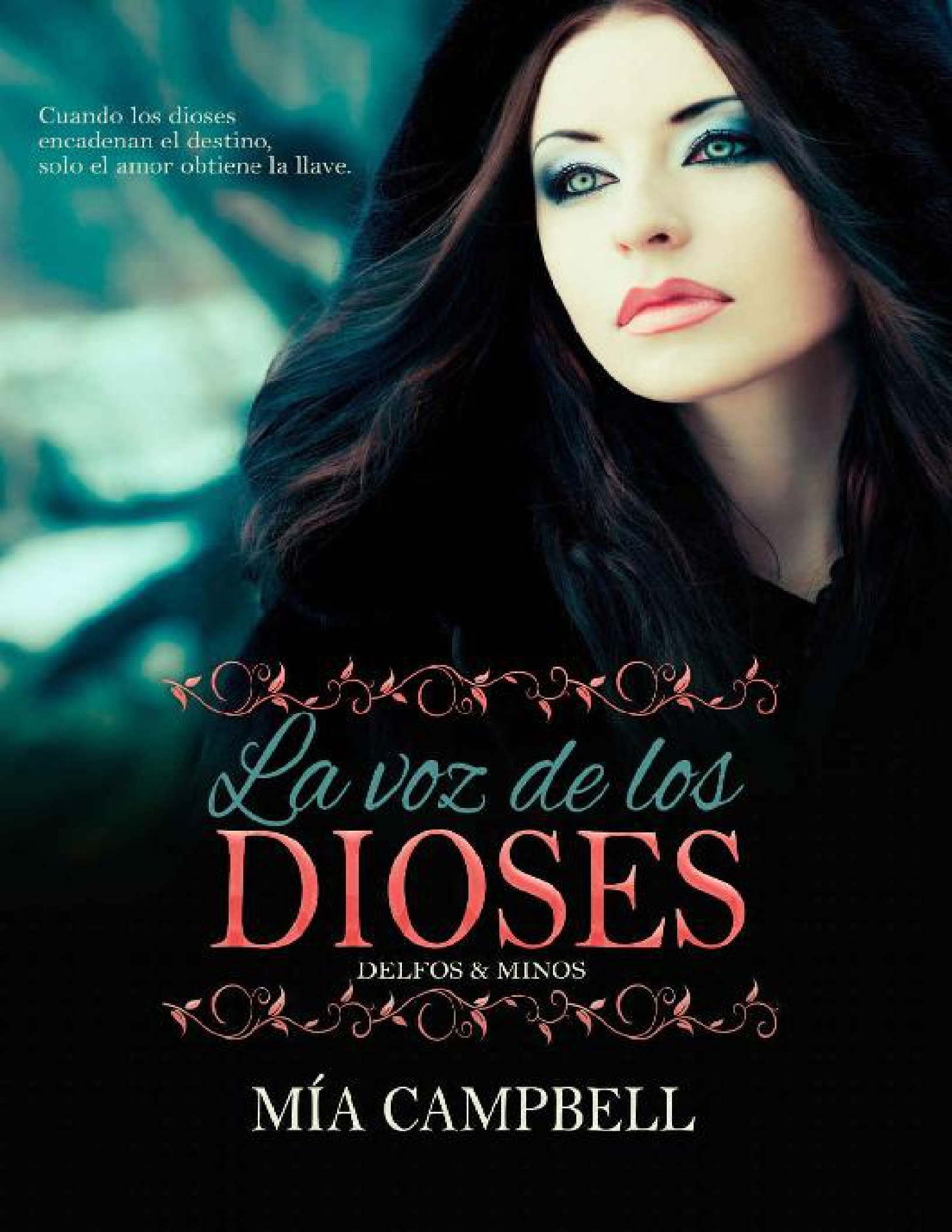


Cuando los dioses
encadenan el destino,
solo el amor obtiene la llave.



La voz de los
DIOSES
DEL FOS & MINOS

MÍA CAMPBELL

LA VOZ DE LOS DIOSES

Delfos & Minos

Mia Campbell

COPYRIGHT

LA VOZ DE LOS DIOSES

Delfos & Minos

© 1ª edición enero 2020

© Kelly Dreams

Portada: © Dreamstime.es / © Andrey Kiselev

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A las personas que siempre han estado a mi lado y no se han perdido por el camino.

SINOPSIS

Cuando los dioses encadenan el destino, solo el amor puede obtener la llave.

Sumérgete en la antigüedad, en un mundo de dioses, héroes y leyendas griegas que han perdurado hasta nuestros días, te acompañaré de la mano a través de las historias relatadas por sus protagonistas, unas que quizá difieran un poco de lo que los dioses querían que conocieses...

¿Estás lista para adentrarte conmigo en la Antigua Grecia y conocer la verdad que se escondía detrás del mito?

Atrévete a conocer la visión romántica y diferente que nos acerca Mia Campbell sobre las leyendas de *Apolo y Cassandra* y el *Minotauro de Creta* en «*Delfos*» y «*Minos*».

DELFOΣ

EN OTRA VIDA ME AMARÍAS

MIA CAMPBELL

¿Y si los mitos no fuesen tal y como los conocemos? ¿Y si los dioses y los héroes de la antigüedad siguiesen todavía entre nosotros buscando a su alma gemela?

Cassie siempre ha pensado que el don que posee es una maldición, especialmente desde el día en que tuvo su primera visión del futuro; una que no pudo impedir y que marcó su vida para siempre.

Ahora, alguien se ha adueñado de sus sueños y la empuja a hacer un viaje en el que podría encontrar la respuesta a muchas de sus preguntas... incluso a aquellas que nunca se planteó, y que podrían traer a su presente un amor del pasado.

El mito de **Cassandra y Apolo** como nunca antes lo has visto, una hermosa historia de amor y pérdida que ha permanecido oculta en el tiempo.

PRÓLOGO

Cassie se dejó llevar, no tenía motivo para luchar contra el sueño y lo que la oscuridad traía consigo. Desde que era una niña, su mente se veía arrastrada una y otra vez a lugares que nunca había visitado, veía cosas que nadie más veía, sentía el futuro y los pequeños acontecimientos que este traía consigo. Situaciones, que antes o después, acaban haciéndose realidad.

Se dejó ir, sabiendo que era mejor rendirse a su guía y dejar que el destino, que le había tocado vivir, siguiera su curso. En esta ocasión la visión no trajo consigo la imagen de ninguna persona conocida o la de cualquier desconocido con el que, antes de terminar el día, lo más probable era que terminase encontrando. No hubo accidentes, ni avisos de muerte, ningún signo del destino de las personas por las que era incapaz de hacer nada.

El tiempo y la experiencia la enseñaron a guardarse para sí todas esas cosas, lo que muchos considerarían un don, para ella no era más que una maldición y el culpable de su propio aislamiento. Nadie la tomaba en serio y si lo hacían, era solo para burlarse o alejarse de ella por miedo a que le comunicase alguna catástrofe con relación a su persona. Muchos soñaban con poder ver el futuro, pero a la hora de la verdad, eran muchos más los que temían enfrentarse a él.

La muerte de su hermano Christopher, en un accidente de moto cuando tenía dieciséis años, lo cambió todo. Ella había intentado advertirle, disuadirle para que no cogiese esa noche el vehículo de dos ruedas, llegó incluso a esconderle las llaves y les rogó a sus padres que no le dejaran salir. Ellos no solo no la escucharon, sino que la castigaron por inventarse historias y la confinaron en su dormitorio privándola incluso del delicioso postre que su madre había preparado.

Cuatro horas después de que su hermano saliese por la puerta, la policía había llamado a la puerta de su hogar para informarles del desafortunado accidente en el que su primogénito había fallecido debido a la colisión con un conductor borracho. Esa madrugada, cuando su padre abrió la puerta de su dormitorio y la miró, sin verla realmente, terminó su infancia. A partir de ese momento no dejó de ver el temor y el recelo en el rostro de su padre, su madre dejó de hablarle y sobrepasada por la pérdida de su hijo predilecto, terminó enganchada a las pastillas; las mismas que la llevaron al suicidio un par de años después.

A punto de cumplir los dieciocho, Cassie se encontró sin madre y con un padre que la acusaba del accidente de su hermano y la increpaba sobre todas las mentiras que a menudo decía inventarse. Tras el suicidio de su progenitora, vinieron las evaluaciones y pruebas psicológicas, visitas a médicos y especialistas que lo único que consiguieron fue que aprendiese a retraerse en sí misma y a mostrar una máscara frente al mundo. A partir de entonces, se obligó a sufrir su maldición en la más estricta soledad.

Sí. Su vida podría haber sido bastante buena de no ser por las visiones. Ellas le habían quitado el encanto de la sorpresa a la vida. Si bien no era común que viese su propio futuro, sí podía ver el de aquellas personas allegadas a ella y lo que su cercanía y relación podía desencadenar. Así, había descubierto la traición de un par de novios antes de que se cometieran, descubierto la hipocresía de sus contadas amigas y se había convencido de que no podía hacer otra cosa que asistir como muda espectadora a los sucesos sin poder ponerles remedio. Daba igual que supiese que ocurriría de ante mano, no podía evitar que sucediese. Nunca podía.

Sí. Ver el futuro y que nadie creyese en sus palabras, era la peor de las maldiciones.

Respiró profundamente y se dejó llevar, arrastrada a través de las capas de la inconsciencia, hasta el punto en el que siempre se originaban las visiones. Esperaba encontrarse con alguna nueva advertencia, un nuevo accidente contra el que no podría hacer nada o la presencia de alguna persona que se cruzaría en su camino y quizá entraría a formar parte de su vida como ya le ocurrió antes. Sin embargo, no ocurrió nada.

Por primera vez, desde que tenía uso de razón, las cosas se desencadenaron de manera incorrecta y no como solían hacerlo. Se encontró en el centro de lo que parecían ser unas ruinas, los vestigios de algún edificio o templo cuyas columnas se alzaban en derruidas alturas ante ella. Frunció el ceño y examinó los alrededores, el terreno y la vegetación le resultaban familiares, como también lo era el perfume que traía consigo la brisa, pero a pesar de ello, no recordaba haber puesto un pie en un lugar como aquel en toda su vida.

Poco a poco la extrañeza fue dejando paso a la incompreensión y la realización de que aquella visión no era como las demás. La primera pista llegó con el aroma y la brisa del aire, cosas que no solía sentir en sus visiones. Por regla general, ella no era más que una muda espectadora, una presencia inocua cuyo único sentido predominante era el de la vista y en ocasiones, el de la voz, pero ahora oía y cuando extendió la mano para acariciar una de las columnas, también pudo sentir el tacto rugoso de la roca y su frescura.

—¿Cómo es posible?

El sonido de su propia voz la ahogó. No se trataba de una sombra diluida de su personalidad, su timbre y fuerza estaban presentes y no encerradas tras un velo invisible que le impedía interactuar.

—Vale, esto es de lo más raro —musitó, girando sobre sí misma. Sintió al momento como los brazos se le cubrían de piel de gallina, su atuendo en esa visión era el mismo con el que se había ido a dormir, al menos aquello no había cambiado.

Siguió contemplando el lugar y la sensación de familiaridad siguió presente y a su alrededor.

—Um... me resultas tremendamente familiar... esas columnas... juraría que las he visto ya, pero, ¿dónde? —Sacudió la cabeza y dio un par de pasos hacia el borde de la reducida plataforma —. Está bien, está bien... centrémonos. Si estoy aquí es por qué tengo que ver alguna jodida cosa, ¿no? Así que, ¿a qué esperamos?

Se preparó para ser asaltada de un momento a otro por imágenes o alguna escena, pero no vio ni sintió nada. Hizo un mohín y miró a su alrededor. A menudo las visiones eran rápidas y brutales. Veía lo que tenía que ver y se terminaban. Lo siguiente era despertarse o salir del trance, sofocada y sin aire, sobre la cama o dónde quiera que la atacasen en ese preciso momento. No había horario ni lugar para ellas, sencillamente, el mundo dejaba de existir y ella era succionada a ver lo que debía ver.

—Mira, si quieres que vea algo, mejor que lo proyectes ya —alzó la voz y el eco de la misma hizo que diese un respingo, pero no se amilanó. Necesitaba acabar con esto.

—*Cassandra*.

Dio un nuevo salto, soltó un gritito y se giró con los puños en alto, dispuesta a darle un puñetazo a cualquiera que fuese la amenaza. Las palabras que estaban a punto de brotar de sus labios murieron bajo el peso de la inesperada presencia que encontró ahora a pocos pasos de dónde se encontraba.

Tragó saliva y clavó los ojos en la encapuchada figura que permanecía de forma indolente apoyada contra una de las columnas. Su estatura, y sobre todo los marcados abdominales y el dorado vello que le espolvoreaba el pecho, le dijeron rápidamente que se trataba de un hombre.

Su cabeza y rostro permanecían ocultos bajo una corta capucha cuya túnica apenas le cubría los hombros y parte de la espalda. Una larga y lisa melena rubia le acariciaba la clavícula.

A juzgar por su estatura era mucho más alto que ella, algo no demasiado complicado dado su breve metro sesenta y cuatro. Su cuerpo parecía cincelado en mármol, si permanecía así de quieto mucho tiempo más podría confundírsele con una estatua. Poseía además una cintura estrecha y unas larguísimas piernas enfundadas en un ceñido pantalón de cuero marrón oscuro. Sus pies, tal y como pudo comprobar al término de su exhaustiva exploración, estaban cubiertos por una especie de sandalias espartanas de color dorado que se aferraban a las pantorrillas.

El recién llegado podía esconder su rostro bajo la capucha, pero no podía hacer nada por disimular el aire de rabiosa sexualidad que lo envolvía y que la atraía igual que una abeja a la miel.

—Dios... no dejes que me ponga a babear —musitó para sí misma.

Él movió la cabeza y Cassie pudo apreciar la sensual curvatura de unos apetitosos y húmedos labios quedando a la vista.

—Mencionas a los dioses cuando siempre los has desdeñado —murmuró él. Su voz le provocaba pequeños escalofríos de placer—. ¿Será esta la vida elegida, *iéreia*?

Su voz le provocó un inmediato estremecimiento de placer. Para su mortificación, su cuerpo respondió al instante, sus pechos se hincharon, los pezones se le endurecieron y un ramalazo de calor la recorrió de pies a cabeza hasta instalarse en la forma de un sordo latido entre sus piernas. Sintió como se humedecía, como se excitaba con solo su presencia.

—¿Quién... eres? —Fue incapaz de evitar la pregunta.

Él no se movió, ni siquiera estaba segura de si la estaría mirando, aunque el nuevo estremecimiento que la recorrió cuando él ladeó ligeramente la cabeza, prometía que sí. Y que posiblemente se la estuviese comiendo con la mirada.

—Tu maldición y tu absolución.

Se lamió los labios, de repente se le hacía la boca agua. Ahora fue ella la que ladeó el rostro, quería ver quién había debajo de esa capucha.

—¿Mi... qué?

Él dio un nuevo paso adelante, luego otro y otro más. Acortó la distancia entre los dos y se detuvo ante ella, haciéndola absolutamente consciente de su altura y de lo diminuta que se veía frente a él.

Una fuerte mano se instaló sobre su mejilla, los dedos se deslizaron hacia la barbilla y se la levantó, acercándola a él para sorprenderla con un húmedo e inesperado beso.

Cassie jadeó, momento idóneo para él, pues introdujo la lengua en su boca, acariciando la suya y buscando una respuesta que se encontró más que dispuesta a darle. Él no la soltó, por el contrario, la acercó más a su cuerpo, haciéndola plenamente consciente de la dura erección que ahora presionaba contra su estómago mientras le magreaba las nalgas.

No pudo evitarlo. Se derritió en sus brazos. Había algo en la forma en que la besaba, en su tacto que no era ajeno para ella. En cierto modo le provocaba nostalgia. Se encontró rodeándole el cuello con los brazos, apretándose contra su pecho y correspondiendo al beso como si estuviese sedienta y él fuese el agua que le calmaba la sed. Gimió en su boca, se estremeció de los pies a la cabeza y sintió su sexo actuar en consonancia ante la inesperada y rabiosa excitación que la sobrevino.

Y tan rápido como vino, se fue. Él abandonó su boca, impidiéndole ver su rostro, sus manos la dejaron y por un milimétrico segundo se sintió huérfana de su contacto. Retrocedió, se lamió los

labios y a pesar de no verlo, sabía que él la contemplaba por debajo de la línea de la capucha.

—¿Será esta la vida elegida, *iéreia*? —insistió él.

Parpadeó intentando recuperar el hilo de sus pensamientos, pero parecía misión imposible. Todo su cuerpo vibraba por el éxtasis compartido, molesto por haberle sido negado todo lo que ese hombre quería darle.

Parpadeó, era incapaz de encontrar las palabras adecuadas o una respuesta a su pregunta.

—Llevo mucho tiempo esperándote, Cassandra, muchas vidas —continuó él, ante su silencio—. ¿Maldición o absolución? Ha llegado el momento de elegir una vez más, *iéreia*.

Sacudió la cabeza, todavía aturdida por el reciente magreo. El beso parecía haberle sorbido el seso. Se obligó a volver a pensar, a poner en marcha el cerebro y dejar a un lado parte de su estupefacción.

—Un momento, *rayito de sol* —graznó. Se sonrojó y se obligó a aclararse la garganta, recuperando su dignidad antes de responderle—. Para empezar, ni siquiera sé quién diablos eres y mucho menos de qué narices estás hablando. ¿Maldición? ¿Absolución? No estoy para acertijos, cariño. ¿Podrías ser un poquito más explícito?

Él le acarició ahora el labio inferior con la yema del pulgar, un simple gesto que la encendió al momento, robándole de nuevo el aire. Dios, ese hombre era un afrodisíaco concentrado.

—Ven a mí, Cassandra —insistió, acariciándole los labios—, y devuélveme la vida que me quitaste.

Ella abrió la boca para responder, pero al siguiente parpadeo se encontró de nuevo en su cama, tumbada de espaldas y mirando el techo lleno de estrellas luminosas y planetas de su habitación. Su cuerpo estaba tenso y excitado, todavía podía sentir la humedad y el sordo latido entre sus piernas.

—Mierda —jadeó, incorporándose de golpe para mirar con desesperación a su alrededor—. ¿Qué demonios ha sido eso?

CAPÍTULO 1

A la mañana siguiente...

—Me voy a Delfos.

Un cotidiano ruidito acompasó su decisión.

—Vale —obtuvo como contestación—. Saluda a Apolo de mi parte.

Cassie no se movió, siguió mirando a su amiga sentada al otro lado de la mesa de la cocina. Diana se había presentado a primera hora con unas magdalenas caseras y una bolsa con su té favorito y no había dudado en preparar el desayuno mientras ella seguía pegada a esa máquina infernal. Su falta de entusiasmo solo podía significar que no la creía capaz de cometer una locura de tales proporciones.

—¿Podrías encargarte de Salem mientras estoy fuera?

El aludido, un pequeño gato negro y blanco, maulló al escuchar su nombre. Ese animalito era capaz de escucharla desde el otro lado del apartamento y acudir corriendo, aún si no era invitado.

Después de la extraña visión, o lo que fuese, de anoche, fue incapaz de volver a conciliar el sueño, por el contrario, la imagen de ese hombre encapuchado y su presencia en aquellas ruinas la llevó a abandonar la cama y empezar una larga búsqueda en internet.

Lo que pensó sería cosa de unos minutos se convirtió en varias horas. Entre lo lento de la conexión de su portátil y que al introducir la palabra “templos” en el buscador de Google, le reportó una cifra escalofriante, acabó con una taza de café al lado del aparato y varias acotaciones hasta que al final dio con la imagen que buscaba. Una foto exacta del lugar que había visto en su visión.

Su amiga, quien había escuchado su petición de encargarse del gato, levantó la mirada y la clavó en ella.

—Espera, ¿estás hablando en serio? —jadeó, dejando la taza a un lado del mostrador para dedicarle toda su atención—. ¿Quieres irte a Grecia? ¿Ahora? Pero si ni siquiera sabes griego.

Se encogió de hombros, cogió su taza de té y se deleitó con su sabor.

—Tengo que ir. —Fue la única respuesta que podía darle. Ni ella misma lo entendía, pero tenía que ir. La necesidad era tan imperiosa como absurda.

Diana tenía razón. No tenía la menor idea de griego y el pensar en coger un avión y cruzar media Europa por culpa de una estúpida visión, prometía no ser la mejor de las razones. Pero para ser justa consigo misma, lo de tomar decisiones acertadas, no era lo suyo.

Sintió todavía la mirada de su amiga sobre ella, la vio entrecerrar los ojos y mirarla con esa fijación que contribuía a aumentar su nerviosismo.

—¿Por qué a Delfos?

Suspiró. Su amiga era de las pocas personas que estaban al tanto de su “don” y no la había abandonado, humillado o considerado una demente. Quizá tuviese mucho que ver el hecho, de que Diana no estuviese mucho más cuerda que ella.

—He tenido... una visión, un sueño... no estoy muy segura —confesó. Era la primera vez que le ocurría algo así—. Reconocí el lugar, aún sin haber estado jamás en él... Llámame chalada, pero necesito hacer este viaje. Tengo la sensación de que allí podría encontrar respuestas...

—¿Respuestas a qué?

A demasiadas preguntas que seguían sin contestación, pensó con ironía. Nadie sabía de dónde venían sus visiones, ni porqué estas se habían presentado justo antes de la muerte de Christopher para quedarse para siempre.

—A todo, a nada... no lo sé —aceptó con un ligero encogimiento de hombros.

Ella arrugó un poco la nariz, sus pecas se revelaron con mayor nitidez al hacer ese gesto.

—Ya empiezas a hablar como yo —se burló—. No sé si alegrarme o empezar a preocuparme por ello.

Puso los ojos en blanco y la apuntó con el dedo.

—Preocúpate —le aconsejó—. Si en algún momento empiezo a comportarme como tú, preocúpate muchísimo.

Su amiga la imitó poniendo los ojos en blanco, entonces tomó de nuevo su taza de té, sopló el humeante líquido y la miró por encima del borde.

—Es un viaje bastante imprevisto.

A ella se lo iba a decir. Tan imprevisto, como para tomar la decisión de hacerlo y obtener los billetes en cuestión de minutos.

—¿Y qué vas a hacer con el trabajo? Tienes que entregar un par de encargos en una semana, ¿no? —le recordó oportunamente—. ¿Cuánto tiempo piensas pasar fuera?

Cassie trabajaba desde casa, era diseñadora gráfica, con lo que el tomarse unos días libres no sería un problema.

—No estaré fuera más de tres o cuatro días —aceptó. Había hecho ya sus cálculos y pensó que el tiempo le llegaría—. Ya tengo los billetes y el itinerario. Salgo a primera hora de la tarde, ya tengo contratado el alquiler del coche y el alojamiento para la primera noche en Atenas. A primera hora de la mañana saldré hacia Delfos, solo son dos horas y media y las carreteras parecen estar bien.

Su amiga bebió un pequeño sorbo y dejó la taza de nuevo sobre el salvamanteles, sus ojos se clavaron una vez más sobre ella.

—Sin duda este es uno de tus planes más descabellados —aseguró, entonces dejó escapar un largo suspiro y alzó las manos—. Pero si crees que debes ir, tienes que ir.

Y esa era la Diana que le daba escalofríos. Sacudió la cabeza y señaló lo obvio.

—Se supone que deberías disuadirme —le recordó—. Ya sabes, de las dos, tú eres la más cuerda.

Enarcó una delgada ceja rubia e hizo una mueca.

—¿Serviría de algo que lo hiciera?

Abrió la boca y volvió a cerrarla de inmediato.

—Supongo que no.

Ella asintió.

—Entonces, ¿para qué voy a perder el tiempo intentándolo? —le dijo, al tiempo que recogía un trozo de magdalena del plato y se lo llevaba a la boca—. ¿Tienes el pasaporte en regla? Aunque para la Unión Europea, con el documento nacional de identidad ya sirve.

Asintió. A principios de año le había tocado renovar ambas cosas.

—Tengo todo lo que necesito.

Diana alzó la taza a modo de brindis y le guiñó el ojo.

—En ese caso solo me queda decirte, *kaló taxídi!*

No pudo menos que mirarla asombrada.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Buen viaje —le guiñó el ojo y se levantó para dejar la taza en el fregadero—. Vamos, prepárate entonces. Te llevaré yo misma al aeropuerto.

Suspiró.

—¿Por qué tengo la sensación de que ardes en deseos de deshacerte de mí?

Ella fingió inocencia y se señaló a sí misma con un dedo.

—¿Quién yo? —respondió con voz melosa—. Que va, que va... te imaginas cosas... ¿quieres que te prepare la maleta?

Se echó a reír, no pudo evitarlo, Diana era buena en eso, en restarle importancia a las cosas y convertir sus locuras en algo “ cuerdo ”.

—Eso está mejor —asintió satisfecha—. Tenías una cara demasiado seria. Piensas en todo y a veces, solo hay que dejarse llevar.

Sacudió la cabeza con buen humor.

—¿Lo dice la que llegó borracha como una cuba y confundió el cuarto del casero con el mío? —le recordó una de sus “ muy-memorables-noches ”.

Ella sacudió la mano e hizo un aspaviento.

—No me lo recuerdes —hizo una mueca, pero no pudo evitar una risita—. Vaya metedura de pata.

Negó lentamente con la cabeza y señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Voy a darme una ducha rápida —le informó—. Ya tengo lista la maleta y todo lo que necesito.

Ella la miró de lado.

—¿Has tocado siquiera la cama esta noche?

Sonrió de medio lado.

—Sí, justo antes de que toda esta locura se filtrase en mis sueños.

Diana alzó ambas manos a modo de rendición. No quería saber nada más.

—No me digas nada más —declaró, corroborando sus pensamientos—. Ve a ducharte, meteré la maleta en el coche... y rezaré porque encuentres lo que vas a buscar.

Cassie no respondió, pues, a decir verdad, ni siquiera estaba segura si el hombre que motivó toda aquella locura en su visión, era real o un producto más de su calenturienta imaginación.

CAPÍTULO 2

Delfos, Grecia.

Cassie había leído todo lo que cayó en sus manos sobre la ciudad a la que iba a visitar y especialmente sobre el templo dedicado al dios Apolo, pero nada la preparó para lo que encontró. El templo de Delfos estaba situado en una meseta en la ladera del monte Parnaso, los altos picos de las Fedriades, unas peñas altísimas que recibían su nombre por los vivos reflejos rojizos que arranca de ellas el sol, lo acunaban con mimo confiriendo a las ruinas un aspecto místico que no dudaba era parte de la magnificencia que atraía a los turistas a aquel lugar.

Después de casi tres horas de conducción en medio de un paisaje que alternaba los campos de almendros con los bosques de pinos, por unas carreteras inhóspitas y a merced de unos conductores griegos que hacían del lema: «sálvese quien pueda», su emblema personal, consiguió llegar a su destino. El aparcamiento del Museo Arqueológico tenía espacio de sobra para que pudiese dejar el coche, situado al comienzo del complejo arqueológico de Delfos, era el punto de reunión principal antes de comenzar con la visita. Después de estar casi toda la mañana encerrada en el coche, haberse equivocado de dirección un par de veces y tenido que parar un par más para vaciar la vejiga, la idea de estirar las piernas, era una bendición.

Traspasó la entrada tras un grupo de turistas y enfiló a través de la Vía Sacra, las ruinas se sucedían unas tras otras a medida que entraba en aquel otro mundo, porque aquella era la sensación que obtuvo nada más comenzar el ascenso. Incluso el aire parecía distinto, cargado de historia y misticismo.

No podía negar que el emplazamiento del famoso oráculo quitaba el aliento, la necesidad de detenerse cada pocos instantes y empaparse del paisaje era casi obligatorio, pero había algo más, algo que removía su interior y traía a su mente una continua sensación de *deja vi* que no era capaz de quitarse de encima.

Se unió durante unos instantes a uno de los grupos cuyo guía hablaba en inglés, echó un rápido vistazo a los alrededores y a la pequeña aglutinación de gente, pero no encontró entre ellos al niño que había visto en su visión esa misma mañana.

—No... las condiciones no son las mismas —murmuró.

Aquella había sido una de las paradas extra que tuvo que realizar. Por si el magnífico estado de las carreteras no era suficiente para ponerla de mal humor, el salirse casi de esta en plena curva y terminar en una pequeña zanja, consiguió que su mañana fuese completa. La visión había acudido como siempre lo hacía, sin advertencia alguna. Tuvo el tiempo justo de pisar el freno y desviar el coche hacia un lateral cuando notó como el mundo empezaba a dejar de existir y su lugar era ocupado por una truculenta visión originada en el lugar que iba a visitar.

Sacudió la cabeza para despejarse.

—Ni siquiera debería estar aquí —resopló. Durante el viaje en avión y el consiguiente en coche, no había dejado de flagelarse a sí misma por lo absurdo de su repentina decisión. Aquel viaje estaba abocado al fracaso, lo sabía.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, examinó una vez más el grupo de turistas con disimulo pero no encontró ningún niño que encajase con el protagonista de su visión.

—¿Es que nunca vas a escarmentar? —musitó para sí misma—. No hay nada que puedas hacer al respecto, ya sabes cómo funciona esto, ver pero sin intervenir.

Maldito fuese su don. Si habría la boca y contaba lo que había visto, la tacharían de loca y la echarían de una patada en el culo, o peor, la acusarían a ella del accidente si este se producía tal y como relataba. Y siempre se producían, de una forma u otra, siempre ocurría como en sus visiones.

—Pero es un niño... —se lamió los labios. Todavía podía verlo en su mente, flotando boca abajo en un charco de agua, el llanto de su madre, los gritos a su alrededor.

Aquello era la peor parte de su maldición, ver la muerte de un infante, algo que por fortuna, no solía mostrársele demasiado a menudo.

Alzó la mirada al cielo y frunció el ceño. En su visión el sol no estaba tan alto, el día comenzaba a despedirse en una lenta carrera hacia la noche.

Haciendo momentáneamente los aciagos pensamientos a un lado, cogió la cámara de fotos que llevaba al cuello y empezó a tomar instantáneas del lugar. Sería práctica, después de haber hecho todo el camino hasta allí, al menos se llevaría algún recuerdo de su estancia.

Cada vez que apretaba el disparador y capturaba una imagen del lugar parecía estar retratando también un trozo del pasado. Durante unas milésimas de segundo casi podía ver cómo habían sido en otra época lo que ahora solo eran ruinas, el sonido y los olores que debieron haber dominado el lugar más de mil años atrás.

Sacudió la cabeza y continuó con su exploración. No había demasiada gente por lo que no debería ser muy difícil ver al niño en cuestión cuando apareciera. Con aquella idea en mente siguió con su excursión hasta encontrarse cara a cara con la misma imagen que había visto en su sueño.

—Vale, punto para ti, Cassie —se dijo—. Acabas de descubrir que no estás loca del todo... esto... existe.

Desde la explanada del santuario, junto a los vestigios y columnas que quedaban en pie de un templo arcaico, el valle de Cirra ofrecía unas vistas espectaculares del paisaje severo y agreste que rodeaba el santuario. Un paisaje que sentía demasiado cercano para no haber pisado antes aquel lugar.

Se estremeció y dio un paso a un lado, una cadena anclada a varios puntales acordonaba las ruinas impidiendo a los turistas penetrar en las zonas más delicadas de aquel Patrimonio de la Humanidad. Deslizó la mirada por cada una de las piedras y el grupo de seis columnas colocadas en forma de ele que quedaban en pie, no necesitaba cerrar los ojos para ver de nuevo al hombre de su sueño apoyado en una de ellas, dentro del recinto acotado. Sintió el impulso de saltarse el cordón y situarse ella misma en aquel punto, buscando alguna respuesta a la miríada de preguntas que la llevaron a coger un avión y recorrer miles de kilómetros para llegar a Grecia y a aquel punto en concreto.

El murmullo del grupo de turistas a su espalda y la voz del guía que explicaba en inglés, aunque con marcado acento, toda clase de curiosidades sobre las ruinas la disuadieron de saltarse las normas. Resiguió el vallado hasta plantarse ante lo que, según el guía, era la rampa que llevaba al interior del templo de Apolo, la construcción principal del complejo, en la cual se había adorado al dios y pedido por sus favores.

—De esa forma, alguna que otra vez era normal que acertasen en sus predicciones, ¿no os

parece? —rió el guía, mirando a su grupo—. Ahora si miráis hacia arriba, podréis ver parte del teatro. Seguidme y lo visitaremos.

Cassie dejó de escucharles cuando un repentino escalofrío le atravesó la espalda y sus ojos dejaron de ver la realidad que la rodeaba para sumirse, una vez más, en una de las malditas visiones que, desde que inició el viaje, la asediaban cada vez con mayor frecuencia.

La visión no duró mucho, lo justo para permitirle ver una mujer postrada ante la entrada del templo. Aquello no habría sido tan sorprendente de no ser porque el edificio estaba entero y no eran meras ruinas. La persona en cuestión le daba la espalda, de alguna manera se le hacía conocida, al igual que el tono de su voz mientras suplicaba, entre sollozos, algo en un idioma que comprendía. La pena que se escuchaba en la desconocida le atenazó la garganta, sintiendo en sus propias carnes la desesperación que la recorría. Dio un paso adelante con intención de contemplarla y apreciar su rostro, pero la visión se desvaneció y se encontró mirando de nuevo las derruidas columnas de piedra.

—Joder —jadeó, buscando el aire, que como siempre, le faltaba tras uno de aquellos episodios—. ¿Qué narices ha sido eso?

¿El pasado? ¿Alguna especie de representación teatral? Nunca antes había tenido vislumbres del pasado, solo del futuro. Ella solo veía los acontecimientos que ocurrirían, por lo general, a personas con las que se cruzaba o con las que se cruzaría.

Un profundo escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, se sintió mareada y un poco asustada. Dio un paso atrás, después otro, alejándose de aquel lugar solo para chocar con una mole a su espalda.

—*Eisai kalá?*

Se giró de inmediato, dispuesta a pedir disculpas, pues no tenía la menor idea de lo que había dicho, pero cuando sus ojos toparon con el propietario de esa voz, se quedó helada.

Loxias no podía dejar de observarla, había sentido su llegada antes incluso de ver como descendía del coche y su espíritu reaccionaba, despertando ante su presencia. Anheló, felicidad, incertidumbre. Durante lo que pareció una eternidad, la vio vagabundear por el recinto, para luego dirigirse a la entrada del complejo arqueológico y comenzar a ascender.

Actuó sin darse cuenta, dejando su trabajo y saliendo tras ella al momento. Calíope, una de sus empleadas, rezongaba a su espalda por tener que quedarse sola otra vez en el edificio, pero no le prestó atención. La siguió a una distancia prudencial, admirándola desde lejos, preguntándole si lo reconocería al verle, si le recordaría y sobre todo si sería capaz de ganarse su perdón. La vio detenerse en cada uno de los templos en ruinas que, salpicando la Vía Sacra, habían custodiado en la antigüedad los tesoros que las distintas ciudades habían entregado como ofrendas al dios Apolo. Se movía en silencio, deteniéndose solo para consultar el plano que traía consigo o hacer alguna foto a los monumentos. No fue hasta que llegó al final del recorrido principal y se detuvo ante la supuesta piedra que Gea dio a Cronos para que se lo comiera pensando que era Zeus, que escuchó su voz.

Hizo algún comentario en referencia a la falta de inteligencia de los hombres y divinidades en inglés y continuó subiendo en dirección al templo.

Él se quedó sin respiración. Su tono de voz, la inflexión en sus palabras a pesar de hablar en otro idioma, despertó el largamente dormido anhelo en su interior, uno que mantuvo vivo por esa mujer. Y entonces la vio delante del templo, contemplándolo y notó su reacción. Recordaba el

lugar, o al menos tenía ciertas reminiscencias, quizá provocadas por el despertar de su alma o el sueño en el que se presentó ante ella, influyéndola a reunirse con él en este lugar.

No estaba seguro de lo lejos que podía llegar ya su poder, ya no era el hombre que había sido, pero al verla de nuevo supo que no estaba todo perdido.

Casi sonrió al notar su intención de saltarse el cordón que acotaba las ruinas y pisar el templo, solo la presencia de Euterpe con el grupo de turistas que guiaba, pareció disuadirla. La vio seguir el sendero que bordeaba el templo y detenerse en la entrada, donde su maldición la llamó una vez más.

Sintió el tirón de los arcanos y contempló su silueta mientras ella era presa del don de la adivinación. No se arriesgó a alcanzar su mente, pero no pudo permanecer por más tiempo alejado, por lo que se acercó a ella en el mismo instante en que despertaba y retrocedía afectada por lo que quisiera que acababa de ver.

—¿Qué? —musitó, respondiendo en inglés a la pregunta que le había hecho él en griego. Su mirada se había quedado presa de la suya, sorprendida y un poco sobrecogida.

Él no luchó con el impulso de tocarla, pero se moderó y le respondió ahora en su mismo idioma.

—Te preguntaba, si te encuentras bien —le habló en inglés—. Hoy hace mucho calor, deberías haber traído un sombrero, gorra o algo para proteger la cabeza.

Sí, hacía calor y el sudor ya había empezado a perlarle la piel en las sienes y en la cremosa uve entre los senos que dejaba a la vista la camiseta que llevaba puesta.

Se sacó la gorra que llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones cargo y se la puso a ella. Sintió ganas de sonreír ante el rubor que le cubrió las mejillas y la sorpresa que bailaba en sus ojos.

—Hablas inglés.

Sus palabras llevaban un marcado alivio.

—Afortunadamente domino varios idiomas —comentó sin dejar de mirarla—. ¿Es tu primera vez en Grecia? ¿En Delfos?

Ella abrió y cerró la boca, entonces asintió con la cabeza.

—Sí, a ambas preguntas —respondió. Entonces se lamió los labios, entrecerró los ojos y lo recorrió con una apreciativa mirada que lo puso duro al instante. Por suerte, su inspección terminó a la altura de su pecho, sobre el logotipo de su camiseta—. ¿Hice algo que no debía?

Empezó a mirar de un lado a otro como si no estuviese muy segura de haberse mantenido en la zona peatonal de las excavaciones.

—No he traspasado el cordón de seguridad, que conste —se defendió de inmediato.

Enarcó una ceja y le sostuvo la mirada mientras seguía con su inconsistente monólogo. Sí, era ella, pero al mismo tiempo distinta. En sus ojos faltaba la inocencia e ingenuidad que había tenido su Cassandra, pero al mismo tiempo seguía allí su dulzura y picaresca.

¿Sería esta la vida elegida? ¿Sería ahora cuando la recuperaría?

—No pensaba acusarte de nada —aseguró, indicando el templo con un gesto de la barbilla—, es solo que parecías muy absorta mirando el templo. Con este calor y bajo el sol, no es una zona buena para detenerse sin protección.

Ella siguió la dirección de su mirada.

—Puede ser absorbente, ¿no? —insistió él—. ¿Quieres traspasar su umbral?

Ella miró el lugar y luego a él.

—¿Me estás invitando a delinquir... señor? —contestó, su mirada clavada en la etiqueta con su

nombre—. ¿Loxias?

Un leve rictus le curvó los labios.

—Loxias es mi nombre de pila —le informó—. Es griego... puedes llamarme Lox, si te resulta más sencillo, señorita...

Los ojos claros volvieron a clavarse en los de él. No tenía inconveniente en aguantarle la mirada.

—Cassie —le concedió su nombre—. Omite el señorita, solo Cassie.

Sus labios se curvaron un poco más y tuvo que luchar por no sonreír abiertamente.

—Y el destino sigue jugando con nosotros —murmuró en griego.

—¿Eso es un insulto o alguna clase de oración? —le preguntó ella ladeando el rostro, en un gesto que le resultaba muy familiar.

Su respuesta fue saltarse el cordón que delimitaba el templo y tenderle la mano a modo de invitación.

—Una educada invitación, Cassandra —le dijo y señaló las ruinas a su espalda—. Como disculpa por interrumpir tu visita.

Ella miró su mano, sonrió de medio lado y pasó por encima del cordón por sí misma.

—Disculpa aceptada —respondió, y pasó por delante de él—. Y es Cassie, nadie me llama Cassandra.

Él aprovechó el instante en el que pasó a su lado para recrearse con las vistas de un bonito trasero.

—En ese caso será un privilegio ser el primero.

Ella se giró lo justo para mirarle por encima del hombre y puso los ojos en blanco.

—Griego y hombre, vaya una combinación —musitó más para ella misma, que para él.

Loxias no respondió, se limitó a recrearse con el cuerpo femenino, el cual prometía toda clase de pecaminosos pensamientos.

No dejaba de sorprenderle, que en esta reencarnación, su princesa se pareciese tanto físicamente a la mujer que recordaba, una que había perdido mucho tiempo atrás. Se movía con gracia, pero también con recelo, miraba las columnas de piedras apiladas y sin juntas como si esperase que algo o alguien saliese de ellas en cualquier momento.

—Así que, este es el templo principal —murmuró mirando a su alrededor—. Sí, es tal y como lo vi en las fotos.

Su sonrisa se tiñó con la ironía.

—Temo que las imágenes no le hacen justicia

—Sí, por supuesto —aceptó ella, y acarició una de las columnas con mucha suavidad—. Que tonta, pensar que podría estar aquí.

Él la miró, curioso. El comentario lo había hecho en apenas un susurro.

—¿Quién? ¿Apolo?

Ella le devolvió la mirada y sus labios se curvaron ligeramente.

—Sí, podría ser —dijo con misticismo. Entonces le dio la espalda y contempló todo lo que la rodeaba.

Loxias casi estaba por afirmar que ella intentaba mirar cualquier cosa que no fuese a él.

—¿A qué hora cerráis esto?

Frunció el ceño ante la extraña pregunta.

—El horario es de nueve de la mañana a cuatro de la tarde —contestó—. Debería estar especificado en la entrada que adquiriste.

Ella se sonrojó, se lamió los labios y casi se atraganta.

—¿En... entrada?

No pudo evitar reír por lo bajo ante la mirada asustada en su rostro. Él mismo había sido quien le dijo a Polimmia, encargada esa mañana de la taquilla, que no la detuviese.

—La entrada al recinto, lo que incluye el museo y la visita a las ruinas son seis euros, tres si lo único que quieres ver es el complejo arqueológico —explicó y reprimió una carcajada al ver como palidecía. Antes de que pudiese desmallarse allí misma, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una entrada impresa y se la tendió—. Este es otro de los motivos por el que te molesté... se... te cayó al entrar.

Ella abrió la boca, fijó la mirada en el papel, entonces agachó la cabeza y musitó un bajito gracias. Ambos sabían que era mentira, pero ella estaba demasiado abochornada como para decir algo al respecto.

—Cierra a las cuatro —murmuró, lamiéndose los labios. Parecía estar pensando en alguna cosa—. Es imposible... parecía mucho más tarde. No podré encontrarle...

No pudo evitar sentir curiosidad ante aquel monólogo que parecía mantener consigo misma.

—¿Buscas alguna cosa en particular?

Ella alzó la mirada hacia él, deslizó los dientes por el labio inferior en un curioso gesto y suspiró profundamente.

—En realidad, sí —aceptó, pero se tomó unos instantes para pensar las palabras exactas que decir—. Estoy buscando una especie de estanque o fuente. He visto... fotos... es... parece antigua, con un caño encerrado en una especie de piedra... y hay una piscina o algo parecido...

Clavó la mirada en ella durante unos segundos. Conocía a la perfección el lugar al que correspondía esa tosca descripción, pero ignoraba el motivo por el que ella deseaba visitarlo.

—Con esa descripción y dado el lugar, solo puede tratarse de la Fuente de Castalia.

Cassie se limitó a comprobar ese nombre en su mapa.

—¿La fuente de Castalia?

—Sí. Se encuentra en el barranco de las Fedriades, a la derecha de la entrada del Santuario —le informó—. Se encuentra de camino al Tholos, por el sendero que discurre paralelo a la carretera.

Ella echó la vista atrás e hizo un mohín.

—¿Tholos?

Parecía tan perdida, que una vez más volvió a recordarle a su amada sacerdotisa.

—Acompáñame, desde la parte superior del teatro se ve todo el complejo arquitectónico —indicó el citado lugar que se encontraba tras ellos, parcialmente visible desde su posición—. Desde allí te enseñaré la ubicación exacta.

CAPÍTULO 3

Ese hombre la alteraba.

Cassie tenía una recurrente sensación de *deja vi* a su lado, apenas podía quitarle la mirada de encima, lo cual no era tan sorprendente puesto que Loxias era rubio de pies a cabeza. Con el pelo largo y trigueño atado en una cola que le llegaba a los hombros, unos ojos azul claro que hipnotizaban y una estatura que haría llorar a los jugadores de la NBA, era sin duda su prototipo de hombre. En circunstancias normales, ese hecho y la desesperada atracción que la empujaba hacia él, habría hecho que diese media vuelta y huyese despavorida. Su suerte con los hombres era nula, su vida era demasiado complicada para mantener una relación; las mentiras nunca llegaban a buen puerto, ni siquiera aquellas hechas por omisión.

Ya no sabía si el acuciante calor le había derretido las neuronas o era su proximidad el que lo hacía, fuese como fuese, estaba excitada. Se le habían endurecido los pezones, tenía el sexo hinchado y podía notar la humedad empapándole las bragas. Por no mencionar que se le hacía la boca agua cuando le daba la espalda y podía recrearse en esa ancha espalda, estrechas caderas y perfecto culo acunado por los pantalones cargo que llevaba.

Aquella situación era completamente surrealista. Allí estaba ella, babeando por un tío que había salido prácticamente de la nada, alguien que trabajaba en el complejo arqueológico y que se le había acercado como si la conociese de toda la vida, para decirle con una sonrisa en la cara que se había colado sin pagar. Era casi tan surrealista como su propia reacción al responder con la misma abierta naturalidad de quien recibe a un amigo de toda la vida, cuando en realidad no se conocían de nada y él acababa de recordarle su “desliz” al hacer un *SINPA*.

No pudo evitar pensar en Diana, llegados a este punto. Ella se había metido en su vida de una manera parecida. Su amiga se había presentado ante ella cuando estaba contemplando un vestido en un escaparate. Como salida de la nada, sin haber cruzado nunca antes palabra, la arrastró a la tienda y le obligó a probarse dicho vestido solo para descubrir que ella era la propietaria de dicha tienda y diseñadora del trapito. Dos horas después, salía del edificio con el vestido puesto, unos zapatos a juego y su nueva amiga de ganchete. Ni siquiera estaba segura cómo había pasado de estar mirando el escaparate a estar mirándola a ella hacia última hora de la tarde, después de que una visión se presentara ante ella y el accidente que había visto se hiciese realidad a los pocos minutos delante de ambas. Diana no había hecho preguntas, se había limitado a abrazarla cuando se echó a llorar por la impotencia y la invitó a tomarse algo. Ese había sido el comienzo de su amistad.

Y ahora con aquel hombre parecía tener una conexión muy similar. Loxias llevaba un buen rato dándole una lección de historia, explicándole el significado de cada piedra del camino y deleitándola con algún que otro cuento mítico sobre el lugar y quienes habían morado allí. Era un

fantástico narrador.

—... se suponía que los peregrinos que llegaban a Delfos debían lavarse allí antes de acceder al Tholos.

¿Lavarse? ¿Agua? ¿Una bañera en la que cogiesen los dos? ¿Dónde había que firmar? Cassie sacudió la cabeza, tenía que centrarse, no podía seguir desvariando de aquella manera, estaba allí por una razón. Bueno, ahora dos, si contaba con la visión de aquella mañana, ya que el motivo principal de su visita parecía decidido a darle plantón. Así que, se concentraría en encontrar esa fuente y tentar al destino una vez más.

—Entonces, la fuente de Castalia está... —lo interrumpió, pasando a su lado para prestar atención al espléndido paisaje que la rodeaba. Desde su posición podía ver todo el complejo arquitectónico, las montañas en la que estaba emplazado y la agreste vegetación del lugar, así como los turistas pululando por la plaza del teatro.

Lo sintió a su espalda, cerniéndose sobre ella y tuvo que apretar los labios para evitar que se le escapase un pequeño gemido de placer. ¡Joder, estaba caliente como un horno y él ni siquiera la había tocado!

—¿Ves el templo semicircular, las columnas que quedan en pie?

Siguió la línea de su brazo, extendido a su lado y entrecerró los ojos intentando concentrarse en el paisaje y buscar lo que le indicaba.

—Sí —murmuró al encontrar dichas ruinas.

—Pues la fuente está unos metros antes, a la derecha —le susurró, su aliento le acarició el pabellón de la oreja haciéndole cosquillas—. Se dice de ella, que en sus aguas se purificaba la Pitia, la pitonisa del oráculo, antes de sentarse en su trípode en el interior del *Tholos* y emitir sus profecías.

Se obligó a permanecer inmóvil, especialmente cuando su mano resbaló como una pluma por su brazo dejando tras de sí escalofríos de placer.

—El agua, cae desde una altura de quinientos ochenta y tres metros y se va canalizando hasta la fuente dónde mana de unos caños, formando una piscina para realizar abluciones —continuó con voz sensual—. La piscina puede verse desde la carretera, pero todo lo demás queda tras el vallado.

La mención a la piscina despertó en ella aquella sensación de mareo previo a una visión.

—Joder... ahora no...

No pudo evitarlo, la visión la alcanzó con inusitada fuerza, permitiéndole incluso oler el aire, escuchar el sonido del agua... Cuando fue nuevamente consciente de su entorno, estaba de pie, al otro lado del cordón de seguridad contemplando al mismo niño de su anterior visión. Ahora, sin embargo, podía escuchar su risa mientras desafiaba a otra niña, su hermana pequeña, a seguir sus pasos. Ella no quería seguirle, tenía miedo... Pero el niño estaba disfrutando demasiado con su travesura para hacer caso del llamado de su hermanita, se había subido al saliente de la pared y reía mientras hacía equilibrismos. Giró, le resbaló uno de los pies y asistió al momento en el que la caída lo llevaba a golpearse la cabeza y caer a la piscina boca abajo, quedando como un cuerpo inmóvil sobre la cristalina y plácida agua.

«*No había suficiente profundidad para que se ahogara*».

«*Pasó mucho tiempo boca abajo*».

«*Que desafortunado accidente*».

«*Su pobre madre*».

«*¿Dónde estabas cuando él te necesitaba?*».

Ante sus ojos se desplegó el futuro con todo detalle, diciéndole en imágenes lo que aquella travesura, con final trágico, traería consigo. Jadeó, de golpe el dolor de los padres la sobrecogió, la pena, la lástima de los que presenciaban la escena, todo se conjuró para ponerla de rodillas, literalmente.

—¿Cassandra?

La voz de Loxias penetró en aquel mundo aparte, arrancándola de la visión. Se encontró de rodillas en el suelo, tosiendo para recuperar el aire que le habían robado de los pulmones.

—¿Qué es lo que has visto, Cassandra?

Ella alzó la mirada y se encontró con esos profundos ojos azules, la calma personificada. Antes de poder contenerse, abrió la boca y habló.

—La fuente de Castalia —musitó casi sin voz—. Un niño morirá ahogado.

Él no se inmutó ante tal declaración.

—¿Cuándo?

Ahora fue ella la sorprendida por sus palabras, por la tranquilidad que había en ellas. Se lamió los labios, una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla sin permiso.

—No lo sé... pronto —murmuró y miró a su alrededor—, quizá ya ha sucedido o esté ocurriendo ahora mismo...

Él se acuclilló a su lado, le cogió el rostro entre las manos y lo obligó a mirarle a los ojos.

—Debes evitar que suceda lo que has visto.

Una agónica carcajada abandonó sus labios.

—¿Crees que no lo he intentado antes? —Se liberó de su contacto y sacudió la cabeza—. No funciona así. No puede evitarse... yo no puedo evitarlo... nadie creerá ni una sola palabra de lo que diga.

Una extraña emoción cruzó los ojos de Loxias durante un milisegundo para desaparecer después.

—Tienes que intentarlo.

Se apartó cuando intentó tocarla, se negó a mirarle a los ojos y ver quizá la burla o la incompreensión en ellos. No deseaba su lástima, y con seguridad era lo que encontraría en ellos. Se lamió los labios, lo que tampoco podía hacer era quedarse allí sin hacer nada, sus visiones pocas veces eran tan explícitas y potentes.

Sin decir una palabra, se levantó, giró sobre sus talones y salió de allí a la carrera, desandando el camino y dejando tras de ella el llamado de su guía particular.

Sabía que nadie la escucharía, nunca lo hacían, así que tendría que evitar que se cumpliese el nefasto destino de aquel chiquillo, ella misma. Solo rogaba que estaba vez fuese capaz de lograrlo.

Loxias no pensó volver a ver a Cassandra presa del trance de los Arcanos, no en esta vida. Como tampoco esperó ver esa mirada de desesperación en su rostro.

“No puede evitarse... yo no puedo evitarlo... nadie creerá ni una sola palabra de lo que diga”.

Las palabras de la mujer se filtraron en su interior, penetrando como dardos envenenados, reconociendo en los rescoldos de su visión la maldición que, injustamente, había dejado caer sobre ella tiempo atrás.

“No me traiciones Cassandra”.

Se obligó a hacer a un lado sus propias emociones y convocó mentalmente a sus trabajadoras.

«*Musas, necesito que tengáis oídos y ojos bien abiertos —ordenó—. Encargaos de vigilar la Fuente de Castalia de cerca y procurad que esa zorra no atraiga a ningún incauto a sus aguas*».

Si la mitad de los mitos se conociesen como ocurrieron realmente, los dioses no serían siempre los culpables de todas y cada una de las desgracias acontecidas.

«*¿Qué ocurre, jefe?*».

«*¿Qué ha hecho ahora esa buena para nada de Castalia?*».

«*Cassandra ha tenido una visión en sus aguas*».

«*¿Cassandra?*».

«*¿Esa Cassandra?*».

Tres de sus nueve empleados se aparecieron ante él.

—¿Fue la chica que me ordenaste dejar pasar gratis?

Miró a las dos mujeres con el ceño fruncido y enarcó una dorada ceja ante el hombre que las acompañaba. Otro mito más que se iría por tierra si supiesen que las “musas” no eran todas mujeres.

—¿Se ha reencarnado en esta vida? —preguntó Erato. El hombre era un poco más bajo que él, moreno y con una piel bronceada. Pero eran sus ojos, de un intenso verde oliva, los que subyugaban.

—Tú y Clio ocupaos de vigilar la fuente —le encargó—. Cassandra ha presenciado la muerte de un niño en sus aguas.

Las dos mujeres jadearon al unísono, mientras el hombre juraba por lo bajo.

—¡Oh, dioses!

—¿En nuestra fuente? —se alteró Calíope—. ¡Esa zorra! ¡Sabía que tenía que haberle retorcido el pescuezo la última vez que la vi!

Loxias esbozó una irónica sonrisa, Cali podía ser muy vehemente en sus opiniones.

—Aseguraos de que los grupos de turistas están completos y no hay nadie perdido por el complejo arqueológico —los despidió.

—¿Y tú que harás?

Sus ojos se encontraron con los de Erato y suspiró.

—Lo que sea necesario para que la visión de Cassandra no llegue a hacerse realidad.

Cassie dejó escapar un gemido de alivio cuando encontró la maldita fuente. El mismo guía que había escuchado a su llegada, narraba ahora en voz de teatro las propiedades y la leyenda que existía en torno al lugar. Se paseó por las inmediaciones buscando disimuladamente con la mirada el niño de su visión.

—Existen varias leyendas acerca de la Fuente de Castalia —explicaba el guía, el tono de su voz y la entonación que daba al recitar mantenía a la gente totalmente subyugada—. Se dice que Castalia era una ninfa, hija de Aquelao y amada por Apolo. Pero ella no deseaba las atenciones del dios, así que huyó de él y se sumergió en una fuente que había al pie del Monte Parnaso. Desde entonces, la fuente fue el lugar de reunión para las musas y las náyades, Apolo a menudo solía acompañarlas con el sonido de su lira creando las más hermosas melodías. Se decía, que el agua era capaz de dar voz al oráculo, y que por su pureza y cristalinidad, la utilizaban para limpiar los templos de Delfos y en los ritos del Oráculo. Aún hoy sigue conservando sus propiedades y sirve

de inspiración para músicos y poetas, ¿alguien quiere un sorbito?

Ante la coqueta sugerencia, las mujeres del grupo se adelantaron entre risas, mientras sus acompañantes masculinos las miraban con indulgencia.

Estaba a punto de hacerse a un lado para buscar la piscina de su visión, cuando alguien pasó corriendo a su lado y la empujó.

—¡Perdone, señora!

—¡Alex, espérame!

Se quedó pasmada cuando la niña que vio en su visión, pasó por su lado siguiendo al susodicho Alex; el mismo que había chocado con ella y corría como una liebre hacia un recodo de la explanada.

—Mierda —masculló al reconocer al crío. Echó un rápido vistazo alrededor, en busca de alguno de los padres que había visto en su visión, pero no había ningún adulto cerca que pareciese estar a cargo de esos dos—. Fantástico, sencillamente fantástico.

Con un resoplido, dio media vuelta y siguió a los dos niños, que ya se escurrían por debajo del cordón de seguridad lanzándose pullas y peleando como ella y Christopher habían hecho a su misma edad. El pensar en su propio hermano trajo consigo el recuerdo de su accidente y su incapacidad para salvarlo. Todavía hoy lo echaba muchísimo de menos.

El recuerdo de su propio destino truncado, hizo que no pensara en nada más, con lo que saltó el cordón y se encontró ante la escena que había visto previamente en su mente.

Los chiquillos se peleaban ya para subir al borde que sobresalía de la pared por encima de la piscina, el lugar donde solían dejarse las ofrendas, según había explicado antes el guía. Alex estaba ya de pie, dispuesto a ejecutar una hazaña que no lo conduciría a otro lugar que a la muerte. En un arranque de desesperación, se precipitó y entró en la piscina, la cual no la cubría más allá de las rodillas dispuesta a detener al destino a toda costa.

—¡Alexander Calloway, bájate de ahí ahora mismo! —gritó, pronunciando el mismo nombre que recordaba de su visión.

En su prisa por aproximarse a la pared para evitar que el chico resbalase y cayese o al menos, intentar detener o amortiguar su caída, acabó resbalando ella misma y cayó hacia atrás llevándose un buen porrazo y empapándose de pies a cabeza.

—Oh, mierda... ¡joder! —masculló al sentir el dolorido trasero.

Oyó el murmullo de los niños y cuando giró la cabeza se encontró al pequeño Alex, de pie a su lado, mirándola alucinado.

—¿Señora, se ha hecho daño?

Cassandra se lo quedó mirando, observó sus ojos y su rostro y al mismo tiempo una nueva visión cruzó fugazmente por su mente. Lo vio varios años en el futuro, graduándose en medicina, casándose con su chica de la universidad y teniendo gemelos.

—¿Qué...? —parpadeó, pero la visión ya se había desvanecido y delante de ella solo estaba el niño.

—¿Está usted bien? —insistió el crío.

Asintió despacio, era incapaz de hacer otra cosa.

—Lo hice —musitó para sí. Lo había conseguido, había cambiado su destino y no moriría ahí, por el contrario, tendría un futuro brillante—. Oh, dios... ¡Lo conseguí!

Su alegría e incredulidad, fueron interrumpidas por la precipitada entrada de otras personas.

—¡Alex, Sophie!

El grito masculino hizo que ambos niños se giraran hacia la entrada principal.

—¡Papá! —clamó la niña y corrió a sus brazos cuando el hombre penetró en el recinto seguido de uno de los guías y Loxias.

El hombre suspiró aliviado al ver a sus hijos sanos y salvos, a juzgar por su expresión parecían haberle quitado varios años de golpe.

—¡Alex! ¡Te he dicho millones de veces que no te alejes de mi vista! —clamó caminando con decisión hacia la piscina, dónde el niño ya arrastraba los pies compungido—. Sal de ahí ahora mismo.

El niño hizo una mueca y salió de la piscina. Entonces se giró y señaló a Cassie con un dedo.

—La señora se ha hecho daño —musitó el crío—. Entró corriendo e hizo una plancha perfecta. Fue genial.

Ella no pudo evitar hacer una mueca, entonces se echó a reír mientras el padre la miraba avergonzado por la respuesta de su hijo.

—¿Estás bien, Cassandra? —Loxias se acercó a ella, dispuesto a ayudarla a salir de la piscina.

—¡Alex! —Una aguda voz de mujer precedió a la chica que había visto en su visión, la madre del niño—. Oh, gracias a dios. ¿Cómo demonios se te ocurre escaparte y con Sophie?

Su marido la fulminó con la mirada, era obvio que iban a tener más que palabras. Mordiéndose el labio inferior para evitar echarse a reír otra vez, aceptó la mano que le tendía Loxias y se incorporó.

—Estoy bien.

Él buscó su mirada y ella dejó de ver u oír nada que no tuviese relación con ese hombre.

—¿Segura?

Se lamió los labios y se sonrojó.

—Pasada por agua, pero bien —aceptó con un hilillo de voz—. Mejor que nunca, en realidad.

Él asintió y la ayudó a mantenerse en pie. La recorrió con esos intensos ojos azules y sintió que la desnudaba, consiguiendo que el placer volviese a hormiguar en su interior. Ese hombre la encendía con solo su presencia.

—Bien, ya que has decidido seguir la tradición y purificarte en la fuente de Castalia, ahora podrás tener una audiencia con el Oráculo.

Ella lo miró sorprendida, parpadeó con rapidez y ladeó la cabeza.

—Um, ¿podré preguntarle lo que yo quiera?

Los labios masculinos se curvaron hasta formar una devastadora y perfecta sonrisa.

—Lo que deseas, *princesa*.

Sus palabras la estremecieron trayendo a su mente un lejano eco que tan rápidamente como llegó, se marchó.

Parecía que, después de todo, su viaje a Grecia no iba a resultar tan infructuoso como había pensado al principio.

CAPÍTULO 4

El *Tholos* era sin duda la construcción más reconocida e identificativa del templo de Delfos. Un pabellón circular, del cual ya solo quedaban un par de columnas en pie y varias ruinas. Cassie reconoció que el lugar imponía, había algo milenario en él, un aura de poder que la llamaba como una sirena. Recorrió el recinto en silencio, podía notar la presencia de Loxias con ella aunque él se mantenía en segundo plano, permitiéndole apreciar ese pedazo de historia, que pisaba, por sí misma.

La realidad para Cassie, sin embargo era distinta. Estaba nerviosa, a la espera que, de un momento a otro, él hiciese algún comentario en referencia a los recientes acontecimientos. Después del incidente en la fuente, la había invitado a comer con él en un lugar apartado, entre el sol y la sombra, dónde aprovechó también para descalzarse y quitarse todo lo que podía quitarse sin terminar en pelotas. Ambos habían disfrutado de unos bocadillos y de una conversación intrascendental en la que pudieron satisfacer la curiosidad sobre las vida del otro. Cassie empezó a encontrarse esperando que él tocase el tema, que dijese algo sobre lo que ella había murmurado y lo que había sucedido a continuación, pero no lo hizo y ya no podía soportar más la incertidumbre de lo que pensaría o dejaría de pensar de ella.

Tras la comida habían continuado con la visita, llegando al Tholos, la más famosa construcción arquitectónica griega de todos los tiempos.

—No pensé que sería tan tarde —murmuró, sorprendiéndose de la hora que marcaba el reloj. Eran más de las cinco de la tarde y ellos eran los únicos que pululaban ya por el recinto—. ¿No te meterás en problemas por permitir que los turistas paseen todavía por las ruinas fuera de horario?

Se limitó a ladear la cabeza, un gesto que cada vez le era más familiar.

—No cuando la turista en cuestión está acompañada por mí —contestó como si nada.

Bueno, eso era sin duda confianza en sí mismo.

—De todas formas, tengo que volver —insistió ella, aunque la realidad era que lo último que le apetecía era abandonar su presencia—. Todavía tengo que llegar a la ciudad, buscar alojamiento...

Él hizo una mueca.

—Yo no llamaría a Delfos ciudad, no de la forma en que alguien se referiría a cualquier otra ciudad europea —comentó con sencillez—. En cuanto al alojamiento, puedo recomendarte alguna pensión limpia y agradable.

Asintió.

—Eso sería de mucha ayuda —aceptó y echó un último vistazo a su alrededor—. Este viaje comenzó siendo una auténtica locura, pero me alegra haberlo hecho. Este lugar es... asombroso —se volvió ahora hacia él—. Y gracias por la gorra y el paseo turístico... y perdón por el chapuzón

en la fuente y... bueno... creo que te debo seis euros.

Él la miró, con esos ojos azul intenso y negó con la cabeza.

—Si has encontrado aquello que parecías venir a buscar, me doy por pagado.

Lo miró con cierta sorpresa.

—¿Cómo sabes que venía buscando algo?

Se encogió de hombros.

—Fue la sensación que tuve al verte ante el Templo de Apolo.

Dejó escapar un resignado suspiro y se encogió de hombros.

—La verdad, ni siquiera estoy muy segura del porqué estoy aquí —confesó—. Quiero decir, estaba convencida de que debía venir, creí... que podría encontrar... que encontraría respuestas a las preguntas que tengo... pero solo he encontrado más preguntas... y a ti.

—¿Cómo cuáles?

Lo miró y fue muy franca.

—Como el que tú no hayas hecho ninguna sobre lo ocurrido en el teatro —respondió con firmeza—, o en la fuente, con ese niño. No solo no te has sorprendido, sino que... lo aceptaste como algo...

—¿Normal?

Muy a su pesar, tuvo que asentir.

—Sí.

Él duplicó su gesto y extendió la mano indicándole el paisaje.

—Mira dónde estás —le dijo—, en uno de los Oráculos más antiguos y conocidos de Grecia. Aquí se decidieron los hechos más importantes a nivel político del país en la época y se hicieron predicciones que con el tiempo se convirtieron en realidad. Las gentes acudían a Delfos para saber si tendrían una buena cosecha al año siguiente, si encontrarían esposo o si ganarían la guerra —enumeró—. No es la primera vez que los peregrinos se ven beneficiados o influenciados por este lugar...

No pudo evitar sonar irónica al responderle.

—No niego del poder de este lugar de peregrinación, yo misma lo he sentido —admitió, de nada valía negar lo evidente—, pero no se trata de algo pasajero... no en mi caso. Nunca en mi caso.

Él la observó durante unos segundos en silencio.

—¿Qué fue lo que te impulsó entonces a venir aquí? —insistió él a su vez—. ¿Quién te atrajo a Delfos?

Por un breve instante, estuvo a punto de decir “tú”, pero hacerlo sería una locura más grande de la que ya había cometido. Suspiró y sacudió la cabeza.

—Ojalá lo supiera —resopló, mirando de nuevo el lugar—. Eso haría que me sintiese menos estúpida al seguir... mis corazonadas. Lo único que sé es que mi salud mental no ha mejorado gran cosa, por el contrario, parece que estoy destinada a seguir la senda de la locura...

Él chasqueó la lengua ante sus palabras.

—El ver aquello que otros no ven, no siempre es sinónimo de locura —replicó—, ni siquiera cuando lo que presencias, es el futuro o los acontecimientos venideros.

Lo miró un poco intranquila e intrigada por sus palabras, casi podía jurar que él estaba hablando de ella misma ahora.

—Sí lo es. Para aquellos que no creen en lo que ves, que no hacen caso de tus advertencias y te toman por una charlatana, lo es —insistió, hablando por propia experiencia—. Para los que

buscan justificaciones banales y absurdas a tus respuestas... siempre serás una persona carente de salud mental. Puede que tú no seas una de esas personas, Loxias, que por el lugar en el que trabajas y al que has dedicado tu vida y estudios, veas las cosas de otra manera... pero la realidad, es que tú tampoco sabes quién soy.

Un velo de tristeza cruzó momentáneamente sus ojos.

—Te equivocas, Cassandra —murmuró él, haciendo hincapié en llamarla por su nombre completo, algo que solo había hecho su hermano—. Nadie mejor que yo sabe exactamente quién eres y quien fuiste. —Extendió la mano y deslizó los dedos por su mejilla—. Llevo tu recuerdo grabado en el alma a la espera de volver a encontrarte.

No pudo evitar fruncir el ceño ante las extrañas palabras.

—¿Por qué tengo la sensación de que esta no es la primera vez que nos encontramos? —murmuró, mirándole, buscando en aquel rostro perfecto algo que atrajese los recuerdos o le diese la respuesta—. No comprendo el motivo, y juro que jamás me ha pasado nada ni remotamente parecido, pero... cuando te vi... es como si te conociera... y lo mismo pasa con este lugar, es como si ya hubiese estado aquí antes. Y hasta dónde sé, es la primera vez que estoy en Grecia.

Él resbaló los dedos, acariciándole ahora el cuello, la clavícula y deteniéndose sobre el corazón.

—Quizá, es porque nos conocimos cuando ambos éramos otras personas —insistió él, con ese tono de voz sensual y envolvente—. Cuando tú... fuiste otra mujer...

—¿Otra mujer?

Su mano ascendió y le cogió la barbilla, con suavidad.

—Abre tu alma y recuerda quién eres, Cassandra, recuérdame.

Había una súplica tan desesperada en su voz, que trajo lágrimas a sus ojos mientras la niebla de las visiones volvía a alzarse a su alrededor durante unos brevísimos instantes. Solo alcanzó a ver a dos amantes ensimismados en ellos mismos, dos siluetas enlazadas entregadas al placer, el mismo tipo de placer y emociones que Loxias despertaba en ella con tan solo su cercanía.

Parpadeó y la visión se marchó dejándola de nuevo ante aquellos ojos azules, su aroma era embriagador, su presencia la excitaba y ella estaba tan cansada ya de huir de sus anhelos que se encontró caminando hacia ellos.

—¿Quién eres tú?

Él le acunó el rostro entre las manos.

—Parte de tu locura y maldición, *ièreia*.

No la dejó pensar, no le permitió retirarse o analizar sus propios pensamientos, pues en el momento en que sus labios tocaron los suyos, el poco raciocinio que podía haberle quedado, se evaporó y se entregó al placer en los brazos de aquel completo desconocido.

Loxias no podía saciarse de su sabor; era adictivo, al igual que ella misma. Su cuerpo la reconocía, como también lo hacía su alma. Deslizó las manos hacia abajo rodeándola y acunando sus nalgas. La atrajo hacia él, encajando perfectamente contra sus caderas mientras, su ya erecto pene, se rozaba con su vientre. La deseaba con locura, anhelaba tocar su piel desnuda y hundirse en su interior, sentirla poseyéndolo de la misma manera que él quería poseerla a ella.

—Esto es una verdadera locura —musitó Cassie, al romperse el beso. Sus ojos se encontraron y en ellos había lujuria.

Abandonó el delicioso trasero y ascendió por su espalda, moldeando su cuerpo por encima del

vestido. Sus dedos se hundieron entonces en la espesa mata de pelo y con un par de movimientos se lo soltó. La masa castaña cayó en cascada sobre sus hombros dotando ahora su rostro de un aire más dulce y desenfadado.

—El destino a menudo se construye sobre la locura.

Apenas podía contenerse, como un niño deseoso de abrir sus regalos el día de navidad, quería desenvolverla a ella. Deseaba arrancarle ese maldito vestido y resbalar las ansiosas manos por su piel, comprobar si era tan cremosa como parecía. Los senos se apretaban contra el escote del vestido, llenos e invitantes, a pesar de la gruesa tela vaquera, sus endurecidos pezones se marcaban contra ella haciéndole la boca agua.

Se obligó a contenerse, se deleitó una vez más bajo su mirada y volvió a tomar posesión de esa dulce boca. Sintió su vacilación durante unos instantes, estremeciéndose cuando penetró la barrera de sus dientes y se sumergió en la húmeda cavidad. La acarició, se embebió de ella, embriagado de su sabor de calor pero nada era suficiente.

—Sabes tan bien —murmuró, lamiéndole los labios y sintiendo su estremecimiento como respuesta.

La empujó suavemente contra una de las columnas, atrapándola entre la piedra y su pecho, sin permitirle otra cosa que entregarse al placer. Podía sentir su excitación como si fuese la propia, el ligero estremecimiento de su cuerpo entre sus brazos así como la lucha interior que llevaba a cabo su obnubilada mente.

Los botones del vestido fueron cediendo poco a poco dejando a la vista la vibrante tela del sujetador y la suave y cremosa piel bronceada. Le resbaló la tela por los hombros y tiró de ella, arrastrándola hasta la cintura, dónde el vestido seguía sujeto por un par de botones.

Sus pechos empujaban contra la tela del sujetador, los pezones destacaban contra la breve prenda que los aprisionaba de manera invitadora. Deslizó las manos por su piel, la escuchó gemir y no pudo evitar gemir a su vez. Su sexo pulsaba a estas alturas con rabiosa necesidad, empujando contra la cremallera de los pantalones, deseoso de salir también a jugar. Se lamió los labios y continuó deleitándose con su piel desnuda, sus dedos la recorrieron con codicia, surfearon sobre la falda del vestido para luego encontrar de nuevo la suave y desnuda piel de los muslos y ascender por ellos.

Escuchó su pequeño jadeo al mismo tiempo que notaba como el cuerpo femenino se tensaba contra el suyo. Deslizó un dedo a lo largo de la baja cinturilla de las braguitas, maravillándose con la suave y lisa piel para luego duplicar su hazaña al arrastrar el dedo por el centro de su sexo. La tela que la cubría estaba húmeda, señal inequívoca de la excitación de la que era prisionera esa adorable mujer. Encontró que las costuras no eran tales, sino que, al igual que un bikini, la prenda se mantenía unida a la cadera con sendos lazos atados a los lados.

—Um... creo que me gusta tu ropa interior.

Y para corroborar sus palabras, enganchó los dedos en las delgadas tiras y estiró. Al instante la tela se aflojó de un lado, abriéndose, para hacer luego lo mismo del otro y terminar en el suelo a sus pies; una prueba del delito cometido.

—Ya veo que sabes sacarle partido —musitó ella, apretando los muslos. Sus mejillas se habían sonrojado y tenía los labios hinchados por sus besos.

Se inclinó una vez más sobre ella, admirando su cuerpo sin tocarla todavía, para luego encontrarse con sus ojos y ver allí la misma lujuria inexplicable que lo recorría a él.

—Tú también lo sientes. —No era una pregunta.

La vio lamerse los labios, esa pequeña lengua rosada curvándose a lo largo del labio inferior

dejando tras de sí una húmeda huella.

—¿Por qué te deseo tanto? —la escuchó murmurar, sus ojos parecían perdidos y al mismo tiempo fijos en él—. ¿Quién eres?

Le acarició el labio inferior con el pulgar, la mano que la despojó de la lencería ahora hacía dibujos sobre la suave cadera, acercándose a su sexo pero sin llegar a tocarlo.

—Alguien que lleva innumerables vidas esperándote.

Cassie sentía como todo su cuerpo se derretía ante su presencia y, sobre todo, bajo el experto toque masculino. Si no tuviese el cerebro en total cortocircuito quizá hubiese podido pensar en la estupidez que estaba cometiendo, pero, por otro lado, lo prefería de este modo. Nunca se había sentido tan viva en toda su vida. El sexo se había convertido con el tiempo en algo superfluo, en citas de una noche en las que al llegar la mañana podía seguir con su complicada vida. No se permitía involucrarse, no después de dos relaciones fallidas y la manera en que la había mirado su casi tercer novio. Para ella, tres era el número definitivo, el amor no estaba interesado en llamar a su puerta para quedarse y el sufrimiento que soportaba cuando la rozaba para luego pasar de largo, era demasiado doloroso como para desear probarlo una y otra vez.

Y ahí estaba ella de nuevo, dispuesta a liarse con un completo desconocido al que su cuerpo anhelaba como si lo hubiese conocido hace mucho tiempo, como si siempre lo hubiese estado esperando. No comprendía las emociones que se generaban en su interior, el temblor que la recorría bajo cada caricia y el anhelo que saboreaba su alma, pero no podía dejar de desearlo, de desearlo a él.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —gimió derritiéndose entre sus brazos—. No... no puedo hacer que mi cerebro encuentre un solo pensamiento coherente.

Él respondió mordisqueándole un punto entre el cuello y el hombro que la hizo estremecer. Le arrancó el aire y envió una ráfaga de calor a través de su cuerpo que colisionó directamente en su sexo, humedeciéndose todavía más. El sordo latido entre sus piernas empezaba a ser insoportable, deseaba ser llenada y alcanzar el bendito alivio que sabía él podría proporcionarle.

Su aliento le acarició ahora el oído, una de las grandes manos ascendió por su espalda y se detuvo sobre el cierre del sujetador, el cual abrió sin problemas dejando sus pechos desnudos a la brisa del atardecer.

—No pienses, Cassandra, límitate a sentir.

En circunstancias normales estaría pataleando y dando gritos ante la idea de estar haciendo aquello en un espacio abierto al que cualquiera podía acceder. La luz del sol se iba perdiendo por detrás de las montañas y las luces artificiales de los focos diseminados por el lugar empezaban a tomar el relevo. No encontró ni una sola palabra de protesta, su mente solo parecía dispuesta a concentrarse en una cosa; la boca masculina.

Jadeó al sentir como la caliente cavidad bucal se cerraba alrededor de uno de los pezones y lo succionaba. No pudo evitar gemir, a partir de ese momento su garganta decidió dar un concierto por sí misma sin pedir permiso u orientación. Las sensaciones eran tan intensas, tan desgarradoras que no encontraba palabras para describir lo que ese hombre le hacía a su cuerpo.

—He deseado tanto poder tenerte otra vez —creyó oírlo murmurar contra sus senos—, deseaba tocarte, deslizarme en tu interior y poseerte en cuerpo y alma.

Sus caricias bajaron de intensidad y se hicieron más suaves y tiernas, pero no por eso menos excitantes. La mano que le acariciaba el muslo dejó de jugar para deslizarse ahora entre sus

húmedos pliegues, la acarició con los dedos, aumentando su frenesí pero negándole al mismo tiempo la deseada penetración.

—Tu piel me atrae, tu cuerpo reclama el mío y me apacigua el alma.

Se derritió bajo el sonido de sus palabras, con ese tono de voz tan sensual que la convertía en gelatina.

—Quiero enterrarme profundamente entre tus piernas —le susurró al oído. Su lengua le acarició el arco de la oreja—. Quiero penetrarte, llenarte por completo y oírte gemir mientras te poseo.

¡Por dios, esa es una magnífica idea! ¡La secundo! Pensó ella, pero fue incapaz de ponerlo en palabras. Esa capacidad parecía haber quedado irremediabilmente dañada en su cabeza.

—Siénteme —insistió él, y en un abrir de ojos le cogió la mano y le oprimió la palma contra la dura erección masculina.

Se le hizo la boca agua, si era posible se mojó aún más y gimió por algo que ella también deseaba. Lo deseaba rabiosamente.

—Lo quiero —gimió. Se mordió el labio y luego se lo lamió—. Debo haber perdido la cabeza por completo, porque nada de esto tiene sentido, pero lo quiero... lo necesito... te necesito.

La mano que jugaba entre sus piernas se retiró, su calor la abandonó un momento para regresar en la forma de un beso y con el sonido de una cremallera abriéndose de fondo.

—Tus deseos siempre serán órdenes para mí —musitó él, robándole el aliento con un nuevo beso. Sometiéndola con su poder y presencia, con una rabiosa masculinidad que la hacía sentirse como una delicada y tierna hembra abierta a las necesidades de un hombre mucho más fuerte que ella. En vez de preocuparle, aquello la excitaba.

—Esto es una locura —farfulló, pero lo besó a su vez, reclamando su boca, uniendo sus lenguas y deleitándose en su sabor—. He perdido la cabeza por completo.

Él le lamió los labios, entonces le cogió las manos y se las subió a los propios hombros. Uno de sus muslos se interpuso entre sus piernas, separándoselas aún más, permitiendo ahora que el aire le acariciase los húmedos y expuestos labios vaginales.

—Mientras esté a tu lado, no tendrás que preocuparte por la lucidez o por la locura —le respondió, con un ligero arrullo.

Le acarició el muslo con suavidad para después aferrárselo y obligarla a levantar la pierna y enredarla a su cadera. Sintió la dura erección restregándose contra su húmeda entrada, empapándose con sus jugos para luego introducirse lentamente en su apretado sexo.

Cassie perdió el hilo y cualquier posible réplica que tuviese para darle. El duro pene se abrió paso en su interior, empalándola por completo al tiempo que la abría para él. Se quedó sin aire, la sensación de plenitud era exquisita, se sentía tan repleta que todo su cuerpo era un hervidero de sensaciones que culminaban allí donde la tocaba.

—Oh, dios —jadeó, apretándose contra él, apretando las manos sobre sus hombros mientras el placer la sobrecogía.

Él empezó a retirarse lentamente, quedando unido a ella solo por la punta de su erección para volver a introducirse de nuevo en una asombrosa y agónica tortura que adoraba. La tomó despacio al principio, recreándose en cada movimiento, pendiente de cada gemido que salía de entre sus labios, mostrando un obvio orgullo masculino y una desesperada lujuria en sus ojos. Cada vez que se introducía en su interior, era como si le robase un pedazo de alma, como si algo llamase a la puerta de esta y esperase una respuesta. La sensación era tan placentera como nostálgica, como si ya se hubiese sentido antes de aquella manera, algo absurdo puesto que nunca antes se habían

encontrado.

Sus embestidas aumentaron el ritmo, los jadeos se mezclaron con el sonido de sus cuerpos durante la cópula, podía sentir la tela de sus pantalones acariciándole los muslos con cada nuevo movimiento, la superficie rugosa de la columna a su espalda, pero nada de aquello la molestaba. El placer la inundaba, se unía con la lujuria y un ciego frenesí que hacía que en todo lo que pudiese pensar era en alcanzar el orgasmo.

—No te reprimas —jadeó él, buscando su mirada, sosteniéndola y deleitándose con lo que quiera que viese en ella mientras la follaba—. Déjate ir... regresa al lugar al que perteneces. Yo te sostendré...

Sus palabras fueron como un afrodisíaco para ella, no necesitó más para que su cuerpo alcanzase ese punto delicioso en el que se desprendía de la piel y se convertía en sensaciones. Su grito quedó ahogado por la boca masculina, cerniéndose certera sobre la suya, bebiendo su aliento y devolviéndoselo con el propio. Él siguió penetrándola, aumentando el placer de la liberación y buscando su propio final, tomando todo de ella, reclamándola con una efectividad que empezó a pensar si no quedaría marcada por siempre por él. Curiosamente, la idea no le parecía tan mala.

—*Eíste orycheío* ^[1] —gimió él, con voz ronca, dejándose ir también, alcanzando su propio orgasmo al tiempo que salía fuera de su cuerpo—. *Iéreia mou* ^[2].

Cassie no estaba segura de que significaban aquellas palabras, pero algo le decía que su significado era mucho más importante de lo que estaba dispuesta a aceptar en esos precisos momentos.

Se lamió los labios y se dejó ir contra la columna, jadeando en busca de aire mientras su cuerpo acuciaba los temblores propios del orgasmo. Se sentía tan cansada como aliviada, tanto que no se dio cuenta hasta ese preciso momento de lo frustrada que había estado. Tomó una profunda bocanada de aire y alzó la mirada para encontrarse con ese perfecto espécimen masculino quitándose la camiseta y haciéndola a un lado. La excitación volvió a inundarla al instante, asombrándola de desearle cuando acababa de regalarle el mejor orgasmo de toda su vida. Pero lo hacía, tanto que no dudó en posar su mano sobre la de él cuando se la tendió.

—Esto solo ha sido el principio, Cassandra —le dijo, atrayéndola hacia él.

Bajó la mirada entre sus cuerpos y jadeó al ver que estaba de nuevo erecto, se lamió los labios. He aquí un hombre que podía competir con el *Conejito de Duracell*.

—No eres humano, ¿verdad? —acabó soltando una breve risita.

Él enarcó una delgada ceja rubia mientras sus labios se curvaron un poco.

—No del todo —aceptó, cerniéndose ya sobre ella—, algunos días, recuerdo que soy un dios.

No respondió, no pudo hacerlo, su boca ya la estaba reclamando otra vez, dispuesto a llevarla al mismísimo Olimpo.

CAPÍTULO 5

—¿Por qué tengo la sensación de haber estado anteriormente aquí? —murmuró Cassie tiempo después, acostada desnuda sobre una manta, a los pies de la entrada del Templo de Apolo. Giró hacia el culpable de tal situación, encontrándose con sus ojos azules—. ¿De conocerte desde hace mucho tiempo?

—Porque has morado en estas tierras mucho antes de que los dioses fueran relegados a ser simples recuerdos —le dijo, sosteniéndole la mirada—. Tu alma lo recuerda, pero, ¿qué en realidad? ¿Me recuerdas por lo que fui o por quién fui para ti?

Ella lo miró, sintió el tacto de su mano acariciándole el rostro, trayendo consigo un anhelo que nada tenía que ver con la lujuria que habían compartido durante las últimas horas. Para entonces, la noche había caído ya sobre el complejo arqueológico, Loxias le había asegurado que no había nada que temer, que nadie los molestaría mientras él estuviese con ella. Ahora, viéndolo en frío, no podía creer la locura que se había apoderado de ella. Acababan de profanar, de la manera más deliciosa, el Patrimonio de la Humanidad. Aquello tenía que poner un nuevo nivel en su lista de desastres.

—¿Quién eres en realidad? ¿Por qué siento que te conozco a pesar de no haberte visto nunca? —no pudo evitar insistir. Entonces sacudió la cabeza y expuso sus pensamientos en voz alta—. Te das cuenta, que hemos terminado sobre unas piedras que tienen miles de años, y a las que la UNESCO ha declarado Patrimonio de la Humanidad. Y no es que me queje, vaya, soy mayorcita para ser consciente de mis actos... pero aun así... esto se sale de mi rango de locura habitual.

Él sonrió y le recorrió el rostro con los dedos, como si quisiera recordarlo.

—Me doy cuenta de que estuve esperando *esto*, mucho tiempo —aseguró al tiempo que le besaba los labios—. ¿No se te ha ocurrido pensar, que quizá, en otra vida, fui alguien que te amó y te dejó marchar? Ese habría sido un error lo suficientemente grande e importante como para desear recuperarte.

Ella esbozó una irónica sonrisa, se puso cómoda sobre la manta en la que se habían recostado y lo miró. No podía dejar de hacerlo, era realmente atractivo.

—¿Y quién habrías sido?

Volvió a deslizar los dedos por su rostro y se lamió los labios.

—Alguien que creyó en las mentiras que yo mismo puse en tu boca, alguien que se pasó toda la eternidad esperándote. Recordándote... —respondió con una voz profunda, casi tan hipnótica como lo eran sus ojos azules—. Alguien que no pudo borrar tu recuerdo por mucho que lo intentó y que ha vivido desde entonces con un profundo remordimiento y la esperanza de poder enmendar lo que te hizo...

Sus palabras sonaron lejanas a pesar de que las escuchó alto y claro. Parpadeó, sintiendo como

el conocido sopor que la embargaba cuando acechaba alguna visión, caía sobre ella.

—¿Por qué hablas como... como si eso hubiese ocurrido de verdad?

Su mirada azul dejó de existir, convirtiéndose en un profundo pozo en el que empezó a hundirse sin remedio.

—Porque es nuestra realidad, *iéreia mou*. —Escuchó su voz, cada vez más lejos y por primera vez, entendió lo que esas palabras significaban. *Mi sacerdotisa*—. Recuérdame, Cassandra... recuerda lo que una vez fuiste... lo que las *Moiras* nos depararon a ambos.

Siguió perdida en sus ojos, hundiéndose cada vez más y más, mientras sus palabras abrían las compuertas de su alma y extraían de ella el recuerdo de una vida ya extinta y un amor maldito.

Como solía ocurrirle cada vez que *atacaba* una de sus visiones, se sintió extraída de su propio cuerpo y lanzada a través de un túnel hacia el momento que debía ver. Esta vez sin embargo no se encontró como simple espectadora del futuro, su conciencia presente se hundió en la pasada y su alma conectó con aquella que fue una vez, viendo y sintiendo a través de sus ojos la niña que fue en otra época y lugar.

Había insistido tanto en que jugasen a las escondidas que a Héleno no le quedó más remedio que acceder. Ella sabía que su hermano prefería estar jugando con la tonta espada de madera e imitar los gestos de su padre, pero a Cassandra no podía importarle menos todo eso. Ella deseaba salir al jardín, corretear por el palacio, disfrutar de un día de juegos, a poder ser lejos de su nodriza. Así que había arrastrado a su gemelo, sobornándolo como solo una niña de ocho años y adorada por su hermano, podía hacerlo.

Se había escabullido por la parte trasera del jardín, sabía que él hacía trampas y la había visto, por lo que no dudó en atravesar el patio como un relámpago y subir con esfuerzo los tres escalones que conducían al templo. La melancólica música de la lira atrajo su atención, tirando de ella como si fuese una cuerda mágica.

Su madre le había prohibido aventurarse en el templo del Dios Apolo, poniendo como excusa su corta edad y la retórica que siempre utilizaba cuando quería meterla en cintura. Puso los ojos en blanco e hizo lo que mejor se le daba; su propia voluntad.

El lugar estaba en silencio a excepción de la melodía que se escuchaba de fondo. Las llamas del fuego encendido en los pebeteros iluminaban el interior del templo y marcaban el camino hacia el altar; de dónde procedía la música. Curiosa, y habiendo olvidado ya su juego, se aventuró en el interior de la sala y lo vio allí.

Era un hombre, mucho más joven que su padre y completamente dorado. El pelo rubio se le rizaba ligeramente sobre las orejas y creaba ondas sobre las cuales la luz del fuego arrancaba destellos de oro. Estaba sentado con una pierna doblada debajo de él y la lira apoyada sobre el muslo, mantenía la cabeza inclinada mientras los largos dedos arrancaban melancólicas notas. Iba vestido como uno de los sacerdotes que solían acudir en presencia de su padre, con una sencilla prenda blanca con bordados azules y unas alpargatas doradas.

Se rascó la nariz, era un gesto que solía hacer muy a menudo, especialmente cuando tenía que pensar en algo con mucha concentración. ¿Debía quedarse o marcharse? ¿Se enfadaría el músico si lo interrumpía?

—Es una melodía muy triste —murmuró, con la inocencia propia de su edad. Sin pensárselo más, caminó hacia él para dejarse caer sentada a su lado—. ¿No conoces una canción más alegre?

Él levantó entonces la cabeza y pudo ver unos intensos ojos azules mirándola con anodina

curiosidad. Guardó silencio durante tanto tiempo, que pensó que quizá no la hubiese escuchado o que no pudiese hablar.

—¿No puedes hablar? —preguntó—. ¿Te han cortado la lengua? Padre dice que si no me porto bien y guardo silencio, vendrá el dios Apolo y me cortará la lengua. Pero sabes qué, no creo que lo haga. ¿Para qué iba a querer el dios la lengua de una princesa? Y yo la necesito, si no tengo lengua, ¿cómo voy a hablar? Padre dice que hablo demasiado, pero no hablo tanto, puedo callarme.

Él dejó de tocar la lira, apoyó el objeto por completo sobre la pierna y la miró con lo que solo podía ser curiosidad.

—¿Y quién es ese padre tan severo, pequeña lenguaraz?

Cassandra frunció el ceño, desconocía el significado de aquella palabra, pero tampoco le parecía interesante averiguarlo.

—Mi padre es el señor de la ciudad, el Gran Rey Príamo de Troya —recitó tal y como le había enseñado su maestro—. Yo soy Cassandra, princesa de Troya, hija del Gran y Valeroso guer... guer... guerro... no... guerrero.

Los labios masculinos se curvaron, la única señal que dio el extraño y silencioso hombre de encontrarla divertida.

—¿Y qué ha venido a buscar una pequeña princesa troyana al templo del Dios del Sol? —le preguntó, inclinándose hacia ella—. ¿Buscas el favor de Apolo?

Ella encogió sus pequeños hombros y luego sacudió la cabeza, haciendo que sus rizos volasen en todas direcciones.

—Mi hermano Héleno y yo estamos jugando a las escondidas —continuó con su locuaz conversación—. Me escapé por la parte de atrás del jardín de palacio. Él hace trampas, así que corrí para que no me encontrase, pero entonces escuché la música y vine a ver quién estaba tocando. Y eras tú.

«¿Cassandra! ¿Cassandra, dónde estás? ¡Ya no quiero jugar más a esto! ¡Sal ahora mismo o se lo diré a padre!».

Ella hizo una mueca al escuchar la voz de su hermano en la entrada del templo, resopló y se levantó.

—Tengo que irme —declaró con pesar—. Volveré mañana y tocarás una canción más alegre para mí.

Sonrió mostrando los dos dientes de leche que le faltaban y giró sobre sus talones, salió del edificio gritando ya el nombre de su hermano y la poca paciencia de este para con ella. Algo que le había escuchado decir muchas veces a su madre.

Ella había vuelto al templo al día siguiente, tal y como se lo había prometido, y él interpretó para ella una nueva melodía, más alegre.

Cassie sabía que las citas se habían repetido una y otra vez a lo largo de los siguientes años, podía recordar con meridiana claridad cada una de ellas, viéndolas a través de los ojos de quien fue en otra vida. Con el paso del tiempo, había entrado a formar parte del mismo templo como sacerdotisa de Apolo, si bien el dios nunca la había honrado con su presencia, Loxias permanecía a su lado, compartiendo cada importante momento de su vida, cada logro y cada pena. A su lado, empezó a despertar como mujer, la niña que fue quedó atrás para dejar paso a una adolescente cuya belleza empezaba a ser ya eco de alabanzas entre su pueblo.

En su quince aniversario, su belleza ya se había hecho palpable y el interés de aquellos que visitaban al rey por asuntos de estado comenzó a devenir en ella. Su padre, el Rey Príamo

consideró que ya era el momento de empezar a buscarle marido, era una princesa de Troya y su matrimonio sería una alianza política.

La sola idea la había enfermado y era motivo de ardientes discusiones con su progenitor, quien no dejaba de recordarle su puesto como mujer y sus obligaciones de obedecerle. Pero ella solo deseaba estar al lado de su músico, deseaba huir y dar rienda suelta al tierno sentimiento que le inundaba el pecho.

Fue tras una de las muchas riñas con su padre que salió de palacio para refugiarse en el templo y rezar al Dios del Sol en busca de orientación. Esperaba así mismo encontrarle a él, a Loxias, y dejar que la consolase con sus dulces y tiernas palabras, pero lo que descubrió nada más traspasar las puertas hizo que su mundo se tambalease una vez más.

No había hecho más que poner un pie en el interior del templo cuando escuchó voces. No deseaba ser vista, así que se deslizó entre las sombras y se acercó de forma sigilosa hacia la sala principal. Los tres sacerdotes que realizaban los ritos diurnos permanecían postrados ante la figura de su amado. Este les daba la espalda y al contrario que otras veces, no solo no vestía el atuendo típico que le conocía, sino que además llevaba una corona dorada de laurel rodeándole la cabeza; algo que solo se permitía llevar a los reyes... y a los dioses.

Cassandra se quedó sin respiración, negó con la cabeza y se mordió el labio inferior cuando las palabras de uno de los sacerdotes, puso voz a sus propios pensamientos.

—Mi señor Apolo, en pocos días se celebrará la fiesta de la cosecha —dijo Laocoonte, uno de los sacerdotes al servicio del dios. Al igual que los otros dos, de los cuales desconocía su nombre, guardaban debido respeto ante el olímpico, postrados en el suelo—, y las doncellas elegidas serán consagradas a tu servicio.

El hombre que una vez creyó tan solo un músico, se tomó su tiempo en responder:

—¿Cuántas?

—Quince de las más hermosas doncellas vírgenes de la región, mi señor.

No podía respirar, la forma en que los sacerdotes se dirigían a él, la forma en que se humillaban ante él... Las primeras lágrimas empezaron a resbalar por su rostro.

—Deseo que la princesa Cassandra se una a ellas.

La declaración sorprendió a tanto a los sacerdotes como a ella misma.

—¿Mi señor? —se atrevió a preguntar. El sacerdote consagrado a Apolo, parecía ser el único que encontraba la voz.

—Deseo que mi sacerdotisa haga los honores en esta ocasión.

El hombre empezó a balbucear.

—Pero... pero... mi señor, la princesa es...

El sacerdote calló en el mismo momento en que los ojos azules, que conocía tan bien, se posaron sobre él.

—Laocoonte, encárgate de que se cumpla mi voluntad o Troya conocerá mi ira.

No podía respirar. Era incapaz de apartar la mirada de la escena que se desarrollaba ante el altar. El pobre Laocoonte hizo una rápida reverencia y seguido de sus congéneres, abandonó el templo con rapidez sin llegar a darse cuenta de su presencia. Fue incapaz de moverse durante varios minutos, le temblaban las piernas de tal manera que llegó a pensar que no podría volver a caminar. Él, su Loxias, era en realidad... un dios... el patrono de la ciudad, Febo Apolo.

Los últimos rayos del sol penetraban a través del ventanuco situado por encima del altar e incidían directamente sobre la figura inmóvil que permanecía de espaldas. Casi al mismo tiempo, la conocida melodía de la lira inundó el templo.

—Sé que estás ahí, princesa —escuchó su voz, alta y clara cuando la lira dejó de sonar—, preséntate ante mí.

Cassandra dio un respingo, sintió como el corazón se saltaba un latido y volvía a retomar el ritmo con mayor rapidez. Pensó en huir, llegó incluso a darle la espalda dispuesta a salir como ave que emprende el vuelo, pero no pudo hacerlo. Algo seguía reteniéndola allí, no sabía si era su presencia, su figura o el recuerdo del músico del que se creía enamorada. Recorrió el breve pasillo que la separaba del dios y se dejó caer al suelo, en posición suplicante.

—Gran Febo Apolo, perdonadme —musitó, temblorosa, sintiendo el frío del suelo en la frente—. Os suplico perdón y piedad para esta ingenua mujer que ha cometido el mayor de los pecados...

Ella no fue consciente de que había acertado la distancia entre ambos hasta que vio, fugazmente, la sombra de sus pies ante ella.

—Levanta el rostro, Cassandra y no te postres en mi presencia.

Se lamió los labios y empezó a incorporarse con lentitud hasta permanecer de rodillas, sentada sobre sus pies, dudando al elevar la mirada hasta encontrarse con su amado rostro. Las traicioneras lágrimas siguieron brotando de sus ojos y deslizándose por sus mejillas.

—¿Por qué lloras?

La pregunta llegó a ella con la voz de Loxias, sus ojos la miraban con la misma ternura de siempre, tan solo las hojas del dorado laurel emergiendo sobre sus orejas y el rico atuendo que lucía ahora, rompía la imagen que siempre tuvo de aquel hombre.

Se lamió los labios buscando ganar algo de tiempo para dar una respuesta adecuada. ¿Pero había realmente tal respuesta?

—Porque mi amor está condenado —musitó—. Amo a un hombre que no existe, cuyo nombre fue una quimera.

Lo vio ladear la cabeza, como si meditara en busca de una respuesta.

—Loxias es otro de los muchos nombres por los que se me conoce, pequeña Cassandra —declaró él con paciencia. Sus ojos encontraron ahora los suyos—. Amas a un mortal, a un músico de la lira, ¿puedes amar también a un dios?

Más lágrimas se unieron a las primeras y un ahogado sollozo abandonó sus labios mientras agachaba la cabeza y ocultaba el rostro tras las manos.

—Estoy condenada, mi señor—musitó, incapaz de mirarle y ver en su rostro la burla o el rechazo—, pues desde que era una niña y os oí tocar, sois el único depositario de mi amor.

Él se inclinó entonces frente a ella, cogió sus manos en las suyas impidiéndole ocultarse.

—Tu única condena es también tu único castigo, pues el dios al que amas, también te ama, Cassandra —confesó. Le secó las lágrimas con besos y volvió a mirarla—. Sé mía, Cassandra. Accede a compartir mi lecho, sé mi consorte y el mayor de los dones será tuyo.

Ella parpadeó, intentando asimilar sus palabras. ¿Acababa de decirle que la amaba? ¡Dioses! ¡Él la amaba!

—Entrégate a mí y podrás acceder a los Arcanos de la Adivinación —insistió él, sus ojos clavados en los de ella—. Como mi sacerdotisa, predecirás el futuro, sabrás de ante mano de cada episodio, de cada vida y te anticiparás a las visiones de los profetas. Lo juro por el río Estigia. Sé mía, Cassandra y el don te pertenecerá.

Ella aceptó su trato. Lo aceptó a él en su corazón y en su cuerpo, le entregó todo lo que era y lo que sería a cambio de unas migajas de amor y el don de la adivinación. Una decisión que traería consigo su propia desgracia y destrucción.

Una vez más, Cassie volvió a sentir ese tirón que anunciaba el final de la visión, quiso luchar, quería permanecer allí, pero el tiempo se había agotado.

—No... ¡Apolo! —jadeó, buscando con desesperación el aire que necesitaba para vivir. Se aferró a un cuerpo sólido y duro, cálido y con aroma a bosque, de nuevo fue consciente de su desnudez y del lugar en el que se encontraba.

—Respira, Cassandra, respira. —La dulce y sedante voz de Loxias se mezcló con sus recuerdos, obligándola a volver al presente—. Eso es, así...

Se tensó, sacudió la cabeza y le empujó, apartándose de él. Tropezando en su intento por poner distancia entre ellos.

—Tú... él... —dejó escapar un gemido—. ¿Qué fue todo eso? ¿Qué mierda fue eso!

Él se movió con esa gracia felina que había admirado durante buena parte de la visita de aquel día, recogió los pantalones y se los puso.

—Un recuerdo —respondió, pero ni siquiera se molestó en mirarla a la cara mientras recogía la camiseta y se la colaba por la cabeza—, de tu vida pasada... de nosotros.

Miró a su alrededor, completamente azorada y consciente de su propio estado de desnudez. Soltó un bufido y se dio prisa en vestirse.

—No voy a jugar a este juego —declaró, vistiéndose a toda prisa, dándole en todo momento la espalda—. No, ni hablar. ¿Recuerdos de una vida pasada? Sí, claro... ¡La de la princesa Cassandra de Troya, nada más y nada menos!

Se abotonó el vestido con un gesto furioso y se giró hacia él.

—¿Haces esto muy a menudo? —le espetó—. ¿Te funciona el traerte a una incauta aquí, seducirla y decirle que en otra vida fue, nada más y nada menos que una sacerdotisa maldita? Para tu información, Lox, esa mujer fue maldecida por el pringado al que dedicaron este templo... y su regalito fue que nadie, nadie en absoluto creyese en sus profecías. Sí, ya puedo ver la ironía... ¡Eres un capullo!

Él se giró hacia ella ahora, sus ojos azules se clavaron en los suyos y por un momento llegó a sentir miedo. ¿En qué había pensado al quedarse a solas con él y en medio de ningún sitio? ¡Había follado con un tío al que acababa de conocer esa misma mañana!

—Cassandra...

Apretó los dientes hasta oírlos reclinar.

—Es Cassie —siseó—. Y no se te ocurra volver a acercarte a mí.

Recogió su bolso, se calzó y le dio la espalda dispuesta a largarse de allí, así fuera andando si el maldito coche no encendía.

—Si deseas saber por qué tienes esas visiones, vuelve mañana —le dijo, deteniéndola en seco—, y comprenderás que las cosas no siempre son como nos las han contado.

Lo miró por encima del hombro.

—Sigue soñando, Loxias —le soltó—, si es que realmente te llamas así.

Vio como curvaba los labios.

—Es uno de los muchos nombres por los que se me conoce y el que actualmente figura en mi identificación —le dijo—. Te deseo una buena noche, Cassandra.

No contestó, todo lo que deseaba hacer era escapar de aquel lugar como alma que llevaba el diablo. Si bien no podía sacarse de la cabeza la sensación de que todo aquello era una completa locura, algo había despertado en su interior con aquella visión y empezaba a tener miedo de lo que podría averiguar al respecto.

CAPÍTULO 6

En Grecia todo el mundo parecía tener prisa, no veías a nadie quieto durante más de unos pocos minutos y nunca, a menos que se tratase de disfrutar de la comida, se detenían a menos que fuese algo importante. Cassie examinó su té con leche y el panecillo que apenas había tocado. Era incapaz de dejar de darle vueltas a todo lo ocurrido el día anterior. Ahora, en frío, lo veía tal y como era; ¡una locura de proporciones bíblicas!

Lo peor de todo, es que no sabía que le preocupaba más, si el haber follado en medio de una de las ruinas más importantes del país o toda la locura que se desató después con aquella visión.

Hasta ahora, no había tenido nunca visiones del pasado. Todo lo que veía era el futuro, y nunca algo que estuviese relacionado directamente con ella. Nunca se veía a sí misma, esta fue, de alguna extraña manera, la primera vez.

—No, no vayas por ahí —se recriminó a sí misma—. Solo es un chalado que se inventó toda esa historia para seducirte... y mira por dónde, el maldito idiota, lo consiguió.

Un polvo y era incapaz de quitárselo de la cabeza.

—Cassandra... sí, claro —resopló—. Nada más y nada menos que una antigua princesa troyana, que se enamora de un dios y este le ofrece el don de la adivinación a cambio de un polvo.

La sacerdotisa maldita. Un conocido mito griego que se revelaba ante ella como parte de una vida pasada de la que, hasta entonces, no había sido consciente.

Bufó, levantó la taza y bebió un sorbo, el líquido estaba dulce, como a ella le gustaba pero frío. Había perdido la noción del tiempo.

—¿Quién diablos eres en realidad? —murmuró para sí. No podía quitarse de encima la sensación de que lo conocía, de que había visto su rostro antes de aquella noche, pero, ¿dónde?

No pensaba aceptar la loca idea de que él fuese —o hubiese sido— un dios. Sí, se le daba de puta madre el deporte de cama, pero adjudicarle poderes divinos... y a pesar de todo, seguía sin poder quitarse de encima la extraña sensación de *déjà vu* que sintió con él.

—Me va a estallar el cerebro —resopló y se dejó caer sobre la mesa, con la cabeza entre los brazos—. Y lo peor de todo es, que la culpa ha sido solo mía. Si no me hubiese empeñado en venir aquí. ¿Qué diablos esperabas encontrar? ¿A ver, dime? —se flageló a sí misma—. Ahí va de nuevo la chalada de Cassie, corriendo hacia ningún lado por lo que le dice un tío, al que ni siquiera le vio el rostro, en un jodido sueño. ¡Pues a la mierda los sueños!

Su inesperado comentario, dicho a voz en grito, espantó las palomas que picoteaban las miguitas de pan al lado de su mesa y sobresaltó a los transeúntes que progresaban por la calle. Una niña pequeña, de pelo negro y con tirabuzones clavó sus ojos azules en ella. Los primorosos labios formaron una pequeña “o” antes de decir alguna cosa a la mujer que la llevaba de la mano. Esta se inclinó sobre ella, respondiendo en griego antes de tirar de nuevo de la pequeña y continuar camino. Siguió a la pareja con la mirada unos instantes, pero la llegada de una nueva visión nubló todo el mundo real sumiéndola en un túnel de oscuridad del que pronto emergió de

nuevo a la luz.

Se encontró de pie a los pies de una montaña, el sol se alzaba por encima de la cima, bañándolo todo con una ambarina luz. No se oía nada, no había nadie a su alrededor y sin embargo sabía que se ocultaba algo en su interior.

Echó a caminar observando el paisaje, intentando descubrir dónde estaba. El aire se levantó a su alrededor trayendo consigo el salitre del mar y el sonido de las olas, pero no fue lo único, ya que también llegó a sus oídos una extraña melodía.

Se dejó llevar, sabiendo que no podría escapar de la visión hasta haber visto lo que tenía que ver. Ese momento llegó en la forma de una mujer con espeso y largo pelo negro y un corto vestido ibicenco ondeando al viento. Sin embargo, ella no era la dueña de la melodía, ya que esta procedía del conjunto de ruinas que se encontraban a su espalda.

Se tensó, allí había algo oculto, fuese lo que fuese parecía estar observando a la mujer. Ella, sin embargo, parecía totalmente ajena a aquella presencia, pues giró sobre sus talones y echó a caminar pasando a su lado sin notarla siquiera. Al verla de cerca se fijó en que llevaba una cámara de fotos al cuello, pero su semblante quedaba oculto tras una cortina de pelo que el viento trenzaba como si no desease que viese su rostro.

La oscuridad la envolvió de nuevo y cuando volvió a ser consciente de la realidad que la rodeaba, su mirada seguía fija en la niña y la mujer cuyo pelo negro ondeaba tras ella como lo había hecho en su visión.

—Vaaaaaalep —musitó para sí, parpadeando—. Qué coño ha sido eso.

Sintió un escalofrío, se frotó los brazos y sacudió la cabeza. Había tenido una visión del porvenir de la mujer que se perdía ya al doblar la esquina, pero no tenía la menor idea de su significado.

Miró su té, hizo una mueca y dejó la taza a un lado.

—Voy a tener que dejar de comer comida griega —masculló—. Primero ese tío, luego esa visión del pasado y ahora esto. Necesito unas vacaciones de mí misma.

Lo más sensato que podía hacer ahora era recoger sus cosas y adelantar su vuelo a casa. Olvidarse de todo, de su sueño, del hombre sin rostro y de su sensual voz.

—Tú eres Cassie... Cassie a secas, no fuiste una princesa de Troya, no fuiste maldecida por un dios... y no amabas a ese hombre, sea la reencarnación de un dios o un chiflado... ¡Por todos los diablos, si apenas le conoces!

Y era la verdad, no lo había visto en su vida hasta el día anterior, aunque él parecía conocerla a ella al dedillo, especialmente su cuerpo.

Se estremeció, su sexo se contrajo en respuesta, humedeciéndose. Incluso los pezones se le pusieron duros y toda la piel empezó a hormiguarle ante el solo recuerdo.

Loxias la había encendido, manipulando su cuerpo como un experto artificiero y la había conducido al límite, consiguiendo que muy pocos hombres o nadie, consiguió hasta el momento.

Reconócelo. El chico sabe cómo moverse y lo hace muy, pero que muy bien.

—¡Cállate! —le gritó a su propia conciencia, haciendo que una vez más los transeúntes le prestasen atención.

Siseó en voz baja, cogió el panecillo, se lo metió en la boca y abandonó el asiento solo para escuchar la melodía del móvil en el bolsillo trasero de los shorts.

El identificador de llamadas le confirmó que el poli tono era el correcto; su amiga Diana atacaba de nuevo.

—¿Qué tripa se te ha roto? —preguntó nada más descolgar el teléfono.

—Hola, hola, holaaaaaa —saludó como siempre—. ¿Qué tal está resultando tu experiencia por tierras griegas?

—Un asco —soltó de golpe y su amiga se rió—. No, en serio. Hace un calor infernal, la gente no entiende el inglés y no dejan de repetir todo el tiempo una frase inteligible.

Diana se echó a reír incluso con más fuerza.

—Ya veo que lo estás pasando bien —dijo risueña—. ¿Estás ya en Delfos? ¿Has ido al templo?

Dudó a la hora de responder, ¿qué podía decirle? Sí, fui y me enrollé con un guía.

—Me pasé por allí ayer.

—¿Y? ¿Encontraste lo que fuiste a buscar?

Resopló al pensar en la respuesta a esa pregunta.

—Encontré mucho más —farfulló en voz baja—. Oye, ¿qué sabes exactamente de una tal Cassandra, Princesa de Troya?

Hubo un largo silencio, tan largo que pensó que se había cortado la línea.

—¿Diana? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí —contestó ella atropelladamente—. Veamos... Cassandra fue una princesa troyana, hija del rey Príamo y la reina Hécuba...

—Puedes saltarte esa parte, ya me la sé —farfulló—. ¿Fue una sacerdotisa? ¿De Apolo, quizá?

—Sí a ambas cosas —respondió—. Se la conoce sobre todo como la sacerdotisa maldita. La muy guarra se la jugó a Apolo...

—Oye, sin insultar —se ofendió de manera automática, entonces hizo una mueca. ¿Qué diablos pasaba con ella?

—¿Qué pasa? ¿Era pariente tuyo? —se burló su amiga.

—Como si lo fuese —rezongó—. Continúa...

—Se dice que prometió acostarse con Apolo a cambio del don de la adivinación, pero cuando el dios se lo concedió y le enseñó los secretos de los arcanos, lo mandó a freír espárragos, así que él la maldijo —resumió, casi podía verla encogiéndose de hombros—. Los dioses griegos tenían muy mala baba entonces.

—La maldijo —repitió ella, lamiéndose los labios. Entonces arrugó la nariz—. Entonces yo tenía razón, ella es esa profetisa que veía el futuro, pero que nadie creía, ¿no?

—¡Bingo! —aceptó su amiga—. El mito dice que cuando Cassandra se negó a cumplir con su parte del trato, Apolo le escupió en la boca de modo que aunque dijese la verdad, nadie la creyese. Ella fue la que profetizó la caída de Troya, ya sabes, la peli del buenorro de Brad Pitt.

Sí, había visto la película, la única en la que realmente le gustaba ese idiota del Pitt. Por ella, podía quedárselo todo Doña Morritos Jolie.

Había un rubio mucho más guapo y macizorro, en lo que a ella respetaba. Uno que ya había probado y que se creía así mismo, la maldita reencarnación de un dios.

—Pero en esa película no había ninguna Cassandra —murmuró intentando hacer memoria—. ¿No? Había una sacerdotisa, sí... pero se liaba con el Brad Pitt... no había tampoco ningún dios por el medio, que yo recuerde.

—Recuérdame que cuando vuelvas, volvamos a ver esa peli juntas —le dijo—. Te refrescaré la memoria y yo me recrearé con ese dios dorado de Hollywood.

Sacudió la cabeza y dejó que los recuerdos que todavía navegaban por su mente se filtraran de nuevo en su alma, sintió una punzada en el corazón, el dolor de la traición, una que no acababa de asimilar.

—¿Cómo fue capaz de hacerme tal cosa?

—¿De quién hablas? ¿Ha pasado algo que todavía no me has dicho?

Negó con la cabeza, un acto reflejo pues su interlocutora no podía verla.

—Me refería a Apolo, ¿cómo pudo hacerle algo así a Cassandra? —reformuló la pregunta—. Como si no hubiese infinidad de mujeres a las que asediar sin tener que ir lanzando por ahí maldiciones. Con ligarse a otra ya estaba...

Una estruendosa carcajada inundó la línea.

—Esa sí que es buena —se reía Diana—. Ligarse a otra. Si conocieses a un solo dios, sabrías que le dan un nuevo uso a la palabra “tozudez”. Nadie le dice que no a un dios... no a menos que quiera ser maldecido, convertido en árbol o cualquier otra cosa creativa.

Resopló.

—Pues al parecer yo lo hice —musitó, entonces pateó el suelo enfurruñada. Se estaba volviendo medio bipolar con esos “yo” y “ella” que utilizaba para referirse a esa tal Cassandra—. No... es imposible que ella fuese yo en otra vida... que yo fuese ella... mierda, lo que sea.

—Cass, o estás farfullando o esta conexión es una mierda —comentó su amiga—. Mira, ¿por qué no consultas en una biblioteca? Tienen que tener libros a patadas sobre la cultura, mitos y leyendas del país.

Fulminó el teléfono con la mirada.

—Da la casualidad de que no tengo ni zorra idea de griego, *cariñito*.

Su amiga bufó.

—¿Para qué crees que está el internet? —le recordó—. Y si no, también puedes mirar en alguna tienda de suvenires. No sería raro que tuviesen alguna copia en inglés —razonó. Entonces se escuchó el sonido del timbre de la puerta—. Oh, ese debe ser Enrico. Te dejo, hermosa. Llámame tan pronto tengas noticias.

Cassie puso los ojos en blanco. ¿Quién diablos era Enrico? Esa mujer cambiaba más de hombre que de ropa interior.

—Te llamaré tan pronto esté por subirme al avión de vuelta a casa —se despidió—. Cuidate y no hagas locuras.

Ella se rió.

—Tú también —pidió y tras lanzarle un sonoro beso, le colgó.

Suspiró y negó con la cabeza al tiempo que se volvía a guardar el teléfono.

—Así que... Enrico —chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco—. Lo que daría por tener la mitad de vida sexual que ella.

Eso tiene solución, vuelve con el guía macizorro y descuenta los meses de sequía, la agujoneó ahora su libido.

—Como si fuera tan fácil —resopló al tiempo que echaba un rápido vistazo a su alrededor—. Vamos a ver dónde diablos encuentro una biblioteca, tienda de suvenires o lo que sea. Con una conexión decente a internet, me conformo.

Suspiró y echó a andar, ni siquiera estaba segura que estaba buscando, pero no podía quedarse de brazos cruzados y aceptar como si nada, que quizá, en otra vida, habría sido... una sacerdotisa maldecida por un dios.

CAPÍTULO 7

Loxias la sintió antes de verla, después de lo de anoche, estaba convencido que podría seguirla con tan solo el pensamiento. Si tan solo ella pensase lo mismo de él... pero no podía culparla. Cassandra, más que ninguna otra, tenía motivos más que suficientes para no perdonarlo jamás.

Hacia algo más de una hora que había terminado su jornada, no dejaba de resultarse irónico el haber conseguido precisamente ese trabajo, casi tanto como el que ambos se hubiesen reencontrado en este lugar. Tendría que darle las gracias a Diana por empujarle a ello; su hermana, de vez en cuando, tenía buenas ideas. El último grupo de turistas había abandonado ya la explanada y ningún mortal irrumpiría en el terreno mientras él así lo quisiera.

Estaba decidido a tener una noche más con su sacerdotisa más querida.

Se giró al verla subir la cuesta, estaba arrebatadora con unos pantaloncillos cortos y una blusa anudada que dejaba a la vista el ombligo. Una cazadora completaba el atuendo, junto a las botas de montañismo.

—Bienvenida de nuevo.

Ella frunció los labios y arrugó la frente, sus ojos claros se clavaron en él y podía hacerse a la idea de que estaba de todo, menos contenta de verle.

—Tenemos que hablar —ignoró su saludo y se plantó delante de él—. Lo de anoche no pudo ser real, es una locura demasiado... flipante para ser tomada en cuenta.

Ladeó ligeramente la cabeza, sabía que aquello no sería fácil.

—¿Tanto como el hecho de que tengas conocimiento de lo que vendrá? —preguntó enarcando una ceja—. Todo existe por un motivo y a menudo tiene que ver con quien fuimos en otras vidas.

La vio llevarse las manos a la cintura.

—No quieres seguir por ese camino...

—¿Por qué no?

Ella entrecerró los ojos.

—Me he pasado buena parte de la mañana en la biblioteca —le informó—. Sí, lo sé... ya puedes aplaudirte por haber conseguido despertar mi curiosidad. Pero sabes qué, hay muchas cosas que no me cuadran... empezando por mi visión de anoche... Nada de eso aparece en los jodidos libros de historia.

—Tienes que ser la primera persona en el universo que cree a pies juntillas lo que está escrito en los libros —bufó. No recordaba que su Cassandra fuese tan obtusa, pero entonces, esta no era la mujer que había amado... no completamente. Cassie era una mujer de pleno siglo veintiuno, la reencarnación de su sacerdotisa, la poseedora de su alma—. Muchas veces las cosas no son como las han contado...

Ella alzó la barbilla e imitó su tono anodino.

—Ya —rezongó. La ironía goteaba de cada una de sus palabras—. Y esperas que crea que Cassandra, una princesa troyana que mandó al dios Apolo a tomar por culo y que ganó a cambio como castigo el que nadie la creyese, era la única culpable de su propio destino, por su enorme sed de codicia, claro.

Bufó ante la despectiva descripción.

—Tú nunca fuiste...

Ella alzó una mano, interrumpiéndolo.

—No, alto ahí, rayito de sol. No sigamos por ahí, que el camino todavía no está pavimentado —sacudió la cabeza—. Nada de *yo*. Mi maravillosa persona pertenece a *este* tiempo, no a la antigua Grecia. En cuanto a este asuntito de las videncias, no tiene nada que ver...

Ahora fue su turno de detenerla.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien creyó en tus predicciones, Cassie?

La vio tensarse y apretar los labios, sus ojos fulguraban al mirarle.

—Hay una diferencia entre que no me crean y que no hable sobre ello —siseó—. No sé cómo serían las cosas entonces, pero ahora, si eres más rara que un perro verde, pueden ocurrirte dos cosas: que te tomen por loca y te pongan el último grito en moda psiquiátrica o que intenten darte el finiquito... de esos que no acabas cobrando.

La miró con intensidad, ¿habría ella sufrido una vez más por su culpa? ¿También en esta vida? La sola idea lo enfermaba. ¿Cuánto daño le había hecho a la mujer que amaba?

—Mi mantra es “cierra el pico y vive tu vida”, después de todo, es imposible intentar cambiar el futuro —se encogió de hombros—. Créeme, lo sé, lo he intentado.

Deslizó la mirada sobre los restos del templo y se detuvo en el lugar en el que se habían encontrado la tarde anterior.

—Yo no lo afirmaré con tanta rotundidad, menos aún después de tu intervención de ayer.

Ella hizo un aspaviento.

—Pura casualidad —desechó la idea—. Estaba en el lugar y momento adecuado, quizá eso es lo que tenía que ocurrir en realidad.

Lo dejó pasar. Ella seguiría peleando y resistiéndose hasta que cada uno de los recuerdos de su tiempo juntos regresaran y la enfrentaran con la vida que una vez inundó sus venas. Esa era también parte de su maldición y tortura. La eternidad había sido demasiado larga sin ella, ninguna mujer había podido comparársele y él debió padecer lo mismo que padecería ella, sabiendo que vida tras vida, su alma sufriría por su causa y la maldición que una vez desató.

—¿Por qué has decidido regresar, Cassandra?

Ella hizo una mueca al escucharle llamarla por su nombre completo. Lo odiaba. El sonido traía consigo ecos de unos recuerdos que no deseaba, que no quería aceptar como reales.

—Es Cassie —lo corrigió—. Y si estoy aquí ahora, es porque necesito respuestas. Ese es el principal motivo que me trajo a Grecia... buscar respuestas.

Se cruzó de brazos y esperó a que ella continuase. Aunque era un poco difícil concentrarse en otra cosa que no fuese la voluptuosa mujer que permanecía de pie ante él.

—Supongamos por un brevísimo instante que... considero... todo ese asunto de vidas pasadas —le dijo, eligiendo cuidadosamente cada una de sus palabras—, o con mayor exactitud, la visión de anoche. Puedo no ser una experta en cultura y mitología Griega, pero después de pasarme media mañana en la biblioteca, enchufada a una deprimente conexión a internet, la idea que tenía sobre el mito de la Profetisa Maldita no es que haya cambiado gran cosa, a lo sumo, se han ampliado mis conocimientos. Da igual que versión elijas, el final de Cassandra y el único

culpable de su desdicha fue el dios Apolo, a quién le entró el síndrome premenstrual cuando ella lo rechazó. Y una pequeña anotación. Escupirle en la boca a alguien es... asqueroso.

Negó con la cabeza y suspiró.

—De nuevo haces caso a lo escrito en un libro y lo tomas al pie de la letra.

Ella se cruzó de brazos, imitando su postura.

—¿Qué? ¿Ahora vas a decirme que él no fue quien la maldijo y que los historiadores se lo inventaron todo?

Sus ojos se encontraron y vio en ellos la poca seriedad que le confería a todo aquel asunto. Para ella no era más que un juego.

—Él la maldijo, sí... porque ella lo traicionó —murmuró, manteniendo la voz baja y estable—. Le pidió que no lo hiciera... le dijo, que ella era su luz, su vida y la previno sobre su traición... ella... *tú* me traicionaste... o eso fue lo que creí entonces... y lo que tus adorados historiadores recogieron a su modo.

Ella descruzó los brazos y alzó una mano a modo de alto.

—Ah, no, no empecemos por ahí, rayito de sol —chasqueó la lengua—. Sigamos con los casos hipotéticos y no nos colguemos todavía la medallita de “*En una de mis vidas pasadas fui...*”.

Abandonó su postura y se acercó a ella, rondándola, disfrutando de su aroma y deleitándose en el recuerdo del cuerpo femenino entre sus brazos. El deseo le estaba ganando la partida a todo lo demás.

—¿Y si lo fuiste, Cassie? ¿Y si en otra vida fuiste la mujer que amó un dios? ¿La mujer que... amé? —le susurró al oído desde atrás.

Ella se estremeció, pudo notar el cambio en su cuerpo y sonrió para sí. Después de todo, había cosas que no cambiaban y el deseo que ambos sentían era una de esas cosas.

—Te diría que te precipitas en tus conclusiones y que no es una buena idea declararte a una chica a la que has conocido... er... anoche —le dijo y se apartó de él, girándose para poder enfrentarlo de nuevo.

—Nos conocimos hace varias vidas —contestó él, mirándola a los ojos—. Pero el destino nos traicionó a ambos.

Volvió a hacer ese gesto tan propio de ella, de esta nueva Cassandra. Ladeó la cabeza suavemente y lo miró intrigada.

—¿Eso es lo que crees que ocurrió? ¿Una traición a dos manos?

La miró pero se vio incapaz de responder. ¿Quién había traicionado a quién? La realidad estaba muy lejos de ser lo que contaban los historiadores a los que ella hacía referencia.

—¿Qué pudo haber conducido a un dios a ser tan cruel? —insistió, dispuesta a seguir metiendo el dedo en la llaga—. Ya sabemos que los dioses del Olimpo no eran precisamente un dechado de virtudes, pero de ahí a montar en cólera porque le diesen calabazas... me parece un pelín exagerado.

—El amor es, en ocasiones, la más cruel de las razones —respondió—, como lo es el estar ciego a él.

—¿Hablas por propia experiencia?

Acortó la distancia que los separaba hasta detenerse a escasos centímetros de ella.

—Ya que no crees en mis palabras, cree en lo que habita en tu alma —declaró al tiempo que le sujetaba el rostro y la atraía hacia él—. Mira en tu interior, busca una vez más entre los recuerdos y ve quien fuiste en otra vida... aquella que ambos compartimos.

Cassie sintió el calor de su aliento cuando bajó los labios sobre los suyos en un delicado beso. Quiso protestar, empujarle, pero su cercanía, una vez más, le nublabla el juicio y solo pudo corresponder a su beso, sintiendo al mismo tiempo como su cuerpo se derretía, desvaneciéndose y sumergiéndose en el conocido sopor que traían consigo las visiones. El oscuro túnel se abrió tragándola, arrancando su conciencia del mundo terrenal y arrastrándola a un lugar que ya no estaba segura de querer visitar. La sensación de familiaridad era tan intensa, tan apabullante como las emociones que ahora la consumían, emociones que no debían ser suyas y que sentía en lo más profundo de su alma.

Al igual que la vez anterior, se encontró como protagonista y no solo como espectadora, su conciencia tomó el mando y el cuerpo de una mujer que se parecía demasiado a ella físicamente y cuyas emociones, reconocía como si siempre hubiesen sido suyas.

Recordó el tiempo pasado con el dios, su paciencia a la hora de enseñarla a controlar los Arcanos de la Adivinación, los furtivos encuentros en los que se entregaba en cuerpo y alma a él. A su lado, fue despertando a un mundo destinado a los dioses y aquellos favorecidos por ellos, de su mano aprendió los secretos ocultos para los mortales y creció en poder, como también creció en amor.

Una tarde, como muchas otras, recostada entre sus brazos, sopesaba los últimos acontecimientos que habían llamado a su puerta.

—¿Qué nubla tu mente, Cassandra?

Se revolvió y alzó la mirada con una suave sonrisa. No quería poner sobre sus hombros cosas tan banales como las intrigas de palacio o la insistencia de su padre porque su hermano encontrase esposa. El Rey Príamo estaba decidido a que su heredero contrajese matrimonio de la manera más ventajosa posible, pues a ella ya la daba como perdida al convertirse en sacerdotisa de Apolo.

—Nada, mi señor —negó y le acarició la tersa mejilla—. Es solo, que no puedo dejar de pensar en lo breve que se hace el tiempo cuando estoy a tu lado.

Él la besó, acariciándole los labios, saboreando el néctar que encontraba en su boca para hacerlo luego suyo.

—Dime que es lo que ves, Cassandra.

En el momento de su mandato, el mundo dejó de existir para ella y ante sus ojos se descorrió el velo que protegía el futuro.

—Él regresará —murmuró sumida en su misión—. Vendrá para reclamar el lugar que le pertenece y su llegada traerá consigo sufrimiento...

—¿Quién es él?

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Un príncipe de Troya —respondió. El miedo inundó sus venas como lo hacía la incertidumbre. Las visiones la prevenían, pero no acababan de ser todo lo claras que deberían—. Tengo miedo —confesó—. Temo que su llegada traiga el fin para todos nosotros, que suponga el fin de la ciudad.

Él la abrazó, deslizó las manos por su cuerpo haciéndola estremecer y dejándola una vez más de espaldas contra el suelo mientras la cubría con su figura.

—No tienes nada que temer mientras sigas a mi lado, Cassandra —declaró él con total seguridad—. Eres la pureza y la gentileza que necesito para mantenerme cuerdo, es tu amor el que hace que palpите mi corazón, por ti soy capaz de dejar atrás este mundo de guerras y

codicia, terrenal y divino. Ámame, Cassandra y mi vida será eternamente tuya, traicióname y tuyo será mi odio.

Se abrazó a él, entregándose de nuevo a la pasión, yaciendo para su placer y el propio.

—Nunca te traicionaría, Apolo, nunca podría traicionar a mi propio corazón, el cual yace en tus manos.

Y sus palabras eran ciertas. Nunca lo traicionó, ni siquiera con la mente, él era todo lo que amaba y siguió siéndolo, incluso cuando el dios enterró el cuchillo en su pecho, haciéndole pedazos el corazón.

Llegó el tiempo de los Juegos de la ciudad organizados por el rey y que reunía a numerosos extranjeros. Los días fueron tan ajetreados que apenas tenía tiempo de abandonar sus deberes reales y escabullirse de palacio para encontrarse furtivamente con su amante.

Aquella misma tarde había visto con sus propios ojos como una de sus predicciones se hacía realidad. Paris, el hijo perdido del Rey Príamo y la reina Hécuba, su propio hermano, había regresado de entre los muertos, derrotando a sus oponentes en uno de los juegos y atrayendo la mirada de los gobernantes. Su madre lo reconoció al instante, reclamando al hijo que el rey había hecho desaparecer debido al sueño que había tenido la propia madre, estando todavía en cinta, en la que se le anunció que el vástago sería el culpable de la destrucción de su patria cuando fuese adulto. Una visión que había tenido ella misma y que, si nadie lo evitaba, terminaría haciéndose realidad.

Cassandra necesitaba del consuelo y la paz que le transmitía Apolo, deseaba que la sabiduría del dios la guiase, que sus brazos la envolviesen y la mantuviesen alejada de toda aquella muerte que llamaba a sus puertas. Solo él podía alejar el miedo y la incertidumbre, así como proveerla de la lucidez necesaria para tomar la decisión acertada. Pero las Moiras estaban conspirando para que jamás llegase a recibir tales cosas, en vez de encontrar el consuelo en los brazos de Apolo, recibió una dolorosa traición.

Recogiéndose el peplo salió de palacio y atravesó el patio. No podía compartir la alegría de sus padres al dar la bienvenida a su desaparecido hermano y príncipe de Troya. Subió los peldaños del templo, recorrió la antesala que estaba a oscuras y se detuvo a escasos pasos de la sala principal, cuando escuchó una risa femenina en su interior acompañada por una tintineante voz.

—Dime que me amas más que a ella, que soy y siempre seré la primera para ti, Apolo.

La extrañeza de esa desconocida voz unida a la curiosidad, la llevó a adentrarse en la sala y ocultarse en la oscuridad desde dónde podía ver a la pareja abrazada. La mujer, de una hermosura apabullante, vestida con las más ricas telas, abrazada a su amante y le cogía el rostro entre las manos.

—Dímelo, Apolo. Dime que soy más hermosa que esa mortal que proteges.

Él le cogió las manos y se las besó, una a una.

—Nunca se me ocurriría comparar la belleza de una simple mortal con la perfección de una diosa.

Ella rió y le echó los brazos al cuello, para luego bajar la boca sobre su clavícula y besarle allí.

—Tú nunca me traicionarás —suspiró ella con alegría, y volvió a alzar la cabeza, enfocándose en él—. ¿No es así? Dime que me amas más a mí, que siempre me escogerás a mí antes que a ninguna otra mujer.

Él le acunó el rostro entre las manos, sus miradas encontrándose con familiaridad.

—Eres parte de mi espíritu, carne de mi carne y te amo por ello, así como mi lealtad será siempre tuya antes que de ninguna otra.

La mujer apoyó la cabeza sobre su pecho, en el mismo lugar que Cassandra lo había hecho tantas veces.

—¿Y tu corazón? Dime que me pertenece, Apolo, que me pertenecerá siempre solo a mí — insistió y lo miró desesperada—. Prométeme que no me traicionarás. Tú no, tú jamás.

—Mi corazón es tuyo desde el comienzo, desde el momento en que me diste la vida. Lo sabes, nunca te he demostrado lo contrario.

—Te quiero, Apolo, eres el único que realmente me comprende.

Él la abrazó y le acarició la cabeza, susurró algo, pero Cassandra ya no escuchaba. El dolor era demasiado grande... por primera vez en su corta vida, sintió dolor, odio y una traición tan intensa que a duras penas podía respirar. El corazón se le resquebrajó poco a poco y con cada paso que dio para alejarse del templo y de los dos amantes, fue dejando pedazos del moribundo órgano tras de sí. La niña ingenua que fue una vez murió en aquellos momentos, dejó atrás de sí su inocencia, su calidez y se llenó de amargura.

Durante días evitó acercarse al templo, desoyó todo intento del dios por convocarla y se plegó así misma a los deseos de sus padres, olvidándose del amor. Pero Apolo no aceptaba el silencio como respuesta y no tardó en presentarse ante ella en uno de sus paseos por el jardín, sabiendo que la encontraría sola.

—Cassandra, ¿por qué no has respondido a mi convocatoria? —preguntó, como si él fuese el único ofendido—. Te he esperado durante varias noches y no has acudido a mí.

Ella alzó la mirada, sus ojos vacíos de toda emoción.

—Y jamás volveré a acudir, ya no —declaró y escupió a sus pies—. En este mismo momento rechazo cualquier reclamo de tu parte sobre mí, renuncio a tu servicio. Ahora que tengo acceso al futuro ya no te necesito, no hay nada que puedas entregarme y que yo desee.

Quiso gritarle, llamarle mentiroso, decirle que le había arrancado el corazón y pisoteado con su traición, pero no podía, no cuando en sus ojos no había ni una pizca de emoción hacia ella. Lo vio alzar ligeramente el rostro, sus ojos azules caer sobre ella con la misma anodina expresión que utilizaba con los anodinos mortales.

—Y así revelas tu verdadero rostro y pones de manifiesto tus ardidés de mujer —murmuró él entonces, su mirada clavada en todo momento en ella—. Me arrancas una parte del alma, Cassandra y ahora te la arrancaré yo a ti.

Ella jadeó y dio un paso atrás inconscientemente. Por primera vez, contemplaba toda la magnificencia del poderoso Dios de las Profecías, del gran Febo Apolo y comprendió así mismo que nunca había sido más que una piedra en su zapato. ¿Amarla? No, un dios jamás amaría a un mortal, no sin recordarle su mortalidad y castigarle por ella.

—Mi palabra te di y se mantendrá, tendrás el don de predecir el futuro, saber de ante mano cada episodio, cada muerte, cada victoria e incluso te anticiparás a las visiones de los profetas... pero nadie te creerá.

Su voz retumbó en el solitario jardín, filtrándose en su piel como un viento helado y aterrador. Él avanzó hacia ella, quien helada, fue incapaz de escapar.

—Te retiro el don de la persuasión, un don que nunca te prometí y te entregué por amor — concluyó, aferrándola de los brazos y atrayéndola a él—. Podrás y dirás la verdad, pero nadie creerá en tus predicciones.

Bajó su boca sobre la de ella y la besó, su lengua incursionó en su boca y la quemó,

abrasándola. Enferma por su contacto y el odio que notó en ese gesto, lo empujó.

—¿Cómo te atreves! ¿Cómo te atreves a acusarme a mí de traición cuando fuiste tú quien me traicionó? —clamó, limpiándose la boca con el dorso de la mano, pero él ya no la escuchaba. Le dio la espalda y empezó a alejarse—. Maldito seas, Apolo. Maldito seas por toda la eternidad, malditos seáis todos los dioses. Vuestro reinado será finito, llegará el día en que no seréis más que simples recuerdos y vuestro poder se desvanecerá.

Y así sería, los arcanos así se lo estaban mostrando, pero fiel a las palabras que él había vertido sobre ella, nadie la creyó, ni siquiera el dios al que amaba. A partir de ese momento, cada predicción que brotó de sus labios, fue ignorada. Ella misma terminó siendo ignorada o insultada, su propia familia la dio de lado, creyéndola loca en un momento para darse cuenta, demasiado tarde, que siempre había dicho la verdad.

La visión comenzó a desvanecerse, el mundo antiguo desapareció de su mirada y se encontró ante los ojos azules de alguien que resurgía de su pasado.

—Me destruiste... —murmuró, mientras un par de solitarias lágrimas empezaban a deslizarse por su mejilla—, me condenaste a la locura y al ostracismo por un crimen que nunca cometí contra ti.

El eco de las visiones, las emociones y el dolor y odio que la acunó en otra vida seguían presentes en esta, su alma, despierta ahora por completo, sabía con absoluta certeza que lo que brotaba de sus labios era la realidad.

Ella, Cassie Lander, había sido en otra vida Cassandra, princesa de Troya y amante del dios Apolo, ensalzada con el don de la adivinación y condenada a que nadie creyese en sus palabras; la sacerdotisa maldita. La certeza era al mismo tiempo desconcertante, tanto o más que el hecho de encontrarse de nuevo ante el hombre culpable de sus desgracias.

—Cassandra...

Se tensó y empujó contra su pecho para liberarse de sus manos. La intensidad de los recuerdos la apabullaba y hacía que le fuese difícil distinguir entre quien había sido y quien era. El dolor seguía tan vivo como si acabase de clavarle un cuchillo. La desesperación que la había perseguido, la locura que acarició en muchos momentos, todo ello le acariciaba ahora la piel y se filtraba en su corazón.

—Les advertí que Paris traería consigo la destrucción sobre la ciudad. —Las palabras parecían brotar solas, acompañadas de los lejanos recuerdos de cada uno de aquellos actos—. Les advertí sobre Helena... sobre lo que su presencia y la estupidez de Paris nos reportaría, pero ellos no me escucharon... ni uno solo se detuvo a escucharme... ni uno solo creyó en mis palabras.

Jadeó, sintiendo como los recuerdos se vertían en ella como un torrente sin medidas de contención, inundándolo todo a su paso. Miró a su alrededor buscando algo a lo que aferrarse, algo que la anclase a esta vida, a su presente, pero sus ojos no veían más que el pasado.

—Les grité, supliqué y me humillé para que no introdujesen ese maldito regalo de los griegos dentro de las puertas de la ciudad —su voz era a estas alturas un hilo sin fuerza—. Me escupieron en la cara, me empujaron a un lado y se negaron una vez más a escuchar mis palabras. Ni siquiera escucharon a Laocoonte y los mataron. Los mataron a todos, no respetaron a nadie ni nada, la ciudad ardió, fue saqueada... Los templos no sobrevivieron, profanaron las estatuas... no respetaron ni siquiera a la loca sacerdotisa de Troya... pues una princesa, incluso loca, prometía ser un buen botín.

Los ojos arrasados en lágrimas seguían viendo el pasado, la vida a la que se vio arrastrada

entonces y las cosas que se vio obligada a hacer para sobrevivir.

—Me entregaron al rey griego como esclava, un demente capaz de acabar con su propia hija... —musitó, sintiendo las lágrimas resbalarle por el rostro—, y cuya esposa no era mucho mejor que él...

Él no respondió, sabía que seguía frente a ella, sus claros ojos clavados en los suyos, pero no articulaba palabra. Lo miró con atención, comparando sus rasgos actuales con los que recordaba su alma. El único cambio notable era la presencia de la recortada perilla y el pelo rubio largo, así como la ropa moderna. Pero seguía siendo él, Apolo en toda su gloria.

—Cuando ya no me quedaba nada... incluso cuando mi locura era lo único que me mantenía cuerda... hui y te busqué en Delfos. El gran templo dedicado al Dios de las Profecías —continuó sin despegar su mirada de la de él—. Vagué por la tierra como un fantasma hasta que conseguí acariciar la entrada del templo, y lo hice porque a pesar de *tu traición*... te amaba. ¡Te amaba, maldito seas! ¡Te amaba y tú me traicionaste!

La desesperación la llevó a estirar los brazos hacia él, no sabía si deseaba arañarlo o aferrarse a él.

—Grité tu nombre, supliqué y rogué ante las puertas de este mismo lugar —gritó, mostrando con un gesto de la mano las ruinas que les rodeaban—, pero tú jamás respondiste a mis ruegos... nunca te importó lo que le pasara a la estúpida y sucia mortal con la que jugaste.

Por primera vez en mucho tiempo lo vio reaccionar, vio como tensaba la mandíbula y sus ojos se entrecerraban. Había algo en ellos, emociones que no acababa de descifrar. Él siempre había sido un misterio para ella.

—No te permito que hables de ti de esa forma.

Se echó a reír, no pudo evitarlo, sus palabras le causaron gracia.

—¿Qué no me lo permites? —jadeó entre risas, y se agachó en un acto reflejo y recogió una piedra del suelo que luego le lanzó—. ¡Me traicionaste, Apolo!

Él esquivó el proyectil.

—Cassandra...

—¡Te entregué todo lo que era y me hiciste a un lado como a un perro! —volvió a repetir la jugada, pero él esquivó también el segundo proyectil—. Me rogaste que no te traicionara... ¡Y jamás te traicioné! ¡Maldito, cabrón, jamás te traicioné!

Dejó los proyectiles y se lanzó sobre él como una gata encolerizada, a estas alturas ya no era capaz de razonar, las emociones y los recuerdos la habían sumido en una especie de locura de la que era incapaz de escapar. Descargó los puños contra su pecho, amenazó con arrancarle los ojos, vertiendo en sus esfuerzos toda la furia, el odio, el dolor, la soledad e incapacidad que había guardado su alma.

—Yo te amaba, jamás dejé de amarte a pesar de tu traición —gimió, acompañando sus palabras con cada golpe—. ¡Ni un solo instante, en el transcurso de mi vida, dejé de amarte! ¡Tú fuiste el que me traicionó! ¡Tú y esa perra!

Él le aprisionó entonces los brazos y la empujó de espaldas contra una dura superficie, manteniéndola inmóvil a pesar de sus intentos por seguir golpeándole, incluso darle alguna patada. La sometió con su cuerpo y su envergadura.

—¡Te odio! ¡Maldito, seas! ¡Maldito seas! —chilló con todas sus fuerzas—. ¡Te amaba y me traicionaste! ¿Por qué, maldito seas? ¿Por qué lo hiciste?

Él consiguió subirle los brazos por encima de la cabeza y evitar así que siguiese golpeándole, su tacto la obligó a dejar atrás la neblina de rabia y empezar a centrarse.

—¡Nunca te traicioné, Cassandra! —Ahora fue él quien alzó la voz, clavándola contra la columna de piedra, gritando con la misma desesperación que ella—. Como tampoco dejé de amarte. He soportado una eternidad de desgracia y sufrimiento solo para volver a encontrarte en otra vida y rogarte que me perdones.

Ella sacudió la cabeza, luchó por soltarse, pero solo consiguió que él le aferrase el rostro con una mano mientras le sujetaba los brazos con la otra.

—¡Mientes! ¡Té vi! ¡Te vi en el templo con ella! —escupió—. ¡Te vi, maldito seas! ¡Te vi!

Clavó sus ojos en los de ella y la obligó a permanecer quieta.

—Sí, me viste —aceptó y la apretó una vez más con su cuerpo, cuando ella siseó para volver a pegarle—, viste una escena y no supiste interpretarla.

Abrió la boca para decirle un par de cosas, pero él no se lo permitió.

—Te he esperado todo este tiempo con la esperanza de poder corregir mis errores —declaró—, con la esperanza de que quizá, en otra vida, me amarías.

Las lágrimas siguieron vertiéndose de sus ojos, pero ahora lo veía a él, no el fantasma de un recuerdo, no una visión, sino al hombre que estaba ante ella, humillado y desesperado.

—Una vez te dije que, si me amabas, tendrías a un dios a tus pies —insistió él sin dejar sus ojos—. Y ya es hora de que comprendas lo que eso significa.

Su boca se cernió sobre la de ella con la misma fiereza que habitaba todavía en su interior. No era suave, no era dulce, pero Cassie tampoco deseaba que lo fuese. Le mordió y saboreó la sangre en su propia lengua, uniéndola a la de él al tiempo que daba rienda suelta a toda la desesperación y a las emociones que su alma había mantenido cautivas vida tras vida esperando su regreso.

CAPÍTULO 8

Cassie quería marcarle, dejarle grabadas las uñas en la piel y los dientes. No deseaba suavidad, todo lo que quería hacer ahora era desahogarse, erradicar el tumulto que corría por sus venas, eliminar los recuerdos y sobre todo sacárselo de su sistema. Quería odiarle, castigarle por haberla dejado sola cuando más la necesitaba, por negar su traición y al mismo tiempo deseaba acercarle más, fundirse con él y obligarle a amarla una vez más.

—Cassandra...

Lo cayó uniendo de nuevo su boca a la suya, acariciando con la lengua la pequeña punzada que le propinó en el labio inferior.

—No digas una sola palabra —fue una súplica. Una que no deseaba emitir y que había surgido sola—. No quiero escuchar... no quiero...

Ahora fue él quien la besó, con dureza, la apretó contra la columna haciendo que notase la piedra a su espalda y su cuerpo al frente. Mantuvo sus manos por encima de la cabeza obligándola a arquearse para acercarse a él, aplastándole los senos contra el duro torso mientras restregaba una palpable y dura erección contra su estómago. El deseo bullía en sus venas aumentando la necesidad que le despertaba la proximidad de su cuerpo, su aroma, sus besos y quería más de él, quería su piel al desnudo, su pene enterrado profundamente entre sus muslos. Quería que la arrancase del remolino de emociones que los recuerdos habían iniciado en su interior y lo quería ahora.

Como si le leyese el pensamiento, una de sus manos bajó a la ceñida blusa y le apretó el pecho por encima de la tela. Los pezones se le endurecieron al instante, reaccionando al contacto de sus manos. Gimió, era imposible no hacerlo cuando todo su cuerpo estaba en llamas y se retorció contra él.

—¿Cómo puedo odiarte y al mismo tiempo desear arrancarte la ropa? —rumió, desesperada por hacer eso mismo—. Suéltame... quiero... necesito tocarte...

Él no solo desoyó su orden, sino que trasladó la boca a la sensible zona inferior del cuello, en el punto en que se unía con su hombro y la mordió. Un bajo y agónico gemido se le escapó de entre los labios, mientras las piernas se le convertían en gelatina.

—¿Cómo...?

Él le lamió la zona que había mordido y sopló suavemente.

—Te conozco, de la misma forma que tú me conoces a mí —murmuró lamiéndole ahora el lóbulo de la oreja—. Nuestros destinos se entrelazaron hace mucho tiempo, *agapi*, esta no es más que la reunión que siempre hemos esperado.

El corazón le dio un vuelco al escucharle llamarla “amor” en griego. No era la palabra en sí, ni el tono de su voz, era lo que esta significaba para ella, los recuerdos que traía consigo y

despertaba en su alma.

—Dime, Cassie —pronunció su nombre al tiempo que la soltaba, solo para atraerla contra su pecho y clavar esa rabiosa mirada azul sobre ella—. ¿Será en esta vida?

Cerró los ojos para no mirarle y se cerró a todo pensamiento. Sus manos se perdieron en su pelo, enganchó la goma que le sujetaba la coleta con los dedos y tiró de ella hasta soltárselo mientras le comía la boca.

—No hables —insistió una vez más, volviéndose agresiva, necesitando que él reaccionara en consonancia—, solo... fóllame. Hazlo duro y fuerte... aleja toda esta irrealidad de mí.

La mano masculina se cerró alrededor de su propio pelo y tiró hacia atrás, arrancándola de su beso y obligándole a mirarla.

—No podrás huir de quién eres por mucho que lo intentes —aseguró—, créeme, llevo milenios intentándolo.

Gimió, dispuesta a decirle que si no hacía algo y pronto, lo mejor sería que la soltara y cada uno se fuese por su propio camino.

No fue necesario.

Se sintió vapuleada, impulsada hacia atrás una vez más, su espalda impactando contra la dura columna. Al instante sus manos deshacían el lazo que le ataba la blusa y tiró con fuerza haciendo saltar todos y cada uno de los botones.

—No me dejes recordar —musitó, deshaciéndose ella misma de la estropeada blusa—. Hagas lo que hagas, no dejes que siga pensando en nada que no seas tú y este maldito momento.

La empujó una vez más, su mano apoyada firmemente sobre su estómago mientras la dominaba con su altura.

—No puedes dejarlo atrás, no sirve de nada fingir ser alguien más... —insistió él, aferrándole con fuerza la cabeza, enterrando los dedos en su pelo—. No podrás recuperar lo perdido...

Sacudió la cabeza.

—No quiero recuperarlo, solo quiero huir de este sufrimiento —insistió buscando la respuesta en sus ojos—. Durante un breve instante, puedes hacer que mi alma deje de llorar, ¿no es así?

Él cerró los ojos, lo vio suspirar y al abrirlos de nuevo, la resolución estaba de nuevo en ellos.

—Sí, puedo —confirmó y volvió a bajar sobre sus labios, magullándolos pero no le importó. Quería aquello, por encima de todo, quería que la marcara y huir del sufrimiento que él le había provocado.

Enlazaron sus lenguas, dejó que le arrasara la boca al tiempo que le magreaba los pechos por encima del sujetador. La tenía inmovilizada con una mano hundida en el pelo, reteniendo su cabeza en un ángulo propicio para él. Se contoneó, frotándose contra su cuerpo, deseando arrancarle la ropa como él le había arrancado la blusa, deshacerse de cada una de las prendas hasta que no hubiese más que piel entre ellos.

—Quítate la ropa —demandó, deslizando ya sus manos a la camisa y tirando de ella con fuerza. Estaba decidida a arrancársela con los dientes si hacía falta, pero la maldita tela no cedió como esperaba, ya que se quedó atascada al segundo botón—. Demonios, ¿por qué solo los tíos os divertís rompiendo la ropa?

Él le dedicó esa misteriosa sonrisa que recordaba a la perfección y con un leve tirón hizo volar cada uno de los botones para luego desprenderse de la prenda. Cualquier pensamiento coherente voló en el mismo momento en que posó la mirada sobre el dorado torso, un fino vello le espolvoreaba el pecho así como bajaba desde su ombligo para perderse más allá de la cinturilla de los pantalones. Se lamió los labios, sus manos se movieron por propia decisión al botón y

cremallera que mantenían encerrada la dura erección.

Él pareció tener la misma idea, pues ya se había deshecho del botón que cerraba su short y tiraba de él hacia abajo en su necesidad de tenerla desnuda.

Se lamió los labios, casi podía sentirse como una gatita relamiéndose ante un delicioso plato con el que saciar su hambre. Los pantalones cedieron al paso de sus manos, él ya se había deshecho de las botas y no hubo nada que le impidiese quitárselos.

Tragó, el hombre poseía una musculatura envidiable, no había ni un solo gramo de grasa en ese cuerpo y sus piernas largas y fuertes estaban salpicadas por un fino vello rubio que lo convertía en lo que era realmente, un dios dorado. Un breve slip negro, a duras penas podía contener el pene totalmente erecto y perfilado por la tela. Se le hizo la boca agua, le hormigueaban los dedos por tocarle y comprobar si era tan magnífico como parecía. Sin embargo, sus dedos no llegaron a alcanzar la meta, pues él la giró sobre sí misma y la empujó de nuevo contra la antigua columna. Sus pezones se erizaron al contacto con la fría piedra, pero en vez de apagar el fuego que le corría por las venas, se sintió todavía más encendida. El sujetador se aflojó casi al instante, los dedos masculinos deslizaron las tiras por sus hombros y se lo arrancó de golpe, dejando sus senos al aire. El tanga no tardó en seguir su mismo destino. En un abrir y cerrar de ojos estaba totalmente desnuda, con las manos apoyadas en la columna y la boca masculina mordisqueándole el cuello. Las manos de su amante encontraron el camino a través de su cuerpo y se cerraron sobre sus pezones.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Cassandra?

Sintió la piedra bajo sus dedos cuando los curvó alrededor de la piedra desigual.

—Si tienes que preguntarlo, es que has perdido facul... —se atragantó—. Oh, joder...

Una de sus manos había abandonado sus pechos y se deslizó sin preliminares entre sus piernas, apretándole el sexo en un gesto totalmente posesivo, y no fue la única advertencia a sus palabras, pues su boca se había movido ya sobre su oreja mordiéndosela al punto de sentir un pequeño agujonazo.

—La respuesta es sí —gimió, dándole lo que había pedido. Apolo nunca había sido precisamente paciente en aquellas lides, no cuando se trataba de saciar el cuerpo y obnubilar la mente.

Él no dijo nada, se limitó a torturarla con mordiscos, besos y caricias, se introdujo entre sus piernas y la empaló de una sola acometida, obligándola a ponerse de puntillas para ganar algo de espacio.

Al igual que el día anterior, su cuerpo lo reconocía y su sexo le daba la bienvenida humedeciéndose aún más, pero ahora también su alma era capaz de comprender las conexiones que anoche se le habían escapado.

No pienses. No pienses. No pienses.

Se repitió el mantra una y otra vez, pero su alma no deseaba guardar silencio, no ahora que se había reunido con aquel al que había añorado durante toda una eternidad. Se obligó a apretar los labios y cerrar los ojos con fuerza mientras la tomaba, despertando su cuerpo de una manera que nadie había hecho hasta el momento, recordándole silenciosamente a quien pertenecía y pertenecería eternamente. Rogó porque las lágrimas que amenazaban con abandonar sus ojos permaneciesen detrás de estos, que se replegaran hasta abandonarla por completo pero la traicionaron.

—Más fuerte —siseó entre dientes. Deseaba que la castigara, que la marcara, que hiciese con ella lo que fuese menos amarla. Porque si la amaba todavía, ella se rendiría a él y no quería

hacerlo. No podía. No quería volver a ser de nuevo aquella mujer. Ella era Cassie, solo Cassie—. Sigue... más fuerte.

Sintió sus dedos clavándose en sus caderas mientras la follaba desde atrás, podía sentirle abriéndose paso en su interior, empalándola con fuerza solo para retirarse y repetir el movimiento. Y le gustaba, por dios que le gustaba la manera en que la montaba, el jugo que resbalaba por sus muslos era prueba más que suficiente de ello. Él la ponía caliente, la enardecía como ningún otro y doblegaba su cuerpo a su voluntad, sometiéndola a su propio placer.

Una de las manos se hundió entre sus cuerpos y creyó quedarse sin respiración cuando los dedos masculinos jugaron con su clítoris.

—Oh, dios.

Echó la cabeza atrás con un gritito, afirmó las manos contra la columna y se mordió el labio inferior hasta sentir dolor.

—¿No has sufrido ya bastante? —murmuró él en su oído, sin dejar de poseerla—. ¿Es necesario que nos castigues a ambos de esta manera?

Gimoteó, el deseo crecía con fuerza en su interior, anudándose como una serpiente en su bajo vientre.

—No vas a ahuyentarme, Cassandra —insistió, lamiéndole ahora el arco de la oreja—, y no puedes castigarme más de lo que ya lo has hecho con tu ausencia.

Apretó los dientes.

—Cállate, no me llames así.

Él le mordió la oreja y le apretó suavemente el clítoris creando un ramalazo de placer que la recorrió entera, pero no fue suficiente para que alcanzara el orgasmo.

—¿Cómo deseas si no que te llame?

No pienses. No pienses. No pienses.

No quería volver allí, ahora no, no quería recordar, no quería nada más que terminar con aquello y marcharse. Olvidar que aquel encuentro se había realizado alguna vez. Pero ahora, con él profundamente en su interior, la sola idea de separarse era... cuando menos dolorosa.

—¡No me tortures más! —clamó en voz alta.

Él la dejó entonces, salió de su interior y con la misma fuerza y decisión de antes, volvió a tomarla, obligándola a enlazar las piernas alrededor de su cintura de modo que ahora se miraban a la cara. Se impulsó en ella, clavándola a la columna, usando el inanimado objeto como puntal para sus acometidas.

—Mírame, Cassandra —ahora fue él quien siseó—, no huyas de la realidad, de quien eres... de quienes somos.

Gritó de nuevo, desesperada, decidida a luchar contra unos recuerdos que no deseaba. Le mordió en el hombro, con fuerza y ahogó con ello los gemidos de placer cuando él la poseyó con frenesí, utilizándola y arrastrándola hacia su propia perdición.

El orgasmo llegó con la fuerza de un tsunami, abriendo la compuerta a todo aquello que se obligaba a mantener a un lado, a lo que no deseaba ver, a los vívidos recuerdos de su tiempo juntos y a la desesperación y la soledad que la sobrecogió cuando lo perdió.

—¡Te odio! —gimió, abrazándose con fuerza a él, dejando que se hiciera cargo de todo—. Te odio, te odio, te odio... ¿por qué has tenido que volver? ¿Por qué me has hecho recordarte, recordar tu traición? Te odio... oh, dios mío... llévame contigo o mátame, pero no me obligues a pasar de nuevo por lo mismo.

—Perdóname, Cassandra —murmuró él, acunándola en sus brazos—, si todavía queda algo de

piedad en tu alma, perdóname, amor mío.

CAPÍTULO 9

Cassie nunca había sido buena con las despedidas, en realidad, las odiaba. Por ello, tendía a desaparecer sin decir adiós, huir sin mirar atrás, aunque ello supusiese una cobardía. Y ahora, era todo lo que quería hacer, levantar el vuelo y marcharse una vez más.

Sin embargo no lo hizo. Prueba de ello estaba en el que se encontrase ante la *Puerta de Milciades*, la entrada principal al complejo arqueológico de Delfos sin atreverse a traspasarla una vez más. Los recuerdos estaban demasiado frescos en su mente, fragmentos de una vida pasada, una llena de tragedia y dolor que la llevó de la mano desde la locura a la soledad. Si cerraba los ojos podía verse a sí misma en otra época, traspasando ese mismo umbral en un desesperado intento por encontrarse una última vez con el hombre que amaba, el mismo que había vertido sobre ella la más odiosa de las maldiciones.

Sacudió la cabeza y obligó a esos recuerdos a permanecer en el pasado. Troya ya no existía y ella ya no era una princesa o una sacerdotisa, era Cassie, una mujer, irónicamente también condenada por el don de la visión, pero libre para tomar sus propias decisiones. Una de ellas era la que la traía aquí una vez más.

Tomó una profunda bocanada de aire y se obligó a traspasar la puerta y recorrer una vez más la Vía Sacra hasta el Templo de Apolo. Sabía por una de las chicas que se encargaban del museo, que él estaba atendiendo al primer grupo de turistas de la mañana. Había deseado dejarle un mensaje e irse, pero la muchacha insistió en que subiese a hablar con él ella misma. Se había encargado también en enviar a uno de los hombres que charlaba con una visitante a ocuparse del grupo para que ambos pudiesen hablar con tranquilidad. Cassie no pudo evitar preguntarse por una milésima de segundo qué les habría dicho él sobre los dos, o si serían simples humanos.

Ya no se fiaba de nada.

Se tomó su tiempo en subir. El día estaba algo nublado, el sol parecía dispuesto a hacer juego con su humor, puesto que se negaba a salir de detrás de las nubes. La humedad de la esporádica lluvia que hizo acto de aparición hacia el amanecer, todavía colgaba en el ambiente reticente a marcharse. Los había sorprendido por la noche en plena intemperie, después de que ella hubiese dado rienda suelta a la rabia, el dolor y a la desesperación que llevaba en su interior en el cuerpo de su amante y este se hiciera eco de la suya propia.

Loxias no le había permitido marcharse en el momento en que quiso hacerlo, él se mantuvo estoico, soportando sus insultos y golpes, abrazándola cuando todo se venía abajo y también cuando su rabia volvía a resurgir como un geiser dispuesto a hacerlos pedazos.

Solo la lluvia los disuadió a ambos de seguir con esa interminable contienda, él la hizo bajar entonces hasta el aparcamiento dónde había dejado el coche y tras quitarle las llaves, la llevó él mismo a la pensión en la que pernoctaba en Delfos. No insistió en quedarse, se limitó a entregarle

las llaves y la contempló hasta que se metió tras las paredes del lugar.

No había pegado ojo, ni siquiera lo había intentado, se metió bajo la ducha y continuó llorando hasta que se terminó el agua caliente. Solo entonces abandonó el cubículo y volvió a su dormitorio, dónde cambio el vuelo de vuelta para aquella misma tarde.

Había considerado marcharse sin más, pero eso sería aceptar que lo ocurrido los dos últimos días había marcado su vida. Dos días. Dos míseros días y todo su mundo se venía abajo.

Suspiró y alzó la mirada, un grupo de turistas parecía muy interesado en lo que le estaba contando el guía. Algunos, cámara en mano, se afanaban por retratar los alrededores y a sí mismos en caóticas *selfies*. Algunas palabras sueltas traídas por el viento llegaron hasta ella y sintió como le daba un vuelco el corazón y las lágrimas le picaban tras los ojos.

—Ni se te ocurra, Cassie —siseó para sí misma, luchando por controlarse—. Esto tiene que terminar y debes hacerlo ahora. Deja el pasado dónde debe estar... ya no eres ella...

Ya no eres ella.

Ese había sido su mantra desde el momento en que salió de la ducha. Su vida presente era todo lo que tenía, todo lo que debía contar e iba a hacérselo saber antes de marcharse.

—Las ruinas se remontan al siglo IV a. C. y pertenecen a un templo dórico períptero, esto es lo que queda de la última de las dos remodelaciones de las que se tienen constancia —oyó su explicación, a medida que avanzaba—. En su tiempo, fue uno de los principales lugares de peregrinación y tal y como se confirma con vuestra presencia, lo sigue siendo hoy en día.

Las risas corearon sus palabras.

—Ahora, si miráis a vuestra espalda y hacia arriba, podréis ver el teatro de Delfos, una de los mejores conservados de toda Grecia —continuó, moviéndose para adelantarles y quedarse al lado del guía que había visto el primer día que puso los pies en las ruinas—. Euterpe os acompañará y os explicará cuales eran las obras más importantes que se representaban hace más de mil años.

No necesitaba llamar su atención pues sabía que la había visto, o quizá incluso presentido.

—Si me acompañáis, iremos por aquí para evitar saltarnos los límites del vallado —explicó el Euterpe, atrayendo de inmediato al grupo—, podréis ver que desde el *koilon* —aquello que conocemos todos comúnmente como gradas o platea—, tenemos unas espectaculares vistas del valle de Cirra.

Los turistas se apresuraron en seguir a su nuevo guía, saludando y agradeciendo a Loxias su atención hasta el momento para luego desaparecer en el teatro.

Sus ojos azules parecían tristes, aunque su rostro no reflejaba emoción alguna, más allá de la consabida tranquilidad que lo caracterizaba.

—Cassandra...

Alzó la mano para detenerle. No quería volver a escuchar ese nombre en su voz.

—Te dije que mi nombre es Cassie —repitió, sus ojos encontrándose con los de él—. Esa es quien soy, Cassie Lander. Nacida en el condado de Glamorganshire, Gales, hace veintisiete años.

Él no dijo una sola palabra, se limitó a mirarla.

—He venido a despedirme.

Aquello sí pareció cogerlo por sorpresa, pero la tensión en su cuerpo se fue tan rápido como había llegado.

—Entiendo.

Sacudió la cabeza.

—No, me temo que no entiendes nada en absoluto —replicó y se obligó a apretar los dientes para no volver a insultarle, o peor aún, llorar—. No quiero ser quien fui... ya no me importa...

ella... forma parte del pasado y este es mi presente.

—Huir de quien somos o quien fuimos, nunca es la respuesta —razonó él—. Lo sé, lo he intentado y el resultado fue funesto.

—No estoy huyendo —respondió, aunque ambos sabían que era una mentira—. Solo... vuelvo a casa. A dónde pertenezco... lejos... de toda esta locura colectiva.

Él siguió su mirada, vagando por el valle.

—Entonces, no será tampoco en esta vida —le escuchó susurrar, un murmullo que se llevó el viento.

¿Será en esta vida?

¿Será esta la vida elegida, iéreia?

La pregunta que le hizo la noche anterior, se unió a la que escuchó en el hombre encapuchado que la atrajo hasta Grecia, y esta vez en su mente sonaron bajo una sola voz.

—Fuiste tú, desde el principio, tú me atrajiste hasta aquí —comprendió. Entonces sacudió una vez más la cabeza, su pelo se desparramó sobre sus hombros—. Espero que encuentres lo que buscas... Loxias.

Él se giró hacia ella, su rostro había cambiado de expresión y la ironía tiñó sus palabras.

—Lo había encontrado... pero parece estar decidida a arrebatármelo una vez más.

Cassie no respondió, no podía. No quería enfrentarse con la respuesta a esa pregunta. Se lamió los labios y dio un paso atrás, luego otro y por fin giró dándole la espalda y emprendió el descenso. Se obligó a mantenerse estoica, no importaba que las lágrimas le bañasen el rostro y que el corazón se hubiese roto en mil pedazos, ni que su alma gritase tan alto que casi pudiese oírla en sus propios oídos.

Tenía que marcharse, solo así podría seguir adelante con su vida presente y olvidar, de una vez y por todas, lo que nunca debió recordar. Que una vez, hace miles de años, una princesa troyana, había entregado su amor a un juglar que resultó ser un dios del Olimpo.

CAPÍTULO 10

Una semana después.

—¿Piensas quedarte en la cama hoy también todo el día?

Diana asomó la cabeza por la puerta. No insistió, no la juzgó, se limitó a hacerle una sencilla pregunta y aguardar una respuesta que sabía que no llegaría.

Hoy hacía una semana que regresó de Atenas, una semana desde que le vio por última vez, siete malditos largos días en los que el pasado y el presente se confundían haciendo que se hundiese un poco más en la desesperación. Había llegado a un punto en el que ya no sabía quién era, una encrucijada en la que no tenía la menor idea de qué camino seguir y cada día, cada hora, cada minuto y segundo que pasaba, se hacía incluso más difícil el encontrarse a sí misma.

—¿No has sufrido ya bastante? —insistió Diana. Dejó el marco de la puerta y penetró en la habitación—. ¿No lo habéis hecho ya los dos?

Cassie la miró, incluso en la penumbra en la que estaba sumida en el dormitorio, podía apreciar la decisión en su rostro.

Nada más llegar, se habían encontrado con ella esperándola en el aeropuerto, la gran sonrisa que lucía empezó a morir hasta convertirse en una mueca. Se había echado a llorar, no podía evitarlo, se había contenido todo lo que había podido, pero al verla, su mundo, el “real” se impuso a todo lo demás y la pérdida se hizo incluso más grande.

No era fácil renunciar al amor, y ella lo había hecho, esa segunda noche, llorando entre sus brazos, había renunciado al hombre por quien su alma sangraba de dolor.

—Cassie...

Negó con la cabeza, apretó las sábanas entre sus manos y se aferró a su decisión.

—Él es mi pasado —musitó—, y allí debe quedarse.

Después del primer acceso de llanto en el aeropuerto, Diana la había traído a casa y se quedó con ella. En una secuencia, posiblemente no cronológica, le contó cada una de las vivencias que había tenido en el pasado y en el presente, mientras ella se limitaba a escucharla en silencio.

—Si solo fuese tu pasado, no estarías ahora llorando por él —murmuró su amiga—. Y no habrías permanecido a las puertas del Templo de Delfos durante siete días con sus siete noches, padeciendo hambre, insultos y las inclemencias del tiempo. Si fuese tu pasado, no habrías terminado rogando, con tu último aliento ante el templo de Afrodita, que te concediese al menos otra vida más en la que estar con él.

Con cada nueva palabra que brotaba de los labios de Diana, volvió a revivir cada uno de esos momentos, cada pequeño recuerdo que conservaba de otra vida, una en la que lo había amado tan intensamente, que su último pensamiento antes de expirar, fue si él sería capaz de amarla en otra

vida.

Parpadeó alejando los recuerdos, necesitando ver la realidad que se encontraba ante ella, una para la que había estado ciega hasta ese preciso momento. Su amiga y la mujer que había visto aquella vez en el templo eran como dos gotas de agua.

—Eras... tú... —Se le quebró la voz, sacudió la cabeza y dejó que las lágrimas fluyesen de nuevo—. No... tú no... fue... todo fue...

Su amiga respiró profundamente, sus ojos azules se clavaron en los suyos y su voz fue mucho más allá de dónde estaba su alma.

—No sabía que estabas allí, que estabas escuchando —murmuró al tiempo que se sentaba a un lado de la cama. Había pena en su voz—. No sabía que acudirías al templo. En aquellos momentos, yo solo pensaba en mí misma..., necesitaba el consuelo de mi *hermano* y cuando fui consciente de lo que había ocurrido, ya era demasiado tarde.

Volvió a negar con la cabeza, no podía aceptarlo, no quería, no podía dejar que el destino fuese tan cruel.

—Artemisa... —dijo su nombre en voz alta. Su amiga, una diosa griega, asintió con la cabeza confirmando su identidad.

—Escuché tus ruegos fuera del templo de Delfos —continuó ella—. Intenté que mi hermano lo hiciese también, pero estaba herido y tú solo eras una débil mortal. Cuando por fin conseguí que me prestara atención y que escuchase lo que tenía que decir, ya era demasiado tarde, Hades había reclamado tu alma.

No supo que decir, no había palabras que pudiesen encajar en aquellos momentos. Ni siquiera sabía cómo se sentía ante tal revelación.

—Entonces, Afrodita me habló de una creyente, con amor en sus venas y el corazón en yagas —siguió narrando—. Me dijo que nunca había sentido un amor así en un mortal, que su alma desafiaba incluso a los dioses y que había decidido concederle su petición... reunirse con su amado, pues quizá, en otra vida, él correspondería a ese amor.

Su amiga cogió su mano entre las de ella.

—Se lo dije a Apolo, él estaba tan muerto en vida como puede estarlo un dios —aseguró, haciendo una mueca—, pero al saber que podría tener otra vida contigo, para pedirte perdón y enamorarte de nuevo, recuperó la esperanza. Él nunca ha vuelto a perderla desde entonces, Cassie, por muy eterna que se ha hecho la espera.

No deseaba escucharla, se cubrió las orejas, pero Diana se lo impidió.

—Dices que él forma parte de tu pasado —insistió—, pero siempre será tu futuro. Hizo un juramento por el río Estigia, juró amarte vida tras vida, hasta que llegase aquella en el que tú lo amarías a cambio.

—No sigas...

—No hay muchos dioses que sacrifiquen su divinidad e inmortalidad por amor, y él lo ha hecho —continuó, sin darle tregua—. Ha sufrido y penado todas estas vidas por ti y solo por ti. No cometes el mismo error otra vez, Cassie, no renuncies al amor y abraza tu destino, sea cual sea.

Sacudió la cabeza.

—No lo entiendes... las cosas ya no son... aquellos días se marcharon, ocurrieron hace miles de años, en otra vida —se negó, necesitando creer ella misma en sus propias palabras—. Yo ya no soy esa mujer, soy...

—La mujer que lo ama.

Diana resbaló la mano por su rostro, acunándole la mejilla y obligándole de esa manera a

sostenerle la mirada.

—No lo dejes vagar otra vida más en soledad, Cassandra —le rogó ella—. Él no ha dejado de esperarte, de amarte... Permítele... permítetelo a ti misma la oportunidad de empezar de nuevo, de recuperar esa vida que perdiste y que los dioses han tenido a bien regalarte.

Se lamió los labios y la miró.

—Siempre has sabido quien era yo —declaró sin dejar de mirarla a los ojos—. Por eso te acercaste a mí ese día, en el escaparate.

Ella sonrió y ladeó el rostro.

—Sabía que te encontraría, en alguna vida, nuestros caminos volverían a cruzarse —aceptó con suavidad—, y estaba dispuesta a hacer lo que hiciese falta para reparar mi propia culpa.

Sonrió abiertamente, su rostro mostraba una felicidad plena y un optimismo que Cassie deseaba para sí misma en aquellos momentos.

—Eres una persona muy especial, *hermanita* y un alma que admiro por encima de todas las cosas —aseguró con un firme movimiento de cabeza—. Y sé que le amas, por encima de todas las cosas, sé que estás destinada a él. La pregunta es, ¿le amarás en esta vida?

EPÍLOGO

El sol incidía directamente sobre las montañas haciéndolas dignas de su nombre. La luz poseía un encanto especial, algo místico cuando se reflejaba en esas montañas y contribuía a aumentar el atractivo de todo el conjunto. Esa tarde además, había llovido, la humedad perfumaba el aire y empapaba las milenarias piedras, al igual que había mojado al hombre, que cubierto con una capucha corta y vestido en pantalones de cuero y doradas sandalias espartanas, aguardaba con el rostro girado hacia el valle.

—Apolo —musitó su nombre, el del dios que siempre había sido.

El hombre giró la cabeza. Su rostro seguía oculto por la capucha, mientras, los mechones rubios y húmedos caían sobre su pecho desnudo. El pesado collar con el símbolo del sol que descansaba sobre su clavícula, completaba el atuendo.

—Cassandra.

Su voz sonó suave, nostálgica y tan amorosa como la recordaba. Resbaló una mano sobre la capucha y se la retiró, dejando a la vista una corona de hojas de laurel doradas que le enmarcaba las sienes.

—Sigues aquí —murmuró ella. Entonces, sin pensárselo más, pasó por encima del cordón de delimitación de la zona.

Él la esperó, sus ojos puestos sobre ella, pero no se acercó.

—No hay otro lugar en el que pudiese estar —aceptó, contemplándola con esos profundos ojos azules—. Fue dónde rogaste por mí y yo nunca llegué a escucharte.

Se detuvo ante él, lo recorrió con la mirada y acarició la corona con un dedo.

—¿Siempre te vistes así?

Él se quitó la corona de laurel y sonrió.

—Se ha llevado a cabo una representación en el teatro —explicó y le ciñó la corona a ella—, confieso que prefiero el uniforme del trabajo a *esto*.

Se tocó la corona que ahora le adornaba el pelo y se sonrojó.

—Lo imagino —aceptó y miró a su alrededor—. El paisaje es especialmente bonito tras la lluvia.

Él le acarició la mejilla como solía hacer y le cogió la barbilla, haciéndole girar el rostro hasta que sus ojos se encontraron.

—Dime, Cassie —le preguntó, llamándola por su nombre, reconociendo la mujer que era hoy en día—. En esta vida, ¿me amarías?

Ladeó la cabeza, saboreando su tacto.

—Puedes llamarme Cassandra, Apolo —respondió y llevando su propia mano al rostro masculino, replicó su caricia—. Y nunca dejé de amarte, Loxias, jamás lo hice.

Bajo los últimos rayos del sol, que teñían el Monte Parmaso, dos almas que el destino había separado, volvieron a encontrarse. A partir de ahora, ni la más oscura de las profecías podría separarlos, pues esta era la vida en la que ambos se amarían.

MINOS

La voz del Laberinto

MIA CAMPBELL

Corría el año 1.500 a.C.

Para muchos posiblemente no represente más que una época, un número al que difícilmente pueden asociar algún hecho concreto. Ah, pero debo añadir que esta historia que os voy a narrar transcurrió en Creta, en la ciudad de Cnosos y fue iniciada por un rey despótico y un hermoso toro blanco regalo de los Dioses.

Estoy segura de que ahora sabéis de que os hablo, estaréis pensando: «*Nos hablas del mito del Laberinto del Minotauro*», y de ser así habéis acertado... pero solo en parte.

Olvidad por un momento lo que sabéis o habéis escuchado sobre esta leyenda griega, pues en esta historia que os narraré a continuación, ni los héroes salvaban princesas en apuros, ni los villanos eran monstruos que comían carne humana.

Soy *Arihagne*, princesa de Creta y sí, os aseguro que existió un laberinto, que hubo alguien al que se le bautizó como el Minotauro, pero nada es como os lo han contado...

CUANDO LOS DIOSES DECIDEN

Cuando los dioses son los únicos que ostentan el poder y los monarcas se convierten en sus siervos, el resto de la humanidad solo puede esperar dolor y padecimiento. Y no oses ir en contra de sus deseos, pues la voluntad de un dios es voluble y lo que hoy es un regalo, mañana podría convertirse en tu peor pesadilla.

Sin duda, eso es lo que debió pensar Minos, rey de Cnosos, hijo de Zeus y Europa, cuando recibió como regalo de Poseidón un hermoso y magnífico toro blanco.

—Deberíamos honrar a Poseidón y agradecerle la prosperidad sobre nuestras tierras de la manera apropiada —susurró Pasífae recostada en su silla, mirando con palpable aburrimiento los juegos taurinos que se celebraban asiduamente en el anfiteatro—. No estoy segura que celebrar estos juegos en su honor sea suficiente...

Minos seguía con la mirada puesta en la arena, allí donde uno de sus valiosos y bravos toros embestía sin piedad a los saltadores que esquivaban sus cuernos, brincando sobre la cabeza del astado y sobrepasando su lomo para caer de nuevo en el suelo.

Los gritos y jadeos del nutrido público ponían de manifiesto que el peligroso espectáculo era de su agrado, no importaba que recibiesen cornadas o que alguno de esos malditos atenienses pereciera bajo los fatídicos cuernos, después de todo era para lo que había reclamado el tributo, para demostrar su superioridad a Atenas.

Cerró el puño sobre el muslo y luchó con el dolor y la rabia que lo venía consumiendo desde hacía nueve años y que bullía en su interior cada vez que les hacían entrega de los pactados atenienses. Ni todas las vidas bajo el reinado de Egeo, rey de Atenas, lograrían apaciguar su alma por la pérdida de su amado hijo, Androgeo. La gloria de haber ganado los juegos celebrados por el rey ateniense había despertado su envidia haciendo que otros luchadores acabasen con su vida.

Sí. Se había vengado. Atenas había caído y ahora pagaban un alto precio en la forma de siete doncellas y siete jóvenes en lo mejor de la vida que debían serles entregados para calmar la ira de los dioses.

—Haremos un sacrificio en su honor —declaró con voz ronca, elevando la barbilla y sonriendo con malsana satisfacción al ver que su astado corneaba a uno de los jóvenes saltadores—. Se celebrará al alba, que la sangre de esta fabulosa bestia que se ha cobrado vidas mostrando su valía, ensalce el nombre del Señor de los Océanos.

—¿Este es el mejor de tus astados? —insistió la reina en voz baja, solo para sus oídos—. ¿Qué hay de ese semental blanco que emergió del mar?

El toro blanco había surgido de las aguas un año atrás, una señal de bendición, un regalo de incalculable valía que pastaba entre su rebaño haciendo la función de semental.

—Sería una pérdida sacrificar un animal de tal belleza y nobleza —negó y señaló al toro que piafaba en la arena buscando un nuevo objetivo—. Este otro en cambio simboliza la fuerza y el

poder, así es cómo debemos ser vistos y así es cómo nos verá el dios.

La codicia no es una buena consejera y los dioses no son de los que perdonan una ofensa, pero Minos no solo era codicioso, se creía superior a la mayoría por ser hijo de Zeus, Padre de los Dioses Olímpicos y de Europa, la primera reina de Creta. Así que decidió guardar para sí el toro blanco, ocultarlo en medio de su rebaño y sacrificar un animal inferior en favor de Poseidón.

Cualquiera que tuviese dos dedos de frente y conociera a los Dioses, sabría que no era buena idea cabrear a uno de ellos y mucho menos a alguien como al Dios del Mar.

Su réplica no se hizo esperar y, como era costumbre entre aquellos que veían a la humanidad tan solo como mascotas y al mundo como su propio patio de juegos, eligió una de las peores venganzas posibles y, también, la más ignominiosa para un hombre que se valoraba a sí mismo por encima de todos. Poseidón hechizó a la esposa de Minos para que sintiese una ardiente y arrolladora pasión hacia el toro blanco.

Pasifae no podía dejar de admirar la apostura del astado, solía escaparse en los momentos más propicios del día para admirarlo en medio de los pastos, todo su cuerpo despertaba a la lujuria con tan solo una mirada y la aberrante naturaleza de su deseo la apabullaba tanto como la excitaba. Día tras día acudía a una pradera cercana a Gortina donde el toro pacía bajo las encinas y suspiraba por el deseo insatisfecho, ni siquiera acariciarse a sí misma satisfacía sus anhelos y ya, desesperada, empezó a fantasear con la brutal cópula que podrían tener.

En medio de su febril delirio se imaginó al toro abandonando su piel blanca y tomando la forma de un hombre apuesto, tan viril que nada tenía que envidiar al astado semental, abandonó toda razón y yació con él en los pastos hasta que su deseo fue saciado por completo.

—Dulce y pasional Pasifae —dijo el hombre mientras yacían desnudos uno al lado del otro—, inocente y culpable, una criatura digna de admirar.

Ella parpadeó entonces, saliendo del sopor de la pasión, reconociendo esas facciones y jadeando al comprender con quién había yacido.

—Mi señor Zeus.

El rey de los dioses rió por su hazaña y contó a quién quiso escuchar que la reina de Creta había desarrollado una pasión arrolladora hacia el toro blanco y había mantenido una relación sexual con él. Minos, quién solo escuchaba lo que quería escuchar, achacó todo a la venganza de Poseidón y, cuando la reina quedó en cinta de esa aberrante unión, decidió consultar al oráculo la mejor manera de cubrir la infidelidad de la mujer y así salvar su honor.

Manteniendo prisionera a su esposa, oculta de la mirada de sus propios hijos y de aquellos que había engendrado él mismo con otra ninfa, partió hacia Delfos en la más estricta soledad y presentó su dilema al oráculo.

«Busca a Dédalo, el inventor, y ordénale que construya un retiro en las entrañas de Cnosos, que cree la más intrincada de las estructuras y, una vez la reina haya dado a luz, encierra a su vástago en el centro del mismo. Solo así tu vergüenza quedará oculta a los ojos de los mortales y tu nombre se hará incluso más grande».

—¿Y el toro? ¿He de hacer matar a ese engendro de los infiernos?

«No sacrificaste el toro en favor de los dioses, no lo sacrifiques en nombre de la venganza. Mantenlo oculto, apartado de toda res hembra y, cuando el constructor haya terminado su tarea, condúcelo a su interior. Que la bestia se encargue de su propia procreación».

Minos no durmió, no comió, su fervor por ver terminada la intrincada cárcel casi lo vuelve loco. Obligó al constructor a trabajar en la oscuridad de la noche, en el más estricto secreto, levantando muro tras muro, corredor tras corredor, trampa tras trampa, en las entrañas del palacio.

La tarea le llevó años y, en todo ese tiempo, la reina dio a luz encerrada, lejos de las miradas de cualquier ser vivo, ordenó alimentarla en la más absoluta oscuridad, temeroso de que alguien pudiese ver a la abominación que habría nacido de su vientre.

Él se negó a verla, a escucharla, desoyó sus súplicas de perdonarla, su mente creó la imagen de un niño con cuerpo humano y cabeza de toro, una bestia que se alimentaría de carne y odiaría con fervor cualquier olor humano.

La desesperación y la traición lo llevó a buscar refugio en brazos de otras mujeres, yaciendo con una ninfa y engendrando con ella una hermosa niña que pronto se convirtió en su mayor tesoro; Arihagne.

—¿Cómo está mi bella princesa esta noche?

—Lista para recibir vuestro beso de buenas noches, padre, y soñar con cosas hermosas.

—Mi pequeña ninfa de la primavera. —La besaba en la frente y la enviaba con su niñera—. Duerme bien, mi princesa.

Su amor por la princesa no disminuyó su creciente odio por su reina y, cuando nueve años después de su comienzo, el retiro en las entrañas de palacio fue terminado, empezó a pensar que su pesadilla por fin llegaría a su fin.

—La tarea que me encomendasteis ha finalizado, mi señor —declaró Dédalo reuniéndose bien entrada la noche con el rey en sus aposentos—. He creado un intrincado laberinto en el que nadie que entre podrá salir.

Él asintió complacido por la labor del inventor, entonces dio la orden que había estado deseando impartir desde que comenzó la tarea.

—Coge al engendro y llévalo al centro del laberinto y abandónalo allí —ordenó al constructor—. No dejes que nadie lo vea, cubre su horrible cabeza.

—¿Y la reina?

Levantó la cabeza y decidió ser magnánimo.

—Mañana podrá ver de nuevo la luz del sol.

El encargo se llevó a cabo en medio de súplicas, gritos y alaridos que poco tenían que ver con la raza humana. Minos se mantuvo firme en todo momento y, cuando el inventor hubo llevado a cabo su parte, ordenó a seis de sus soldados que capturaran al salvaje toro blanco y lo condujesen al interior del palacio, a la puerta que llevaba al laberinto y lo introdujesen en su interior.

—Hoy todo habrá terminado por fin —declaró viendo desaparecer los cuartos traseros del astado en el interior del laberinto, oyendo poco después los gritos de los soldados incapaces de escapar del astado en el reducido lugar—. ¡Cerrad las puertas y que nunca vuelvan a abrirse si no es para alimentar a la bestia que se oculta en su interior!

Las dos pesadas hojas se cerraron con un sordo sonido que no consiguió amortiguar los alaridos de horror ni las voces del otro lado.

—Pronto estarán aquí los sacrificios de Atenas —comentó más para sí mismo que para los dos soldados que todavía lo acompañaban, aquellos que se habían librado del destino que habían corrido sus compañeros—. Enviadlos al laberinto y que alimenten al Minotauro. Ese ser ansía carne humana, démosela y que todo el mundo sepa que Minos, rey de Creta, castigará a cualquiera que ose enfrentarse a él lanzándolo a las fauces de su bestia.

Y así dio comienzo una leyenda que se convertiría en mito, que viajaría de boca en boca aportando sus propios matices y retorciendo la historia hasta que todo lo que sabrían las futuras generaciones era que en Creta existía un laberinto en cuyo centro había una bestia, un ser con cabeza de toro y cuerpo de hombre que devoraba a cada uno de los incautos que entraban en el

laberinto...

Pero... ¿Y si la leyenda estuviese una vez más equivocada? ¿Y si hubiesen sucedido cosas que ningún historiador hubiese recogido? ¿Y si el Minotauro no fuese una bestia? ¿Y si el héroe, encargado de liberar a Atenas de tan espantoso tributo, no fuese de quién hablaban los libros? ¿Y si Arihagne nunca se hubiese enamorado de Teseo?

Esta es la historia de Asterión, la verdadera leyenda del ser que se ocultaba en el centro del laberinto y al que he esperado durante varias vidas.

UN ALMA PERDIDA EN BUSCA DEL HOGAR

En la actualidad...

Las cuevas Labyrinthos, cerca de la ciudad de Gortina, en Creta, con más de tres kilómetros de extensión, túneles interminables, galerías enredadas y salas esculpidas, era el último lugar en el que Ariadna Minos deseaba estar esa tarde. El lugar estaba atestado de turistas, grupos de japoneses con sus cámaras, británicos escuchando la explicación de su guía y alguna que otra pareja que preferían ir por su cuenta. No era un buen día para saltarse los cordones de una excavación y penetrar en los enrevesados corredores y extraños lugares llenos de escombros de antiguos derrumbes, no después de la amigable conversación que había tenido esa mañana con el responsable de la misma.

—Amable, mi culo.

No, desde luego había sido de todo menos amable. La culpa la tenía su explosivo temperamento o quizá la psicosis en la que llevaba viviendo la última semana, las horas de sueño que se había privado y, sobre todo, la desbordante necesidad de llegar a él y comprobar que lo que ese hombre le había dicho era verdad y no producto de una intoxicación alimentaria.

Sí, no debería estar ahí, no quería estarlo, pero no había una sola molécula en su cuerpo que no le gritase que siguiese adelante, que se diese prisa.

El paso del tiempo había convertido una amplia llanura en una ciudad ruinoso fantasma, en los vestigios de una antigua civilización de la que sólo podían hacer cábalas. Las inscripciones que decoran las salas que todavía permanecían en pie no tenían mucho sentido para aquellos arqueólogos, pero sí para ella.

Y no es que la Dra. Minos, especialista en la civilización minoica y cretense, tuviese todas las respuestas para los más grandes enigmas del universo, simplemente había estado allí... En otra vida.

Farsante, trastornada, con la cabeza llena de pájaros... A lo largo de su carrera había escuchado de todo en referencia a sus estudios y su persona, el que tuviese además veintinueve años y llevase dándoles la lata con sus teorías desde los veintidós tampoco ayudaba a granjearse la amistad de sus colegas.

Ari era una persona *non grata* en muchas excavaciones y, después del encontronazo que había tenido esa misma mañana con el jefe de la expedición que se hacía cargo de esta, estaba segura de

que terminaría en comisaría si la veían merodeando por allí.

—¿Pretende que crea que un turista se ha internado en una zona de la excavación que ni siquiera sabemos que existe y se ha quedado ahí atrapado desde hace días? —El jefe de la excavación, un antiguo compañero de facultad al que había dado calabazas, no tenía la más mínima inclinación de aceptar aquella estúpida excusa para justificar el que ella quisiera coger un pico y adentrarse en zonas con peligrosidad de derrumbe.

Vale, sí. Ni siquiera un gilipollas como Bemus Katsaros se creería algo así, pero tampoco podía decirle la verdad, no si no quería terminar en un hospital psiquiátrico antes que en comisaría. De lo primero quizá pudiese liberarse, de lo segundo, no.

Su historial médico era casi tan extenso como la lista de familias de acogida en las que había ido saltando desde que tenía seis años y su madre la dejó esperando a que volviese de la compra en la puerta de una iglesia. Enfermiza, extraña, con continuos ataques de epilepsia, era una candidata perfecta para no ser adoptada, para que aquellos que querían acogerla en su hogar cambiasen de idea a las pocas semanas. Y la cosa se complicó al llegar a la adolescencia, cuando empezó a tener visiones de alguien con sus mismos ojos, su misma voz y aspecto de princesa griega y estas no eran precisamente de arcoíris y conejitos.

Dadas sus rarezas, la crítica de aquellos que vivían a su alrededor, desarrolló un carácter introvertido, se retrajo en sí misma y dedicó todos sus esfuerzos a lo que mejor se le daba; los idiomas. Terminó el instituto sin problemas, pasó a la universidad con una beca y se especializó en civilizaciones antiguas. Los profesores de sus asignaturas preferidas estaban encantados con ella y con su facilidad de aprendizaje, si conservaba algún así llamado «amigo» sin duda podía hacer referencia a Teodopoulos, el profesor ya retirado y cuya recomendación había inclinado al comité para que le diese la vacante en la que trabajaba como docente en la universidad.

Sí, estar aquí hoy era arriesgarse también a perder esa plaza, a perder su modo de vida, tenía exactamente una semana para arreglar sus asuntos y regresar a las clases o la echarían de una patada. Y le constaba que algunos celebrarían ese hecho.

—Visiones... —resopló para sí y sacudió la cabeza—. Sí, claro, alucinaciones en tecnicolor.

Durante gran parte de su vida había pensado que le pasaba algo a su cerebro, que habría algún tumor que los médicos y las innumerables pruebas que le habían hecho no podían detectar. La otra parte la había llevado a creer en lo que nunca había creído, a pensar que quizás, lo que veía eran imágenes de otra vida, una suposición que se había convertido en una aplastante e irrefutable certeza cuando ese chalado se presentó en su despacho de la universidad la tarde del pasado jueves.

—¿Dra. Minos?

—Eso dice en mi puerta —aseguró, estaba corrigiendo los trabajos de sus alumnos y algunos eran para echarse a llorar—. Si no le importa esperar unos minutos, le atenderé en cuando suspenda a este incauto.

El recién llegado caminó hacia su escritorio y no pudo evitar reparar en el elegante abrigo que llevaba sobre un serio traje de chaqueta. No era el perfil de los padres que solían asomarse por su despacho para quejarse de las notas de sus hijos, lo que lo dejaba en un posible mecenas. Levantó la mirada poco a poco y se encontró con un rostro de facciones clásicas, con una piel aceitunada propia del mediterráneo y unos ojos tan azules que capturaban. Todo él exhumaba sensualidad y poder, una seguridad aplastante en un hombre que debía rondar la cuarentena.

Al encontrarse con su mirada él le sonrió y algo en esa sonrisa le provocó un pequeño jadeo. Había visto antes esa sonrisa, sabía que la había visto, pero el lugar permanecía enterrado en lo

más profundo de su interior.

—No me importa esperar aunque dudo que tú desees perder un solo momento más —declaró con un profundo acento griego—. Has vivido ya demasiadas vidas esperando, pagando una penitencia que nunca te correspondió. La culpa nunca fue una buena compañera para el alma.

—¿Disculpe?

Su sonrisa se amplió.

—Asterión te espera —le informó.

Enarcó una ceja.

—¿Ese nombre tiene que decirme algo?

—Debería —se encogió de hombros—, debería significarlo todo.

—Pues no me suena, la verdad.

Se echó a reír.

—¿Vas a intentar convencerme que has olvidado el pasado, *Arihadne*?

La forma en que pronunció su nombre, el modo en que la miró y el hacer referencia a su pasado la puso en guardia.

—¿Quién es usted?

—En esta época me conocen como Zeus Kouros —se presentó, tendiéndole la mano—, aunque tú me recordarás como el rey de tus dioses.

Miró su mano tendida, luego a él y se echó a reír a carcajadas.

—Vaaaale —se rió entre dientes—. ¿Quién de mis alumnos te ha pagado y cuánto?

Enarcó una ceja y retiró la mano.

—Posiblemente mis alumnos no tendrían tal inventiva —se llevó la mano al mentón—. Algún profesor, ¿quizá? ¿El director?

Él se limitó a mirarla y sonrió con afectación.

—Me esperaba un poco de resistencia, pero no tal despliegue de ironía, es un cambio interesante —comentó. Entonces chasqueó la lengua—. Te lo dije, ya no hay necesidad de esperar más. Me hubiese gustado poder hacer algo antes, pero mi hermano tiene unas ideas muy estrictas con respecto a las almas. Y entonces, el tiempo tampoco significa mucho para alguien como yo.

—Me he perdido por el camino...

Soltó un resoplido.

—Y esa es sin duda una gran analogía.

Se acercó de nuevo a la mesa y, antes de que pudiese evitarlo cogió su mano. Abrió la boca para protestar y amenazarle si era necesario, pero una única palabra la dejó sin respiración.

—Recuerda.

Nunca volvería a mirar igual las noticias sobre shocks eléctricos y sus peligros, ese hombre había hecho que lo viviese en primera persona, friéndole el cerebro en el proceso.

Maldito fuera, tenía que haber una mejor forma de traerla de vuelta y hacerla recordar, pero el señor «*soy Zeus, señor omnipotente, dios de los dioses*» lo hacía todo a su manera sin importar freír cerebros en el proceso. Juraría que todavía oía como sus neuronas colisionaban unas contra otras en pleno cortocircuito.

Sí, ese hombre tenía una manera única de hacer las cosas y de conseguir que ella lanzase a la mierda toda su vida para dedicarse a buscar al único hombre al que su alma nunca había olvidado.

Se lamió los labios y echó un nuevo vistazo a su alrededor. La mayoría de los turistas se dirigían hacia la Sala del Agua, el único lugar de todo ese complicado sistema de cuevas en el que goteaba el agua. Se unió al nutrido grupo, manteniendo una distancia prudencial, y repasó de

nuevo el plan que la había conducido a aquel lugar.

—¿Conoces el laberinto de cuevas próximo a Gortina?

Por supuesto que lo conocía, algunos iluminados creían que podía ser el verdadero lugar en el que se hubiese emplazado el laberinto del Minotauro.

—Allí no estaba el laberinto —replicó con palpable desprecio—. Deberías saberlo, estuviste en él... O eso creía Asterión.

Él se limitó a esbozar esa irónica sonrisa que empezaba a ponerla de los nervios.

—No, no lo estuvo, pero era un lugar simbólico para mí.

Se llevó la mano al mentón.

—Déjame adivinar, fue dónde te tiraste a Europa.

—Un poquito de respeto hacia tus mayores, querida mía.

Resopló y entrecerró los ojos, no tenía tiempo para esas estupideces, no ahora que había despertado y que su alma gritaba por su otra mitad.

—Asterión, *Majestad*, dónde está.

—Puedes llamarme Padre, después de todo eres el alma gemela de mi hijo.

—Ni lo sueñes.

—Sigues siendo igual de irritante en esta vida de lo que lo eras en la anterior.

Apretó los dientes.

—Mi esposo, Zeus —insistió, dejando claro quién era el hombre para ella—. ¿Dónde está?

Sonrió de soslayo.

—Donde creyó que podría quedarse contigo y que nadie jamás os separaría de nuevo.

Y sin duda las cuevas de Gortina, conocidas en griego como *Labyrinthos*, ofrecían en aquel entonces esa función. Aún hoy provocaban la sensación de encontrarte en un lugar oscuro y peligroso en el que sería fácil perderse.

Sacudió la cabeza haciendo sus peregrinos pensamientos a un lado, no podía continuar lloriqueando, ni maldiciendo a los dioses por el aciago destino al que se habían visto abocados. Ya se había desquitado pegándole a Zeus con una de sus zapatillas deportivas antes de usar su americana como pañuelo multiusos.

No recordaba haberse vuelto tan bipolar y en tan poco tiempo como lo había sido ella en ese momento.

—Debes ir a él, cumple tu promesa, Ari —pronunció el diminutivo de su nombre, la forma en la que le llamaban en la actualidad—. Asterión ha estado esperando más de un milenio a que lo hagas.

Sus palabras le encogieron el estómago. No podía hacer referencia a lo que pensaba, los dioses no podían ser tan crueles.

—¿Qué quieres decir?

Para su sorpresa, Zeus pareció realmente afectado por lo que estaba a punto de decir.

—Tú decidiste abandonar la vida y buscarlo vida tras vida, reencarnación tras reencarnación, pero él es un semidiós, mi hijo, ha dormido mil vidas esperando a que tú volvieses a él, esperando tomar tu mano para abandonar el único lugar en el que, de algún modo, se siente seguro.

Había deseado gritar, había querido pegarle de nuevo, maldecirlo por su crueldad, pero sabía que Asterión posiblemente se lo habría pedido, que ese era su deseo.

Se lamió los labios y se preparó a sí misma para la tarea que tenía por delante. Debía entrar de nuevo en el laberinto y, esta vez, volver con su Minotauro.

No le abandonaría de nuevo, no dejaría que los Dioses jugasen de nuevo con ellos, no le

traicionaría involuntariamente... Esta vez, ella y solo ella entraría a buscarle.

DÓNDE ESPERA LA MUERTE

Gortina.

Recordaba a su padre, el rey Minos, venir aquí para pedir consejo a los Dioses. En aquellos días abandonaba el palacio durante dos o tres días, en la más estricta soledad, y cuando volvía lo hacía pletórico, lleno de entusiasmo e impartiendo órdenes que debían ser seguidas a pies juntillas.

Sus recuerdos de aquella época estaban desdibujados, era tan solo una niña la primera vez que él se había marchado y, la siguiente, mucho más nítida en su mente, había marcado también un cambio en su vida.

Se estremeció al recordar aquella noche, cuando con solo catorce años, se había adentrado en las entrañas del palacio. La inquietud y el cambio en la rutina que los previos días se había instalado entre las paredes de su hogar habían tenido el punto álgido ese día. Los sirvientes parecían haber desaparecido después del anochecer, su ama la había llevado incluso antes de lo acostumbrado a dormir e incluso la había encerrado en sus aposentos.

Pero si había alguien que conocía cada uno de los secretos del palacio era Arihagne, se había pasado toda su infancia correteando por los corredores, jugando en sus pasadizos, convirtiendo en su propio secreto esos que guardaban las paredes y no le resultó difícil abandonar su habitación y saciar por fin su curiosidad.

Los secretos antes o después salen a la luz. Aquella era una regla no escrita y que siempre acababa confirmándose, especialmente cuando pretenden ocultarse bajo las narices de todas las personas.

Ella sabía que no todo era luminoso en su hogar, no solo era una hija ilegítima, despreciada por sus hermanastros, sino que su padre no era el hombre amoroso y recto que había creído de niña.

Podía hacer como si no pasase nada, como si bajo sus propios pies no desapareciesen, año tras año infinidad de personas de las que nunca se volvía a saber.

El palacio en el que había hecho su hogar desde que era una infante de cinco años era una inagotable fuente de misterios, desde su intrincada construcción, llena de pasadizos que parecían conducir a paredes lisas, puertas que no eran puertas y habitaciones que engañaban a la vista siendo más grandes de lo que parecían, hasta los ocasionales lamentos que se escuchaban en las noches más oscuras, cuando la luna decidía mantenerse oculta o los estremecedores golpes que hacían retumbar las paredes de sus propios aposentos.

—¿Qué son esos ruidos, padre? —Solía preguntar de niña.

—Los lamentos de los condenados, los gritos de aquellos que van en contra de la sabiduría de tu padre, hija mía.

—¿Es verdad que hay un monstruo encerrado en las entrañas del palacio?

—Un horrible monstruo, un ser con cuerpo humano y cabeza de toro que te devorará si no eres una niña buena y virtuosa —le aseguró con ese tono de voz que hacía estremecer su pequeño cuerpo—. Pero si eres obediente, si haces todo lo que te dice padre, ese monstruo permanecerá siempre encerrado dentro del laberinto y nunca te tocará.

—Seré buena y virtuosa, padre, nunca os desobedeceré.

Y no le había desobedecido, de niña había permanecido siempre en el círculo íntimo de sus niñeras, su madre, una ninfa, la había entregado sin mayores remordimientos a su padre para que fuese criada como una princesa cretense y había sido educada como una. Solo la reina Pasifae y sus dos hijos resentían su presencia, pero con el tiempo el resentimiento se había convertido en simple olvido. Para ellos, Arihagne no existía, no era alguien a quién valía la pena prestar atención. De hecho, la reina ni siquiera parecía llevarse bien con su padre lo que la había llevado en más de una ocasión a preguntarse por qué no había elegido entonces a su madre como reina.

Pero su infancia había quedado ya atrás, la próxima estación cumpliría catorce inviernos y con ello llegarían nuevas tareas, nuevas responsabilidades. Como princesa de Cnosos, no podía seguir ignorando las cosas que pasaban entre esas paredes, no podía hacer como si no oyese los lloros y los desesperados alaridos que parecían teñir esa noche en el palacio, como lo habían hecho nueve años atrás, mientras los soldados llevaban a una septena de hombres y mujeres hacia una área en lo más profundo de la construcción que nadie osaba visitar; la entrada del laberinto, el lugar en el que quién entraba no volvía a salir.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se deslizó a través de los pasillos, se pegó a la pared notando su frialdad, el tacto duro y fresco de los mosaicos que cubrían cada centímetro de extensión y agudizó el oído en busca de esos sonidos que la habían despertado y hecho abandonar su protegida y cálida cama. Sin embargo, el silencio era la única consigna, el eco de sus pisadas era el único sonido que la acompañaba en su progreso a través de los interminables e intrincados pasillos llenos de vueltas y giros que conocía como la palma de la mano.

Uno a la derecha, dos a la izquierda, el próximo corredor hasta el final, un nuevo giro hacia la izquierda y, salido de la nada, rompiendo el asfixiante silencio, llegó un alarido femenino que hizo que todo el vello de su cuerpo se le pusiese de punta.

—¡Piedad! ¡Piedad!

La voz se hacía cada vez más cercana, un tropel de pasos parecía seguir a la voz en su dirección y Arihagne fue incapaz de hacer otra cosa que permanecer allí, de pie, congelada por el miedo y la expectación.

—¡Detenedla! ¡Si escapa, el rey Minos nos enviará a todos nosotros al laberinto en su lugar!

Nuevos gritos, algo que pareció sonar como golpes y, finalmente, la silueta de una mujer vestida con una túnica oscura emergiendo al final del pasillo, enmarcada por el brillo mortecino de la tea anclada a la pared. Sus ojos se encontraron durante un breve instante y al hacerlo, los labios femeninos se abrieron, al tiempo que estiraba un brazo en su dirección en un desesperado grito de ayuda que nunca llegó a emerger de sus labios.

La hoja de una espada salió desde su vientre, un sonido succionante que emergió teñido de rojo un instante antes de volver a desaparecer.

Arihagne se pegó a la pared, cubriéndose la boca con las manos, sofocando un grito y la bilis

que subió a su garganta con una única intención; vaciar toda la cena. Contuvo la respiración, dejó que las sombras la engullesen mientras observaba como el cuerpo de la mujer caía al suelo y, un instante después, el hombre que portaba la ensangrentada espada y otro soldado, cogían el cuerpo cada uno por un brazo y lo arrastraban de vuelta.

—Malditos griegos...

Ahogó un lloro, horrorizada por la muerte que acababa de presenciar, sus ojos clavados todavía en la mancha oscura que había teñido el suelo; sangre, sangre de una víctima inocente.

Le temblaron las piernas, todo su cuerpo se estremeció mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y entonces, aquel horrible sonido sacudió las paredes, estas parecieron temblar y el polvo cayó del techo.

—¡Daos prisa! Quiero acabar con esto y no volver a bajar aquí jamás

Un nuevo golpe sacudió las paredes, lo sintió en todo su cuerpo pegada como estaba a la pared, miró hacia atrás, el lugar por el que había venido, aquel por el que debía volver, pero no podía moverse, era incapaz de dar un solo paso en ninguna dirección.

Cerró los ojos y se quedó allí, inmóvil, escuchando y rogando a los dioses que aquello terminase, que se tratase tan solo de una pesadilla y despertase de nuevo en su cama. El paso del tiempo la obligó a enfrentarse a la realidad, estaba despierta y la pesadilla no acabaría jamás.

Siete hombres jóvenes, en lo mejor de la vida, algunos mancebos bien apuestos, viriles y todos ellos inocentes. Su único crimen era pertenecer al pueblo ateniense, el enemigo acérrimo de su padre. Y las mujeres, seis níveas hembras se acurrucaban unas contra otras, sollozando, embriagadas por el miedo, sabiendo aún sin haberlo visto que detrás de aquellas puertas cerradas se encontraba la muerte; aquella que ya había encontrado la criatura que yacía en el suelo, tirada como si fuese un fardo, a un lado de la puerta.

Los soldados los rodeaban con sus espadas, preparados para atacar si alguno encontraba el arrojo de enfrentarse a ellos en un intento de eludir el destino que los esperaba, tan nerviosos que no dudarían en lanzarse al ataque ante la más mínima provocación.

El sonido de las hojas de las enormes puertas que cerraban el laberinto resonó en el estrecho pasillo, los sollozos se convirtieron en alaridos, los jóvenes, que habían mantenido cierta compostura empezaron a temblar, sus rostros adquirieron un semblante de horror al mirar a aquella oscura boca que se abría tras las puertas. Uno de los soldados echó un vistazo al interior, sin atreverse a entrar, cogió una tela del soporte de la pared y lo balanceó en el interior alejando las sombras, aunque posiblemente, lo que buscaba era la tea anclada en la pared, apagada, esperando a ser encendida.

Tardó en conseguir que el fuego mordiese la antorcha, una suave y titilante luz se vertió mostrando una pared pulida, libre de los frisos o mosaicos que solían encontrarse a lo largo del palacio y entonces, el mismo hombre hizo un gesto a sus compatriotas y, cercado a los prisioneros los empujaron u obligaron a entrar en el lugar, disuadiendo cualquier ataque de terror con sus espadas, infringiendo heridas que necesitarían la atención del sacerdote para poder curarse.

En pequeños grupos, solos, arrastrados por el pelo y lanzados en su interior, todos los atenienses cruzaron las puertas, penetrando en el laberinto y adentrándose en la oscuridad.

Arihagne dio un paso adelante, luego otro, a pesar del temor irreverente que azotaba su cuerpo, su mente se resistía a retirarse, quería verlo más de cerca, quería ver si realmente había algo como un monstruo en el interior de aquel lugar. Poco a poco las puertas se hicieron más cercanas y, entonces, sus pequeños pies calzados con sandalias tocaron algo, bajó la mirada y se le detuvo

la respiración cuando unos ojos que ya no veían la miraron fijamente.

Soltó un alarido, fue incapaz de retener su voz, sus pies trastabillaron intentando echarse atrás solo para chocar ahora con algo más.

—¿A dónde crees que vas?

Se le secó la boca incapaz de responder, se encogió ante el brusco contacto del soldado que le aferraba el brazo.

—¿Pensabas que podías escapar?

Agitó la cabeza incapaz de hacer otra cosa, pero aquello no le disuadió. Tiró de ella, arrastrándola hacia aquella oscura entrada, obligándola a entrar mientras otros soldados salían a toda velocidad.

—Cerrad, cerrad de una maldita vez.

Escuchó su voz, vio su rostro una sola vez y entonces se encontró del otro lado de la puerta, una tea ardiendo caía a sus pies y las puertas se cerraban de nuevo con el mismo sonido de arrastre con el que se habían abierto hasta quedar totalmente selladas.

—No jadeó y se lanzó hacia estas—. No, no, no. ¡Abridme! ¡No podéis dejarme aquí! ¡Soy Arihagne! ¡Soy la princesa!

Su voz, al principio vacilante cobró altura y lo que empezó de forma vacilante se convirtió en un grito desesperado.

—¡Abrid! ¡Abrid ahora mismo! ¡Soy la princesa! ¡La princesa! ¡Soy Ari...!

Su voz quedó apagada por un horrible bramido que reverberó haciendo un brutal eco a su alrededor, se tapó los oídos, se giró sobre sus pies y miró más allá, hacia la negrura, el lugar de dónde había venido aquel sonido.

—Oh, gran Poseidón, ayúdame, por favor, ayúdame.

Se llevó las manos al pecho y se apretó aún más contra las duras puertas.

¿Qué había hecho? ¿Cómo había podido pasarle aquello? Había sido encerrada en el laberinto con una bestia que la devoraría.

Ari sacudió la cabeza y luchó para hacer a un lado esas imágenes que amenazaban con volver a penetrar en su presente, trayendo el pasado y una vida que había quedado atrás. El corazón le latía desbocado, recordando el miedo, la sensación de impotencia, miró a su alrededor y se percató de que se había apartado del grupo de turistas y había seguido avanzando, internándose en la oscuridad y peligrosidad de un lugar en ruinas, dónde la oscuridad se hacía más y más asfixiante. Las imágenes en su mente, demasiado nítidas le provocaron una especie de *déjà vu* que estuvo a punto de hacerla gritar, pero ahora ya no era esa niña, no vivía en aquella época y sabía que, en este laberinto, no existía monstruo alguno.

—Respira y tranquilízate —se instruyó a sí misma mientras palpaba el bolso de bandolera que llevaba sobre la cadera y sacaba una pequeña linterna azul de bolsillo.

Al momento el haz de luz iluminó en línea recta, creando juegos de sombras a su alrededor y trayendo consigo un pequeño respiro.

—De acuerdo. —Tomó una profunda respiración y miró a su alrededor—. No tengo mi ovillo y, dado el estado de esto, si no tengo cuidado terminaré posiblemente bajo un derrumbe de rocas. Sí, es sin duda una perspectiva de lo más alentadora.

Se limpió el sudor de la mano libre en la chaqueta y extendió a continuación el brazo para tocar la pared. La arenilla se desprendió al momento, un palpable recordatorio de que se estaba jugando

la vida.

Y sin embargo, ¿qué era la vida cuando carecía de aquello que le daba significado? Esos últimos días, por primera vez en toda su existencia, comprendió porqué era incapaz de enamorarse, por qué sus relaciones con los hombres habían sido un completo desastre... Su corazón ya le pertenecía a otro.

—Ya voy, Asterión —murmuró en voz baja, apretando los dedos alrededor de la linterna—. Esta vez no dejaré que nadie haga lo que debería haber hecho yo misma desde un principio. Nadie volverá a traicionarte.

EL HIJO DE CRETA

La oscuridad y el silencio habían sido la consigna durante los últimos mil años, Padre le había prometido que nadie perturbaría su descanso, que nadie penetraría en el laberinto, que nadie perseguiría al Minotauro. Para todos, un héroe había acabado con la bestia, había liberado a Creta de la cruel tiranía de una bestia y ensalzado el nombre de la princesa Arihagne como instrumento de la victoria.

Mentiras, falsedades, medias verdades, aquello que mejor se les daba a los mortales y que los dioses secundaban sin dudar si con ello obtenían lo que deseaban.

Lejos, en el olvido quedaba la verdad, aquella que nació de la vergüenza, que fue oculto por la desidia y estigmatizado por la codicia y el poder, una que le convertía a él en la bestia que habitaba en el laberinto y a quién se le dio el nombre de Minotauro.

Asterión bajó la mirada con gesto adusto y contempló la muerte misma ante sus pies. Ladeó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro sintiendo el peso de las astas en su cabeza, de la piel que lo protegía del frío, levantó el mentón y olfateó. Muerte, muerte por doquier y ese aroma a sangre que le revolvió las tripas. Contempló esos ojos sin vida que lo miraban, permaneció allí de pie, a salvo de las interminables trampas que se escondían en aquellos interminables pasillos buscando entre los cadáveres algo que pudiese añadir a su exigua colección.

Las teas todavía llameaban en el suelo, creando sombras sobre las lanzas que habían atravesado a los pobres incautos. Tres machos y dos hembras, cinco bajas de las muchas más que habría antes de que se consumieran las llamas de esas antorchas.

Había escuchado el sonido del Inframundo abriendo sus puertas, enviando a través de ellas a las almas que debían ser entregadas a Hades y luchó con la necesidad de ver a alguien más ahí abajo, alguien cuyo corazón latiese. Desde que su padre había abandonado este mundo, estaba solo, tan solo que se le había olvidado hasta la manera de hablar.

«Escóndete, Asterión, no te dejes ver o te matarán».

Bajó la cabeza y subió una mano para acariciar una de las astas que salía del cráneo de su padre, su piel era lo único que había permanecido después de que el toro blanco dejase este mundo.

«Fuiste engendrado por el Toro de Creta, o gios mou^[3], eres hijo del pecado y la aberración».

Apenas recordaba a su madre, la única hembra con la que había tenido contacto, con quién

había pasado los primeros años de su vida. Ella siempre le contaba la misma historia, cómo había caminado por el prado, enfatuada con un toro blanco de exquisita belleza y como este, adquiriendo forma mortal, se había apareado con ella, engendrándolo a él.

«Eres hijo de tu padre, tan hermoso, tan viril... Se lo dije, se lo dije al rey, esto es cosa de los Dioses, por culpa de su egoísmo».

No había entendido que había querido decirle entonces y tampoco había sido capaz de obtener una respuesta después, cuando lo arrancaron de sus brazos, le privaron de visión y lo dejaron solo en ese enorme lugar lleno de peligros.

Nunca había vuelto a verla, al principio la había añorado, había llorado por su ausencia, pero en la oscuridad y en la soledad de aquel lugar, todo dejaba de tener sentido y el olvido se había adueñado de su rostro y su voz.

Solo había tenido a su padre e, incluso entonces, había sentido miedo de él.

«¿Eres tú, patera^[4]?».

El toro había aparecido trotando, piafando, arrastrando las pezuñas en el suelo, lo había visto con esos ojillos enfebrecidos y había bramado aterrorizándolo para luego cargar hacia él.

«¡Patera!».

Su grito había reverberado en el estrecho pasillo haciendo que el astado se detuviese al llegar a él, una montaña de animal ante un niño pequeño. Piafó encima de él, calentándolo con su aliento, entonces escuchó su voz en la cabeza, un sonido que no era humano y que sin embargo entendió.

«Asterión».

Había pronunciado su nombre, el nombre por el que lo llamaba su madre, el único que le habían dado alguna vez. Solo había dicho eso, entonces había dado media vuelta y había echado a correr de nuevo, dejándolo allí, llorando por todo lo que había dejado atrás.

Él había sido su compañía, su protector y su sustento en aquella negrura en la que a menudo quedaban sumidos, solo cuando las puertas se abrían y entraban las almas de los condenados recuperaban algo de luz.

«No te dejes ver, Asterión, los mortales nunca entenderían qué eres, te rechazarían e intentarían matarte».

Cada vez que escuchaban ese sonido de arrastre su padre lo empujaba hacia el centro del laberinto, lo obligaba a quedarse allí donde los sonidos de las trampas y los alaridos de los condenados no eran escuchados. Cada vez que eso ocurría su padre volvía con comida para él, bolsas de arpillera que contenían viandas con las que apaciguar su encogido estómago. A veces el hambre hacía que se volviese loco y empezaba a gritar, a golpear las paredes, otras lo dejaban sin fuerzas y todo en lo que podía pensar era en dormir y engañar así al hambre.

«El hambre es solo un estado mental, gios^[5], eres un semidiós, no morirás de inanición».

No, no había muerto por la falta de comida o agua, pero la locura a menudo estaba cerca, al alcance de sus dedos, como lo había estado el día en que su padre no despertó.

«¿Patera? Patera despierta».

Pero no había despertado, nunca había despertado. Su cuerpo se había ido consumiendo, se había vuelto frío y, con el tiempo había empezado a desprender un pestilente olor que había hecho que durmiese lejos de él.

Se había ido, la comprensión penetró poco a poco en su mente, se había ido como todas esas almas y se había quedado totalmente solo. La negrura penetró en su mente y le robó la cordura, golpeó las paredes, bramó hasta quedarse afónico y cometió el más atroz de los actos, uno del que

solo se dio cuenta cuando despertó, envuelto en la piel de su padre, la misma de la que no se había desprendido desde entonces.

Echó un último vistazo a las almas que ya habían ido a la orilla del barquero, a esperar a Caronte y eligió uno de los corredores libres de trampas, había llegado el momento de recorrer sus dominios y asegurarse de que todos los vivos habían pasado ya al otro lado.

Dejó que los recuerdos se diluyeran, que la vida que había vivido quedase atrás e intentó concentrarse en el motivo que lo inquietaba. Algo había perturbado su descanso, alcanzando su conciencia en los campos de Morfeo, pasando más allá del efecto *sueño estigio* que le había entregado Zeus y atrayendo de forma inadvertida su atención.

«¿Quién eres?».

La pregunta hizo eco en su mente.

«¿Por qué interrumpes mi descanso?».

No quería despertar, no deseaba enfrentarse de nuevo a ese dolor, a la desesperación que traía consigo la traición, a la rabia que surgía de la imposibilidad de cambiar el destino y evitar la muerte de la persona amada.

Notó que volvía a faltarle el aire, pensar en ella era recordar ese último momento en la playa, el grito agónico que le atravesó la garganta, la pérdida definitiva y la infinita culpa que anidó en su pecho.

«Mi Arihagne».

LA VOZ DEL LABERINTO

Asterión no podía olvidar esas joyas de color violeta que lucía por ojos, la cálida sonrisa que siempre encontraba en sus labios. Ella había sido todo en su vida, la única que se había atrevido a entrar en el inframundo y enfrentarse a la bestia.

Sí, eran los ojos violetas más intensos que hubiese contemplado jamás, con un rostro limpio, impoluto, labios rosas y un pelo tan sedoso que parecía tener vida propia. Él se la quedó mirando sin comprender que hacía ella allí, sin saber si estaba viendo a alguien vivo o se trataba de un alma en tránsito. Llevaba una túnica clara que rebelaba cada centímetro de su cuerpo, la tea que portaba en una mano derramaba su luz sobre su figura mientras creaba sombras contra la pared más cercana.

Vio como esos ojos empezaban a abrirse más y más, el horror reflejándose en sus iris mientras sus labios se separaban y escapaba de su garganta un potente alarido. Giró como un rayo, la tea voló de su mano y cayó al suelo con un sordo sonido antes que esos pequeños pies girasen sobre sí mismo y emprendiesen una enloquecedora huida.

Apenas tuvo tiempo de emitir un bajo gruñido antes de abalanzarse sobre ella, coger un puñado de la tela de su túnica y extender la otra mano para empujarla contra la pared, cubriéndola con su cuerpo mientras el infierno estallaba ahora a su alrededor en la forma de cientos de pequeños agujones de hierro que se incrustaron en la pared, el suelo y todo lo que encontraron a su alcance. Sintió el agujón en su piel, penetrando en su carne, el dolor atravesándole como un ramalazo de fuego allí donde la piel de su padre no le cubría, pero no cedió un centímetro, se mantuvo quieto hasta que el silbido a su alrededor cedió. Solo entonces se permitió echarse atrás, bajar la mirada y encontrarse con esas dos esferas violetas, mirándole fijamente, el terror todavía presente y también algo más, algo que no supo cómo interpretar. Ladeó la cabeza, contemplándola, comprendiendo ahora que ella no era un espíritu, sus dedos tocaban uno de sus brazos desnudos y la sensación era tan extraña como extasiante. Dio un paso atrás y el dolor le atravesó la pantorrilla haciendo que perdiese pie y acabase con una rodilla en el suelo. Un rápido vistazo mostró uno de los clavos atravesándole la pierna, otro insertado en la parte posterior del muslo, la sangre corriendo ya en un hilo rojo sobre la sucia piel. Lo arrancó de un tirón, primero uno, luego el otro y los lanzó al suelo donde repicaron al unirse a los demás.

—Es... estás herido.

Una voz. El sonido de algo tan ajeno para él que le hizo daño en los oídos. Levantó la cabeza de golpe y el movimiento hizo que al astado que cubría la suya se deslizase hacia atrás, dándole

un margen mayor de visión.

Ella era menuda, delgada, tanto que no sabía ni cómo podía aguantar de pie, esos labios rosas parecían dispuestos a seguir moviéndose, pero, sus ojos, esos que tanto le habían impactado caían ahora sobre su mitad inferior, sobre el hilo de sangre que le manchaba la pierna.

—¿Cómo has sabido...? —Ella volvió a levantar la mirada y jadeó, llevándose la mano al pecho mientras lo contemplaba—. Tú... tú eres... eres humano... —le recorrió, fijándose ahora en la piel con la que se envolvía—. Eres... eres un hombre...

Ladeó la cabeza. ¿Qué esperaba acaso que fuese?

Se lamió los labios, hizo un par de gestos raros y entonces escuchó el sonido de la tela de la túnica al rasgarse. Esas pequeñas manos se esforzaban, ayudadas de sus dientes, para hacer jirones el material con el que se vestía y, cuando obtuvo el resultado que deseaba, avanzó hacia él, arrodillándose delante de sus pies y llevó sus manos hacia su pierna herida.

Retrocedió de inmediato, impidiéndole tocarle.

Ella levantó la cabeza, se encontró de nuevo con esa mirada hechicera.

—Estás herido —repitió señalando ahora la sangre de su pierna y luego la improvisada venda—. Solo quiero ayudarte. Como tú me has ayudado a mí.

Ladeó una vez más la cabeza, escuchar su voz era algo de otro mundo, podría quedarse ahí, sin hacer otra cosa que oírla hablar. Vio como volvía a acercar la tela a su pierna y se mantuvo quieto o tan quieto como pudo al sentir el contacto de otro ser vivo.

—Hah... —De su boca escapó algo parecido a un sonido, el primero en mucho, muchísimo tiempo.

—Lo siento, pero si no lo aprieto, seguirá sangrando.

Habla, por favor, solo habla.

Quería que siguiese haciendo eso, solo eso, que no se detuviese, pero ella parecía preferir concentrarse en su autoimpuesta tarea. Cortó otro trozo de tela y la añadió a la herida superior, provocándole un estremecimiento y el dolor hizo que la empujase sin pensar, haciendo que cayese sentada en el suelo.

Volvieron a mirarse, su expresión cambió de nuevo a un incipiente temor. Le tenía miedo, había escapado nada más verle como habían hecho tantos y tantos otros durante toda su vida.

«¿Por qué huyen de mí, padre?».

Demasiadas veces había hecho esa pregunta y su padre siempre había tenido la misma respuesta.

«Huyen de lo que más temen, Asterión, huyen de su propio miedo».

Miedo, el que siempre encontraba en aquellos que se atrevían a mirarle a los ojos, el que veía incluso en esos rostros de las almas que habían pasado ya al otro lado, una emoción que despertaba en todo el mundo y para la que no encontraba explicación.

Ella también me teme.

Y ese miedo estaba allí, en sus ojos. Dio media vuelta y echó a andar sorteando los agujones de metal que se habían incrustado en el suelo. De nada servía quedarse cuando la mujer se iría también en algún momento.

—Arihagne.

Su voz sonó ronca, granulada, el aire penetró por primera vez en mucho tiempo en su garganta, accionando sus pulmones, pero no fue suficiente para traerle de vuelta.

«Todavía no, no hasta que ella vuelva a mí».

No volvería a sufrir innecesariamente, no abriría los ojos y volvería a la vida hasta que ella

cumpliese la promesa y la encontrase esperándole fuera del laberinto.

EL DURMIENTE DE GORTINA

La humedad se hacía más y más presente a medida que se internaba en las entrañas de aquel laberinto de cuevas, había pasado el punto en el que los arqueólogos apuntaban y señalaban la peligrosidad de las estancias, recorrido más extensión de la que posiblemente habían cubierto y, ahora estaba completamente segura, llegado a una sección del entramado subterráneo que nadie había pisado en varios cientos, sino aún más, años.

El aire se hacía más pesado, la falta de respiraderos podía suponer un serio problema para ella si continuaba descendiendo sin el equipo adecuado. Lo último que quería era terminar desmayada en algún corredor, privada de oxígeno, diñándola antes de cumplir con su autoimpuesta tarea.

Palpó el área de sus caderas buscando el teléfono móvil que llevaba embutido en el bolsillo delantero del pantalón, lo sacó y arrugó la nariz.

—Sin señal —suspiró—. Sería un milagro que hubiese cobertura aquí dentro, vamos, como para pagarle un plus a la operadora por conseguir lo imposible.

Y no solo no había señal, comprobó con asombro, llevaba allí dentro casi dos horas y media.

—¿A dónde se me ha ido el tiempo?

Había volado, literalmente y el no haber encontrado todavía lo que había venido a buscar empezaba a resultar preocupante.

Miró una vez más a su alrededor. Delante el corredor avanzaba hacia abajo, por detrás quedaba la bifurcación que había tomado, no tenía muchas opciones entre las que elegir, así que siguió adelante. Se obligó a respirar más despacio, a mantener a raya su nerviosismo y también los recuerdos que la devolvían a una época oscura, a otro laberinto muy distinto en el que decían existía la muerte, pero lo que encontró fue algo totalmente distinto.

Arihagne no podía quitarse de la cabeza la imagen de su rostro y lo que había visto en esos ojos. Su primera impresión había sido de horror, las palabras de su padre replicándose en su mente, creando esa imagen dantesca y horripilante, un ser con cabeza de toro y cuerpo de hombre, el Minotauro. Había temido por su vida y había reaccionado de la única manera posible, corriendo y entonces, él la había atrapado, empujándola contra la pared mientras un ensordecedor sonido reverberaba a su alrededor. La había salvado, de un modo altruista, la bestia la había salvado quedando herido en el proceso.

Pero él no era una bestia. Debajo de esa piel de animal había un hombre normal, un rostro en el que unos ojos pardos la miraban con una atención casi infantil, en el que, incluso en la penumbra de la luz de una tea había visto el rastro de cicatrices oscureciéndole y desfigurándole parte de la

mejilla izquierda y el mentón. Pero no era repulsión lo que le había provocado, sino pena, especialmente cuando le empujó, haciéndola caer y su rostro se oscureció con algo parecido a la resignación para finalmente dar media vuelta y marcharse en silencio.

Su reacción fue igual de inmediata, se levantó de un salto, recogió la tela todavía ardiente del suelo y corrió tras él. En su actual situación era mejor su compañía que la soledad de aquel oscuro laberinto, nadie había respondido a sus gritos y empezaba a sospechar que nadie lo haría.

—Espera, por favor...

Él no aminoró la marcha, ni siquiera con la leve cojera que acusaba su caminar, era como si fuese inmune al dolor, como si las heridas que había recibido no importasen. Sus pasos resonaban sobre el suelo creando el retumbar de un sordo tambor, el mismo sonido que había escuchado desde su alcoba tantas veces a lo largo de los años.

—Eras tú... —murmuró para sí, sorprendida y sobrecogida al mismo tiempo. Él continuó su camino, giró a la izquierda en la próxima intersección, luego a la derecha y dos veces más a la derecha—. El camino parece ir en descenso, nos estamos adentrando más y más en el interior de esta peculiar construcción.

Una que, al parecer, estaba llena de trampas.

—Los otros —murmuró deteniéndose en seco, levantó la mirada y, una vez más, corrió para darle alcance—. Había otras personas, siete hombres y seis mujeres. ¿Les has visto? Deben haberse perdido... Al principio escuché sus gritos, pero después...

¿Y si han caído en una de esas trampas? Pensó con repentino horror, ¿acaso este es el motivo por el que nadie salga nunca del laberinto? ¿Qué quién entre en su interior se enfrente a la muerte?

Corrió una vez más para darle alcance, llegó justo a tiempo para verle desaparecer doblando una esquina hacia la izquierda, si no estaba atenta, la dejaría atrás y allí sola, sin duda perecería.

Le dolían las piernas de seguir su ritmo, no estaba acostumbrada a correr y su zancada era casi el doble de la suya. En un desesperado esfuerzo se puso a la par y envolvió un duro y musculoso brazo con sus pequeñas manos.

—¡Espera! —Clavó los talones en el suelo, pero su esfuerzo no fue necesario. En el momento en que lo tocó él se detuvo en seco, esa enorme y grotesca cabeza de toro que cubría la suya giró en redondo y sintió su mirada.

Apartó la tea lo justo para no quemarle y dejó que la luz iluminase una vez más sus rasgos, eliminando así la sensación de estar al lado de un grotesco monstruo.

—Por favor, no puedo caminar tan rápido como tú —resolló sin apartar la mano de su brazo por miedo a perderle de nuevo—. Tienes que ir más despacio.

Él ladeó la cabeza haciendo que esa inhumana capucha se inclinase hacia el mismo lado. La miraba absorto, no parecía sorprendido, ni asustado, parecía mirarla simplemente, mirar... sus labios.

—Puedes entenderme, ¿verdad? —preguntó entonces—. Comprendes mis palabras.

Sus ojos abandonaron su boca y se encontraron con los suyos.

—Los otros, personas como tú y como yo...

Sus rasgos cambiaron ante sus palabras, arrugó la nariz y negó con la cabeza, el primer signo de comunicación.

—¿No? ¿No los has visto?

Se lamió los labios, un gesto tan inocente y al mismo tiempo tan sensual que despertó un inesperado cosquilleo en su estómago. Levantó el brazo al que se había sujetado y vio como lo

movía en dirección al lugar por el que habían venido.

—¿Los has visto? ¿Están por allí?

Sus labios empezaron a moverse, parecía querer decirle algo, pero las palabras no surgían. Sonidos ininteligibles brotaron de su garganta, alguno creyó reconocerlo como una vocal suelta, pero no eran palabras.

—No puedes hablar, ¿es eso?

La frustración pareció cubrir su rostro, bajó la cabeza y esa horrible máscara bajó en el proceso cubriéndole la cara.

—¿Qué te han hecho? —murmuró más para sí misma que para él.

No podía evitar sentir lástima por él, preguntarse cuánto tiempo llevaba ahí dentro, si su mente estaría dañada. Y más importante aún, ¿de dónde había salido ese grotesco manto?

Miró a su alrededor, empezaba a dolerle el brazo de sujetar la antorcha, pero no se atrevía a cambiarla de mano por temor a que, al soltarle, él la dejase sola.

—Si están aquí, es posible que estén perdidos...

Un bajo bramido resonó haciendo eco en los solitarios pasillos, levantó la cabeza con gesto aterrado y se dio cuenta de que el sonido había salido de él. Retiró la mano al instante, un gesto automático, pero él la atrapó en el último momento y, sin previo aviso empezó a tirar de ella desandando el camino que los había llevado hasta allí.

Le pareció que el trayecto de vuelta les llevaba menos tiempo aunque no llegaron a pasar por el lugar en el que casi los asaetearon a ambos, sus pasos se detuvieron de golpe ante otro pasillo, uno estrecho en el que la muerte había hecho su hogar.

La bilis le subió a la garganta y, allí mismo, a sus propios pies, vomitó todo el contenido de su estómago.

Muertos, todos estaban muertos, ojos sin vida, bocas abiertas con horror, posturas imposibles sujetas por lanzas que atravesaban sus cuerpos y lo empapaban todo de sangre.

Gimió, el aire se negaba a entrar en sus pulmones, se arrastró hacia atrás, soltándose de su mano, escapando de la atroz y macabra pintura que se representaba ante sus ojos.

Siguió con arcadas, pero en su estómago ya no quedaba nada. No podía sacarse esa imagen de la mente y su presencia la torturaba de maneras inimaginables.

—Oh, Zeus —jadeó llevándose el dorso de la mano a la boca—, oh, Zeus...

Escuchó, más que vio, los pies de ese enigmático extraño avanzando de nuevo, abandonándola allí en medio del horror, aquello fue suficiente para que se levantase a trompicones, avanzase pegada a la pared, luchando por seguir y no quedarse allí a solas con la muerte.

—Espera... por favor, espera... —lloró ahora desesperada—. No me dejes aquí, te lo ruego...

Cuando pensaba que lo perdería, que no la esperaría, descubrió su figura al final del próximo corredor. Se le encogió el estómago, desde aquella distancia y envuelto en la penumbra veía al Minotauro, el ser que su padre había retratado, mitad hombre mitad toro. No era más que un espejismo provocado por las sombras y la piel que llevaba a modo de coraza, pero el miedo que infundía su silueta era demasiado real.

—Nadie sale del laberinto una vez que penetra en él, ¿verdad? —musitó obligándose a dar un paso, luego otro, siempre con la mirada puesta en esa pesadilla que enfrentaba ahora—. Lo que se dice es cierto. No eres tú quién los devora, no son sacrificios los que se ofrecen para aplacar a los Dioses, es este lugar, esta construcción diabólica.

Se detuvo al llegar a su altura.

—Es el laberinto.

Volvió a ver sus ojos bajo la piel del toro, su mirada limpia, inocente como la de un niño.

—Entiendes mis palabras, ¿no es así?

Él asintió lentamente, tan despacio que casi podía habérselo imaginado en esa penumbra.

Extendió las manos hasta posarlas en sus brazos, había perdido la tea por el camino, pero él llevaba ahora una.

—Dime, ¿hay alguna forma de salir de este lugar? —preguntó con el corazón encogido—. Por favor, necesito volver a palacio, necesito volver...

Él se la quedó mirando en silencio.

—Soy Arihagne, la princesa Arihagne —insistió—. Yo no debería estar aquí, nunca debí venir aquí abajo... Todo ha sido un error...

La cicatriz se hacía más profunda cuando arrugaba la nariz, contrayendo el rostro en una máscara igual de grotesca que la de la piel de Toro.

—A... rri...

El escuchar algo parecido a la palabra surgiendo de su boca la sorprendió y animó al mismo tiempo.

—Arihagne, sí —repitió esperando que su nombre, que su posición significase algo para ese hombre—. Tengo que volver a palacio, si no me encuentran en la mañana se preocuparán... Por todos los dioses, ni siquiera sé si es de día o de noche en este lugar.

Ajeno a su perorata él seguía intentando pronunciar algo que tuviese similitud con su nombre.

—A-rri-hag-ne.

Aquello era lo más parecido que podía llegar a pronunciar con esa voz oxidada, carente de uso. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí abajo? ¿Cuánto tiempo había estado en silencio, con la única compañía de sí mismo?

—Ayúdame, por favor —le suplicó aferrándose con más fuerza a sus brazos, el músculo que encontraba bajo sus dedos no correspondía con alguien que viviese encerrado toda su vida—. Tengo que salir del laberinto.

Volvió a lamerse los labios, la contempló durante unos momentos más y por fin se decidió a moverse. No sabía si le había entendido, si había una forma de salir de ese lugar, pero lo único que podía hacer por ahora era seguirle.

Aspiró con fuerza, las lágrimas le empañaban el rostro y le costaba llevar aire a los pulmones. Sentía tal agobio que no podía dar un solo paso más, se apoyó contra la pared, se rodeó con los brazos y luchó por sobreponerse a la congoja mientras pequeños hipidos escapaban entre sus labios.

Habían pasado mil años, pero para ella era como si hubiese sucedido ahora mismo, como si cada uno de esos malditos nueve años estuviesen allí, al alcance de la mano y pudiese traerlos al presente como si nada.

Pero, eso era el pasado, su vida ahora era otra, su presente era otro y tenía verdaderas dificultades para conciliar ambos. La Ariadne que había sido en el pasado no tenía nada que ver con la mujer que era ahora mismo, aunque sus inquietudes eran las mismas; liberar a un hombre de la prisión en la que se encontraba.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre, su desesperación hizo eco en las paredes, extendiéndose más allá, devolviéndole el sonido como si necesitase un recordatorio de su presencia en aquel lugar.

Las primeras arenillas se escurrieron bajo sus pies, otras cayeron sobre su cabeza y levantó la mirada hacia el techo, limpiándose los ojos con el dorso de la mano. Tenía que moverse, no podía

quedarse allí quieta y lloriqueando, esos pasadizos eran peligrosos.

—Asterión —musitó ahora, pasándose las manos por el pelo con gesto desesperado—. ¿Dónde estás?

Optó por seguir adelante y rogó que aquella no se convirtiese también en su tumba.

MI LUZ EN LA OSCURIDAD

¡Asterión!

Su corazón dio un vuelco, abandonó su lento caminar y golpeó con mayor fuerza en sus pulmones, cada una de sus terminaciones nerviosas saltó a la vida, sus pulmones volvieron a recuperar su funcionamiento y su cuerpo, sumido en el sopor de aquella divina droga empezó a emerger de su letargo.

La oscuridad en la que estaba sumido empezó a resultarle asfixiante, la ausencia de luz no había sido un problema hasta que ella entró en su vida y le mostró que había más allá de la penumbra de una tea anclada a la pared. Su voz le había enseñado los colores de la vida, sus manos el calor que podían producir sobre un cuerpo, su presencia lo había alejado de la soledad y le había concedido el cariño y la ternura de la que lo habían privado. Encontrarla aquella primera vez había sido como volver a la vida.

Arihagne.

Ese nombre había resonado una y otra vez al igual que lo había hecho su voz. En aquellos días nunca se cansaba de escucharla. Era tan cálida, tan musical, ponía la nota de color en la oscuridad en la que llevaba tanto tiempo metido. Desde que padre se fue, las palabras habían dejado de tener importancia, pero ahora, ahora quería recuperarlas y pronunciar ese nombre que daba identidad. Quería decirle: *Yo soy Asterión*. Solo que iba a necesitar más que unos pocos sonidos para que ella le comprendiese.

Arihagne.

No, ella no debía estar allí, su luz era demasiado fulgurante para la oscuridad del Inframundo, ella pertenecía al mundo de los vivos, pero, ¿cómo devolverla a él?

Avanzó con paso firme, orientándose como siempre lo hacía, con los planos que ya estaban grabados en su memoria. Sus dedos se cerraban alrededor de la suave piel, un tacto que no olvidaría mientras los dioses le permitiesen seguir con vida. La condujo más y más profundo, hacia las entrañas de aquel lugar, evitando los pasillos con trampas hasta alcanzar el centro de la laberíntica construcción.

La sala se abrió ante él con una riqueza que contrastaba con la oscuridad de los previos pasillos. Mientras fuera todo era piedra gris y frialdad, aquí dominaban los mosaicos en las paredes, los frescos en el techo, escenas de batallas entre los dioses, le había dicho su padre una vez, un recordatorio de su divinidad. En el mismo centro se encontraba un óvalo de agua limpia que nunca se terminaba, una corriente en continuo movimiento que no permitía reflejarse, pero que

calmaba la sed.

Cuatro entradas presidían cada uno de los lados, llevándote al intrincado laberinto, un jergón que siempre contenía paja limpia le servía de lecho en uno de los laterales, aquella era la entrada al mundo de los vivos, le había dicho su padre una vez, una que él debía custodiar.

—Esto es...

Las palabras de Arihagne lo hicieron de nuevo consciente de su presencia, soltó su mano con reticencia y colocó la tea en uno de los cuatro soportes de la pared que ya estaban encendidos. Ella se quedó quieta, jadeando por el esfuerzo de caminar y mirando a su alrededor como si no pudiese creer lo que estaba viendo.

—Esta habitación... —Giró sobre sí misma y empezó a caminar hacia una de las paredes—, los mosaicos, estas imágenes, los adoquines del suelo... Todo está como en el palacio.

La siguió con la mirada, sus palabras se hacían confusas, le costaba entender lo que decía, pero poco importaba. Allí, bajo la luz, ella era incluso más asombrosa de lo que había pensado. Su pelo era mucho más vibrante, su piel de un blanco immaculado y esas gemas violetas en sus ojos no tenían parangón.

Sintió un tirón en la entrepierna, la boca empezó a llenársele de saliva y se sorprendió ante algo que no había experimentado antes.

—Es exactamente igual... o no —murmuró vagando de un lado a otro, mirando con atención a su alrededor—. Ese mosaico, la escena no es...

Dio un par de pasos atrás, poniendo distancia entre la pared y ella, suponía que estaba admirando la escena que representaba. Él la conocía de memoria, lo que representaba, cada uno de los trozos que la componían, dónde estaban más gastados los colores.

—Aquí. —La escuchó musitar y, acto seguido la vio abalanzándose contra la pared—. En el friso del palacio no aparece un toro blanco, sino un ganso.

Vio esos pequeños dedos recorriendo el diseño y, antes de que pudiese relacionar el sordo sonido que escuchó con el característico de las trampas existentes en ese lugar, la habitación empezó a girar, literalmente, sobre sí misma.

—A-ri-hag-ne.

Pronunció su nombre asustado, saltó hacia ella y la envolvió entre sus brazos, mirando frenético alrededor, esperando que algo malo ocurriese, que se activase algún tipo de mecanismo.

«Presta mucha atención a cualquier sonido extraño, Asterión, y espera siempre lo peor».

La habitación dejó de girar tan repentinamente como había empezado, el óvalo del centro que siempre contenía agua comenzó a vaciarse y, al hacerlo, quedó a la vista una escalera en forma de caracol que descendía hacia la oscuridad, una a través de la que soplaba una suave brisa.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te has herido otra vez?

Dejó que sus brazos cayesen lentamente y ella pudiese dar un paso atrás, era tan menuda en comparación con él, tan frágil.

—¿Estás bien?

Su preocupación, la forma en que lo recorrió rápidamente con la mirada y las manos hicieron que diese un paso atrás, alejándose del desacostumbrado contacto.

Asintió lentamente y miró de nuevo hacia el lugar dónde había estado el agua.

—¿Qué es eso? —No pudo detenerla, en un abrir y cerrar de ojos ya se había aproximado al pequeño pasadizo descendente y asomaba la cabeza—. ¡Hay corriente!

Su entusiasmo le pasó desapercibido.

—Tiene que ser la salida —añadió con un frenesí que lo puso nervioso—, pero es tan estrecha.

No sé... sí, quizás yo pueda pasar...

Al ver que se preparaba para bajar se acercó a ella y se lo impidió. Sacudió la cabeza con tanta energía que la cabeza de toro cayó hacia atrás dejándole totalmente expuesto a su mirada.

—A-rrri-hag-ne.

Pronunció de nuevo su nombre. Esperaba que eso fuese suficiente, que expresase todo lo que era incapaz de formular en voz alta.

Ella lo miró con esos ojos violetas, dejó que su mirada paseara por su rostro, por su pelo, viéndole como lo veía padre antes de marcharse.

—Así que este eres tú —murmuró ella. Extendió la mano y resbaló los dedos por su rostro, por su pelo y sonrió. Una sonrisa tan luminosa que rivalizaba con la misma sala—. No eres un monstruo, no son más que cuentos para asustar a una chiquilla. Pero, ¿por qué? ¿Por qué estás aquí? ¿Quién eres? ¿Quién eres realmente?

—No eres ningún monstruo como cuentan —continuó, deslizándose los dedos ahora por el lado de su rostro que estaba desfigurado, aquel que siempre le había acompañado incluso antes de que pudiese recordar—, no me das miedo, ya no.

—A-rrri-hag-ne.

Su contacto era tan tibio, tan agradable, no quería perderlo, no quería perder esa luz ahora que la había encontrado. Pero ella no podía permanecer allí, no podía dejar que una criatura como esta permaneciese por más tiempo en el Inframundo.

Volvió a mirar el pasadizo y escuchó una vez más las enseñanzas de padre.

«Esta es la puerta al mundo de los vivos, Asterión, la única en todo el laberinto que conduce al reino de los mortales».

Cuántas veces había intentado encontrar ese camino, cuántas había elegido una de las cuatro puertas para salir de allí y entrar en ese reino que prometía luz y se había encontrado de nuevo en el mismo centro. La puerta no estaba destinada para él, no le estaba permitido abandonarla, había sido puesto allí para guardarla.

«No dejes que nadie la cruce, no permitas que nadie abandone el laberinto».

Pero Arihagne no pertenecía allí, ella pertenecía a ese otro mundo.

Miró de nuevo el pasadizo, le dio la espalda y cogió una de las teas de la pared para entregársela. Señaló con ella el pasadizo y esperó.

—Gracias —murmuró ella—. Te prometo que, si esta es la salida, volveré.

Su respuesta era lo último que esperaba escuchar.

¿Volver? ¿Al Inframundo? ¡No!

La empujó, obligándola a penetrar en el pasadizo. Tenía que volver al mundo de los vivos, tenía que regresar a su lugar y no volver a internarse jamás ahí dentro, no hasta que llegase su hora.

Vete. Vete y no regreses, Arihagne. Eso es lo que quería decirle, pero no tenía tiempo para buscar su voz, para formular una frase completa cuando apenas podía pronunciar un nombre.

—Dime tu nombre —pidió ella, a pesar de que ya había puesto los pies en el segundo escalón—. No me iré hasta que me lo digas.

Arrugó la nariz, se lamió los labios otra vez y buscó en su mente, rogando que su garganta obedeciera, que lo hiciese pronto de modo que pudiese dejarla ir y no se arrepintiera de ello.

—As-ash-ter...

Se detuvo frustrado. Hacía tanto tiempo que no utilizaba su voz, que esta vivía olvidada.

—¿Ashter?

Negó con la cabeza ante su suposición, entonces levantó la mirada hacia el fresco de la cúpula.
«Tu nombre está escrito en las estrellas, hijo mío».

Señaló hacia arriba, apuntó una de las estrellas más fulgurantes del firmamento, aquella que acunaba una diosa.

—Ashter... As... ¿Asteros? —preguntó de nuevo, mirándole a los ojos.

Cerca, pensó.

—As-ast-ion.

Esos ojos violetas volvieron a mirar el fresco del techo y sus labios pronunciaron su nombre, sin dudar esta vez, como si al fin hubiese comprendido lo que quería decirle.

—Asterión.

«Asterión, mi hijo, mi príncipe entre las estrellas».

Palabras pronunciadas hacía mucho tiempo, una voz ya olvidada, un rostro que se había desdibujado hasta desaparecer por completo de su mente.

—¿Es eso? ¿Te llamas Asterión?

Asintió lentamente, entonces la empujó, señalando el pasadizo.

—Volveré, Asterión —declaró ella con firmeza, ignorando su necesidad de echarla—. No sé cuándo, pero te prometo que volveré.

La vio desaparecer finalmente en el pequeño pasadizo, demasiado estrecho incluso para ella, era del tamaño de un niño pequeño, no lo suficiente grande para alguien de su corpulencia.

Esperó hasta que la luz de la antorcha se desvaneció, aguardó en silencio, esperando escuchar algo, cualquier cosa y ocurrió. Después de un interminable momento de silenciosa agonía, escuchó de nuevo ese característico sonido, la habitación volvió a girar una vez más, recuperando su orientación original y el óvalo volvió a llenarse de agua.

Arihagne había vuelto al mundo de los vivos, lo había dejado solo en aquella agobiante oscuridad y no quería volver a perderla. Necesitaba volver a verla, escuchar su voz, necesitaba...

—¿Asterión?

Su alma pareció suspirar de alivio. Sí, eso era justo lo que necesitaba.

LA PROMESA

El mundo tenía cosas inexplicables, momentos que a menudo se achacaban al destino puesto que no tenían una explicación lógica y este era sin duda uno de ellos.

Ari no podía dejar de mirarle. Debía ser un completo desconocido, alguien tan ajeno a ella que el solo hecho de encontrarle allí debería haberle provocado más miedo e incomodidad que el anhelo y el alivio que sentía en lo más hondo de sí misma.

Se lamió los labios, recorrió rápidamente la sala con la mirada y no vio otra cosa que una caverna vacía, desnuda de cualquier cosa que no fuese la presencia del durmiente. Solo había una entrada, la que quedaba a su espalda y, a juzgar por lo limpio que estaba aquí el aire en comparación a los previos corredores, estaba segura de que tenía que haber algún tipo de ventilación en esa misma cámara.

Vaciló, ladeó la cabeza de un lado a otro, dio un par de pasos más hacia él y volvió a detenerse.

—¿Asterión?

No obtuvo respuesta, ni vocal ni corporal, el cuerpo tendido sobre la dura cama de piedra permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el estómago, las piernas ligeramente separadas y una vetusta túnica marrón que dejaba a la vista unas robustas piernas cubiertas de vello y unas gastadas sandalias conteniendo sus pies. A medida que se acercaba pudo notar en que carecía de rastro alguno de barba, tan solo una breve sombra le manchaba las mejillas, el mentón y el labio superior. Su rostro era de planos duros, masculinos, acariciado por unos mechones de pelo negro que descansaban sobre su frente, el haz de su linterna le fue descubriendo poco a poco cada uno de los planos de la montaña masculina, incluyendo la desigual cicatriz que le cubría buena parte de la mejilla y mentón, un recordatorio de lo que el rey le había hecho cuando era solo un niño.

Le dolió el corazón ante el recuerdo, ante la incompreensión que había existido en sus ojos cuando ella le preguntó por el origen y él se lo contó. Poco a poco, sin darse cuenta, se fue acercando hasta quedar de pie a su lado, tan cerca que podía tocarle.

Pero no lo hizo, tampoco dijo otra palabra, no podía, los ojos habían vuelto a llenársele de lágrimas, tenía tal nudo en la garganta que le impedía hablar e incluso tragar. Empezó a temblar, al principio fue un estremecimiento, pero después apenas podía sostener correctamente la linterna.

—Oh... Dios...

Jadeó, se llevó las manos a la boca y ahogó un sollozo mientras le miraba.

Estaba ahí, delante de ella, tan real, tan cercano y no se atrevía ni a tocarle, no sentía que tuviese derecho, la culpa, una agónica y fuerte culpa la refrenaba.

«Te estaré esperando al otro lado de la puerta».

Le había prometido que todo iría bien, que lo esperaría del otro lado y por fin tendrían la vida que ambos se merecían, caminarían bajo la cúpula del cielo, sintiendo el aire en el rostro, escuchando el sonido de las olas al romper contra la costa.

Aquella primera vez, después de que la ayudase a salir de allí, le había prometido que volvería a él y estaba decidida a cumplir dicha promesa. Ese primer contacto con la oscuridad y la maldad que se escondía en las entrañas del palacio de Cnosos no era nada en comparación a la crueldad que se daba día a día en el mundo en el que vivía.

Transitar por el estrecho pasadizo había sido como encarar a su propia muerte, la asfixiante necesidad de salir de allí la había llevado a rasparse contra las paredes, a sucumbir al llanto y a la desesperación mientras caminaba y caminaba sin que pareciese llegar jamás al final. Había llegado a pensar en volver sobre sus pasos, a reunirse de nuevo con él, pero la brisa que le acariciaba el rostro le daba esperanza y avanzó sin descanso.

La pared que encontró al final del interminable corredor supuso un hálito de esperanza, especialmente cuando el mecanismo oculto en el mosaico cedió bajo sus dedos y esta se abrió, rozando contra el suelo, dejándola entrar en esa sala idéntica dentro de palacio; la que conocía realmente bien.

El sol se asomaba ya a través de los arcos, jugaba entre las columnas y teñía de luz el nuevo día cuando por fin logró llegar a uno de los pasillos principales. Tuvo el tiempo justo para respirar y soltar un aliviado sollozo antes de escuchar los primeros trajines de los esclavos moviéndose por el palacio. Huyó hacia sus aposentos, cerró la puerta tras de sí encontrándose por fin en la conocida seguridad de su infancia y, por primera vez desde que todo hubiese dado comienzo, lloró.

Oh, conocía la historia, a pesar de que en palacio estaba prohibido hablar sobre ello, había escuchado la vergüenza que intentaba ocultar su padre, la infidelidad de su reina con el así llamado Toro de Creta y lo que se decía que había nacido de esa unión; el Minotauro.

Invenções, fábulas, calumnias, nada de aquello era real, no había ningún monstruo encerrado en el laberinto, no había ningún ser que se alimentase de carne humana, allí dentro solo había un muchacho, un hombre joven con la mirada inocente de un niño, alguien a quien se le había arrebatado su infancia, su vida y la posibilidad de caminar bajo la luz del sol.

Lo que empezó como una fugaz visita en plena noche para volver a verle, se convirtió en una rutina que se extendió día tras día, mes tras mes y continuó por años. En aquella oscuridad ella encontró luz, una luz completamente distinta a la que conocía, bajo la que vivía y en su propia luz, descubrió más sombras de las que debía conocer una joven de su edad.

Asterión se convirtió no solo en su amigo, sino en su confidente, disfrutaba con su presencia, enseñándole lo que sabía, lo que veía cada día, compartiendo con él cada pedazo de su vida y haciéndole parte de ella. Con tesón y paciencia había conseguido que volviese a hablar, a comunicarse, año tras año se veían, se consolaban mutuamente e iban tejiendo un vínculo que sabía no rompería ni la misma eternidad. Atrás quedaba ya el miedo, el cada vez más convulso reino y la despótica actitud del rey.

—Háblame de lo que ves cada día, Arihagne, déjame que vea a través de tus ojos el mundo de los mortales.

Sus peticiones a menudo giraban en torno a los anhelos que tenía, a una vida olvidada, una que

ella tenía que asegurarle una vez sí y otra también que era la suya.

Al principio, su forma de construir las frases había sido tan errática que no había comprendido lo que quería decirle con «*visitas a los muertos demasiado a menudo*». Él creía que vivía en el Hades, que aquel laberinto era el lugar de tránsito de una vida a la otra.

Saber que creía vivir en un interminable purgatorio, a las puertas del Inframundo, la había hecho llorar, había hecho que lo abrazase y lo mantuviese por primera vez cerca de ella, lo suficiente como para que esa cercanía se repitiese una y otra vez con el paso de los años.

—Te sacaré de aquí, Asterión, encontraré la manera de sacarte de este lugar y llevarte al mundo de los mortales —le decía en el abrigo de sus brazos—. Verás de nuevo la luz del sol, podrás caminar bajo las estrellas y yo caminaré contigo.

Fue imposible eludir el amor. Nacido de la convivencia, de la cercanía y la íntima confianza se había aferrado a sus corazones y le había dado la fuerza necesaria para rechazar, uno tras otro, año tras año, a los candidatos presentados por su padre.

—¡No puedes rechazar a todos tus pretendientes!

—Puedo y lo hago, padre mío —respondía siempre con serena calma—. Pues ninguno está a la altura de convertirse en el próximo rey de Minos.

Pero su padre no se rendía, invitaba a palacio a los príncipes de las distintas regiones, aquellos que según él, se merecían su mano. Los instaba a la seducción si con ello conseguían por fin conseguir su mano, pero todos se encontraban siempre con la misma seductora y fría respuesta.

—¿Acaso serías capaz de entrar en el laberinto y matar al Minotauro por mí? —preguntaba con voz sensual, mostrando sus encantos de mujer—. Tráeme su cabeza y seré tu esposa.

Ninguno de los pretendientes que acarreaba su padre hasta palacio parecía tener la valentía suficiente como para llevar a cabo tal hazaña y terminaban yéndose como habían venido.

Sin embargo, estaba segura de que no podría mantener ese desafío por mucho tiempo más. Con el paso de los años el pasadizo parecía estrecharse, ya no tenía el cuerpo de una niña y su voluptuosidad pronto pondría fin a transitar por aquel camino.

—Estás muy callada, Arihagne.

Desnuda, tendida sobre el cuerpo de su amado y amante, intentaba buscar la solución a la promesa que le había hecho por primera vez hacía ya nueve años.

—El silencio me ayuda a pensar.

Sintió esas duras y grandes manos acariciando su cuerpo, despertando de nuevo el febril deseo que ese hombre provocaba en ella. Sus cópulas a menudo eran salvajes, como las de dos animales en celo, pero no podía hacer menos que disfrutar de ello. Era como si él tuviese en su cuerpo el espíritu del toro de Creta, de un potente semental y ella fuese una ternera dispuesta a ser tomada por él.

Se desperezó lánguida, deslizó la mano entre sus piernas y acarició el duro miembro erecto.

—Cuando haces eso mis pensamientos vuelan, *agapi mou*.

Sonrió traviesa, se lamió los labios y gateó sobre su cuerpo, capturando sus labios, bebiéndose su gruñido cuando le condujo al interior de su sexo, cabalgándole con sensual arrebato.

Le deseaba demasiado, le quería demasiado y no podía evitar pensar en que el tiempo se les acababa.

—Pronto llegará el tiempo en el que Atenas deba hacer otro de sus tributos —murmuró sin dejar de acariciarle—. Y será el último, Asterión, no habrá más sacrificios para el Minotauro, no habrá más víctimas inocentes pagando por la perversidad y locura de un rey demente.

—Arihagne...

Le cubrió los labios con los dedos y movió las caderas, llevándolo más profundo, arrebatándole el control.

—Verás de nuevo la luz, amor mío, te lo prometí hace ya nueve años y cumpliré mi promesa.

—Tú eres toda la luz que necesito, princesa —gruñó levantándola, girándola sobre el jergón para volver a introducirse en ella desde atrás y montarla a placer—, tú y solo tú.

Los dioses sabían que había estado dispuesta a liberarle de esa cárcel, de ese laberinto, pero no había podido llevar a cabo su promesa.

—Lo siento... —balbuceó—. Lo siento tanto. Me equivoqué y tú pagaste por mis errores... No quería dejarte allí, no quería irme... Te juro que no quise abandonarte... no pude quedarme contigo... no me dejaron, Asterión, no me dejaron...

Rompió a llorar, todo el dolor brotó en forma de lágrimas, la distancia que interponía su propia culpa se vino abajo y le abrazó. En el momento en que le tocó las previas dudas que la habían asaltado en esa última semana se esfumaron como si no hubiesen existido, ya no le quedaban dudas, ninguna que la hiciese replantearse si estaba haciendo lo correcto o se había embarcado en alguna estúpida caza del tesoro fantasma. Él era real, estaba allí, podía sentirle, notar la dureza de su cuerpo, la calidez de su piel, incluso notó la suave respiración que hacía elevar y bajar su pecho.

—A-Aste-rion. —Hipó, luchando por que le saliesen las palabras. Se incorporó, llevó una temblorosa mano a su rostro, deslizó los dedos sobre la cicatrizada piel y se inclinó sobre él—. Asterión, despierta. Estoy aquí. Soy yo, soy Ari... eh... Arihagne.

Esperó, sus ojos fijos en su rostro, en las largas pestañas que descansaban sobre sus pómulos, pero no obtuvo respuesta.

—¿Puedes oírme? —Lo sacudió suavemente, pero mover semejante cuerpo era como mover una montaña—. Por favor, abre los ojos. Estoy aquí...

Lo observó atentamente, esperando, deseando ver esos ojos claros mirándola como antaño.

—¿Asterión?

No hubo respuesta. Lo recorrió una vez con la mirada, sin saber qué hacer. Miró hacia atrás y empezó a ser consciente de nuevo de dónde estaba, de cómo había llegado allí y la angustia hizo presa de ella.

—No... no puedo... —Se giró de nuevo hacia él, se lamió los labios y se obligó a mantener la calma—. No, está bien. Todo está bien. Yo... pensaré en algo...

Miró una vez más la gruta que los rodeaba, sintió esa corriente en el rostro y se llevó la mano al bolsillo para sacar de nuevo el móvil. Todavía no tenía cobertura.

—Mierda.

Se inclinó sobre él, le apartó el pelo de la frente, admirando ese rostro que no había visto en muchas vidas y reconociéndolo como si aún lo hubiese visto ayer.

—No voy a dejarte aquí, esta vez no —negó con firmeza. Se incorporó y le dio la espalda sin dejar de tocarle—. ¡Zeus! ¡Sé que estás ahí! ¡Te necesito! ¡Asterión te necesita!

Esperó, mirando de un lado a otro frenética, esperando que el Dios la escuchase esta vez. Después de todo había sido él quien la había enviado allí.

—¡Maldita sea, Padre! ¡Es que no puedes escucharme una sola vez para variar?

—Siempre te he escuchado, *Arihagne*, aunque no lo creas, siempre te he escuchado.

Dio un salto al escuchar la voz del hombre que se había presentado la semana anterior en su despacho, se giró y allí estaba, al otro lado de la cama de piedra, contemplando a su hijo.

—No se despierta.

Él se limitó a asentir sin dejar de mirar al joven.

—¿Por qué no se despierta?

Levantó la cabeza y la miró.

—Porque todavía no es la hora —declaró con una tranquilidad y sencillez que le entraron ganas de quitarse una bota y lanzársela a la cabeza.

—¿Cómo que no es la hora? ¿De qué demonios hablas?

Se limitó a acariciar la mejilla marcada de su hijo e hizo una mueca.

—Podría arreglar esto, si lo deseas.

Su respuesta fue inmediata y protectora, le apartó la mano y abrazó el cuerpo masculino de forma protectora.

—No le toques.

Él enarcó una ceja y esbozó esa irónica sonrisa.

—Sí, da igual las vidas que pasen, sigues siendo una verdadera princesa cretense, dispuesta a sacrificarte por aquellos que amas.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no se despierta?

—Porque todavía no sabe que estás aquí —replicó sin más—. O quizá si lo sabe y, sencillamente, todavía no ha llegado el momento de despertar.

Sacudió la cabeza.

—Tienes que sacarle de aquí. —Cambió de táctica y señaló el lugar por dónde ella había venido—. Yo no puedo regresar por ahí... Ni siquiera sé cómo demonios he llegado y lo más seguro es que acabe en algún callejón sin salida o bajo un derrumbe antes de que pueda salir y pedir ayuda.

—Es más probable el caso del derrumbe.

—Zeus...

—Ahora que había conseguido que me llamasen Padre... —chasqueó él.

—Sácale de aquí, sácanos a ambos y te adoptaré si hace falta.

Sonrió, mostrando una inmaculada dentadura.

—Eres una humana de lo más divertida, *Arihagne*, creo que me gustas más en esta encarnación que en todas las previas.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—No voy a preguntar.

—Bien, yo tampoco tenía intención de responder —declaró—. Espero que tengas una buena historia que contar, querida, porque la vas a necesitar.

El inesperado retumbar de un trueno hizo que se encogiese sobre sí misma y cerrase los ojos, cuando volvió a abrirlos la caverna había desaparecido y su entorno se había convertido en la sala de urgencias de un hospital.

—La madre que te... —jadeó, incapaz de hacer otra cosa. Se tambaleó, giró sobre sí misma incapaz de procesar lo que había pasado y olvidándolo en el momento en que vio a su amado tumbado sobre una camilla—. Un médico... —se giró de nuevo y alzó la voz—. ¡Necesito un médico!

LUZ ENTRE TINIEBLAS

—Buenos días, Ari.

Sonrió a la enfermera y pasó a su lado para cambiar las flores del jarrón colocado en la ventana.

—Buenos días —replicó quitando el ramo marchito para entrar en el baño y lavar el recipiente antes de llenarlo otra vez y volver con él a la habitación.

Echó un fugaz vistazo al hombre que descansaba en la cama de hospital, su semblante seguía sereno, su cuerpo inmóvil, sin que diese señal alguna de que fuese a despertar.

—¿Cómo sigue?

La mujer, que estaba cambiando el suero, señaló al tranquilo paciente.

—No ha habido cambios en su estado, querida —le informó—. Sigue en su particular mundo, sin querer salir de él.

Terminó de colocar las flores y cruzó la habitación, bajó la barra anti vuelcos de la cama y le cogió la mano como tantas otras veces. Su contacto le daba fuerzas, hacía que tuviese esperanza en que despertaría, que volvería a abrir los ojos y al verla la recordaría.

—¿No te despiertas porque estás enfadado conmigo? —preguntó en voz baja—. Sé que piensas que te traicioné, que cuando te prometí que te sacaría de allí, que nos iríamos... eran solo mentiras. Pero te juro que no fue así, Asterión, todo lo que te dije, cada una de las palabras, la decía completamente en serio.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Fui demasiado crédula, demasiado confiada, pensé que... pensé que ser la princesa de Creta me daba poder para cumplir cada uno de nuestros deseos. Aún hoy, en esta nueva vida, me doy cuenta de que con solo creer que puedes hacer algo, tus deseos se hacen realidad y no siempre es así. La mayoría de las veces no es así, pero eso no me detiene, ni tampoco me hubiese detenido entonces...

No, no había mentido en sus palabras, solo había sido ilusa, confiada al pensar que todo iría como había esperado, que ese guerrero griego la ayudaría. Pero Teseo tenía un motivo propio para presentarse como parte del envío de sacrificios que debía enviar el rey Egeo a Atenas, así como para hacerlo bajo una identidad falsa.

Aquella era la tercera vez que la vencida ciudad tenía que pagar tributo y el joven príncipe estaba decidido a ponerle fin. Oculta su identidad, Arihagne sólo vio en él a un joven amable, un inocente que perecería ante las trampas del laberinto. Sus breves conversaciones con él la

llevaron a confiar en el joven, a tenerle estima y a juzgar por la manera en que la miraba, no era lo único que él sentía.

«Como todos solo ven a la princesa de Creta y no a la verdadera mujer».

Solo había una persona que la veía por lo que era, que no anhelaba lo que podía obtener a través de ella y ese hombre permanecía encerrado en ese maldito laberinto.

—Estás muy callada, alteza.

—No me llames alteza, Teseo, soy Arihagne, para ti quiero ser sólo Arihagne.

—¿En qué piensas?

—En que nada de esto es justo, en que no hay necesidad de enviar inocentes al laberinto para alimentar a la bestia.

Su voz sonó irónica, desencantada, pues era una bestia muy distinta la que se cobraba sus víctimas, una que no se alimentaba para sobrevivir sino para ejercer de carcelero. El laberinto era la verdadera bestia, el único con sed de sangre, la única cárcel para alguien cuyo único pecado había sido nacer.

Su padre no hacía más que ocultar la vergüenza de la reina mientras exhibía la suya con las mejores galas, ofreciéndola como premio a aquel que la quisiera desposar.

Para él, no era más que otra de sus posesiones con las que poder comerciar.

—Todo se acabará cuando la bestia sea vencida.

Sus palabras la llevaron a mirarle.

—¿Qué quieres decir?

—Si venzo al Minotauro, el reinado de terror del rey llegará a su fin.

Se levantó de golpe.

—Estás hablando de mi padre.

La recorrió con la mirada.

—¿He juzgado mal y tenéis las mismas ambiciones que él?

Se vio reflejada en sus ojos, su mirada tan decidida como la suya.

—No.

—En ese caso, ¿qué otra cosa podría hacerse sino es acabar con aquello que le da poder?

—¿Estarías dispuesto a dar muerte al Minotauro? ¿Librarías a Cnosos de un bestial rey?

—Sí, lo haría.

—¿A cambio de qué?

Sonrió, cogió su mano y se la llevó a los labios.

—De tu mano en matrimonio.

Parpadeó ante la osadía de aquel joven.

—¿Por qué habría de consentir?

—¿Qué motivo tenéis para no hacerlo?

Demasiados, pensó.

—De acuerdo, liberad al laberinto del Minotauro y me casaré contigo —aceptó.

No le gustaba engañarle, quería confiar en él, pero su seguridad y el porte en ese hombre seguía teniendo algo extraño, estaba segura que, como ella, había cosas que no decía.

Y esas cosas llegaron con precisa revelación aquella misma noche, mientras recorría envuelta en telas oscuras los dos pasillos de palacio para encontrarse con Asterión y ponerle al tanto de lo que estaba ocurriendo allí fuera.

—Teseo.

Reconoció la voz de su hermana Fedra y se quedó inmóvil, pegada a la pared. ¿Qué hacía

Fedra allí y a esas horas? Ella nunca dejaba sus aposentos después de la medianoche.

—Mi princesa —Escuchó el tono de voz de alguien que conocía, alguien que había llegado a palacio haciéndose pasar por otra persona—. Pronto acabará todo, unos días más y zarparemos de regreso y esto quedará atrás como una mala pesadilla.

—No quiero quedarme más tiempo aquí, no puedo soportarlo, nadie parece saber que existo, madre está como ida, padre está sumido en su propia locura. Llévame, llévame lejos, Teseo.

—Pronto, amor, pronto —prometió—. Si no libro primero al reino del yugo del poder de Minos, nadie en Creta será verdaderamente libre. No dejaré que más inocentes alimenten a una bestia inmundada. La mataré y partiremos juntos de aquí.

Arihagne no podía sino escuchar aquellas palabras con asombro. El hombre que le había declarado amor, que había pedido su mano tenía amoríos con su hermana. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué le había dicho todo aquello si estaba enamorado de su hermana? ¿Cuáles eran sus verdaderos planes?

Echó un último vistazo hacia el pasillo y esperó a que ambos se retirasen para salir de su escondite y continuar su camino.

—Volveré dentro de un rato para cambiarle el suero.

Las palabras de la enfermera la arrancaron de sus recuerdos.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes —le aseguró.

—Lo sé, cariño, pero ese es mi trabajo —le guiñó el ojo y salió dejándola a solas con él.

La puerta se cerró tras la enfermera y aprovechó para sentarse en el borde de la cama, le cogió la mano, algo que había empezado a considerar completamente natural, incluso necesario cada vez que estaba en aquella habitación de hospital y se la acarició con el pulgar.

—Me gustaría que te despertases —murmuró mirándole, contemplando su rostro, grabandoselo como si temiese que mañana no estuviese en esa cama y lo perdiese otra vez—. Me gustaría escuchar tu voz, oírte decir mi nombre, saber... si tan siquiera eres consciente de que estoy a tu lado.

Llevó su mano con cuidado hacia su mejilla y cerró los ojos, recreándose en su contacto.

—Tenía que haber supuesto que no existían los héroes... —musitó más para sí que para él—. Que todo el mundo tiene una motivación oculta para hacer las cosas y que el altruismo no fue precisamente creado por los dioses como un regalo para la humanidad.

Se había equivocado, había confiado en la persona equivocada, en su necesidad de encontrar una respuesta, una forma de llevar a cabo su promesa, había pasado por alto lo más importante de todo; que no podía confiar en nadie. Pero ya no le quedaba tiempo, aventurarse a través de aquel pasadizo secreto empezaba a resultar cada vez más difícil, se veía obligada a ir mucho más despacio, a contorsionarse en algunos tramos para poder pasar y no siempre conseguía salir sin arañazos y raspones que luego debía ocultar de la vista de sus doncellas. Era ahora o nunca.

—Estás herida, Arihagne.

Negó con la cabeza.

—No es nada —negó dedicándole una sonrisa que alejase sus propios temores—, es un pequeño precio a pagar por venir a ti.

—No puedes seguir usando ese pasadizo, te causa daño.

Ella asintió y dio un paso atrás.

—No volveré a hacerlo, en pocos días ya no hará falta —le aseguró y le contó todo lo que había ocurrido. Le habló de Teseo y como se había presentado voluntario, así como el plan que había ideado para conseguir sacarle de allí.

—No sé cuál será realmente su motivación, que lo habrá traído hasta Creta ni cuál es su verdadera identidad, pero estoy segura de que es algo más que un simple soldado, pero si lo que le dijo a mi hermana es verdad pienso aprovechar su decisión para sacarte de aquí.

—Nadie entra en el laberinto y sale con vida de él.

Asintió. Aquello era lo que todo el mundo decía y, eso mismo ayudaría a sacarle de allí.

—Eso es lo que todo el mundo cree, lo que mi padre les ha hecho creer —aceptó—, así que dejemos que sigan creyéndolo y aprovechémonos de esa ignorancia.

Él frunció el ceño ante sus palabras.

—Me encargaré de que Teseo tenga una prenda de buena suerte, un favor de la princesa de Creta, algo que le permita salir de aquí y llegar a las puertas del laberinto —le informó—. Mi madre me entregó, antes de marcharse, un ovillo de hilo que nunca se termina.

—¿No se termina?

Negó con la cabeza.

—Y nadie, que no sea el mismo que lo ha atado, puede deshacer sus nudos o cortarlo —añadió, poniendo en voz alta sus pensamientos—. Sugeriré a Teseo que lo ate a la puerta, de ese modo no se cerrará y podrá utilizarlo para marcar su camino dentro del laberinto y salir después de él.

—Nadie sale del laberinto —insistió él—. Hay demasiadas trampas, ni siquiera yo sé dónde están todas... Sabes que la bestia es traicionera.

Asintió y le tomó las manos.

—Lo sé, tú me lo has enseñado —aseguró, dejando claro que entendía su preocupación—. Por eso mismo debes encontrar a Teseo y seguir el rastro del hilo que él deje a su paso.

—No sé si podré...

Le cubrió los labios con dos dedos.

—Te estaré esperando al otro lado de la puerta —lo atajó—. No me moveré de allí hasta que llegues a mí.

Le cogió la mano y le besó los dedos.

—Arihagne.

Correspondió a su caricia besándole la palma.

—Quiero una vida contigo, Asterión, una vida bajo el sol y las estrellas —aseguró mirándole—. Todo lo que tienes que hacer es esperar a Teseo, escrútale desde las sombras, evita su espada, evita una pelea innecesaria. Tú no eres el monstruo que todos ellos creen, nunca lo has sido. Es hora de dejar a *Padre* en su laberinto y regresar al mundo de los vivos.

Le costó asentir, aunque lo hizo al final.

—¿Cómo sabré quién es ese Teseo?

—Llevará no sólo mi ovillo sino una espada dorada que yo le entregaré. Es un arma forjada por los dioses, su mordida es letal para un ser mortal, puede cortar cualquier cosa excepto la piel de tu padre —lo previno—. No te enfrentes a él, solo encuentra el ovillo y vuelve a mí. Te estaré esperando.

Sacudió la cabeza, se levantó de la cama y le dio la espalda con gesto dolido, enfadada consigo misma y con la ingenuidad que había esgrimido hacía tanto tiempo.

—No, no existen los héroes.

NO EXISTEN LOS HÉROES

Un día daba paso a otro, una semana a la siguiente y un mes al próximo, Ari no pudo evitar reparar en la forma en que caían las hojas al otro lado de la ventana de aquella habitación de hospital. Volvió la mirada y reparó de nuevo en él, tumbado en esa cama, con los ojos cerrados, ajeno al paso del tiempo.

—Pronto se cumplirá otro mes —musitó con palpable tristeza—. Ni siquiera entonces el tiempo pasaba tan despacio, los días no se hacían tan largos porque sabía que antes o después podría verte.

Ni siquiera en el pasado habían podido estar juntos si no era a escondidas, robándole al tiempo, arañando esos momentos que podían estar juntos.

—Hoy he tenido una llamada de atención del rector y he tenido que inventarme una historia que ha hecho que me replantee la profesión que he elegido —murmuró, necesitando decir algo, cualquier cosa que llenase ese silencio entre ellos—. Más que profesora, debería haberme convertido en escritora de ficción.

Hizo una mueca al recordar la cara del hombre y cómo había mostrado sus dudas sin decir una sola palabra.

—No voy a poder pasarme tanto tiempo en el hospital como ahora, pero eso no quiere decir que vaya a dejarte aquí solo, ¿me oyes? —se inclinó sobre él—. No es una excusa para abandonarte. Sencillamente, no puedo dejar de trabajar. Las facturas no se pagan solas, el alquiler tampoco... aunque pronto tendré suficiente para poder comprarme una casita que he visto a las afueras. No es gran cosa, pero con alguna reforma sé que podrá ser un hogar...

Las palabras se fueron apagando hasta que se quedó en silencio.

—Este es otro mundo, uno muy distinto del que tú y yo conocimos —continuó. Eso había sido algo en lo que había estado pensado en los últimos meses, la dualidad en la que había vivido cada vez que entraba en esa habitación de hospital y se encontraba con él—. Aquí los monstruos no están encerrados en laberintos, campan a sus anchas por las calles, se esconden entre nosotros y muchas veces fingen ser cosas que no son. En esta época los reyes no van a la guerra, se sientan detrás de sus escritorios jugando al *Risk*, las reinas salen en los programas de corazón y las princesas ya no escuchan las voces del pueblo, solo las de aquellos que cumplen sus caprichos.

Dejó escapar un suspiro, sacudió la cabeza y lo miró.

—Pero todavía hay cosas por las que merece la pena salir —añadió deslizando el dedo por su mejilla—. Las puestas de sol son preciosas, el mar es de un hermoso y profundo azul y existe algo llamado helado de chocolate que es incluso mejor que la Ambrosía de los Dioses.

Respiró profundamente, se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Nunca te deseé mal alguno, Asterión, me moriría antes de permitir que alguien te hiciese daño —susurró y esperaba que solo fuese para sus oídos, que la estuviese escuchando de algún modo—. No sabía quién era él, no sabía que era el príncipe de Atenas y que su plan era derrocar al rey. No creí que haría lo que fuese para vengarse, no sabía que el hombre que vi, en quién decidí erróneamente confiar que serviría a mi propósito de sacarte de allí, solo tenía deseos de añadir una muesca más a su lista de conquistas.

No, sus intenciones habían sido tan poco honestas como las de Teseo, ella misma estaba dispuesta a utilizar a alguien a quién sencillamente creía un joven guerrero dispuesto a luchar por su vida y cuando se dio cuenta de ello, ya era demasiado tarde.

El amanecer había llegado con un tono rojizo que presagiaba muerte y ella no necesitaba consultar al oráculo para saberlo, lo sentía en cada uno de sus huesos y eso hacía que temiese aún más por el desenlace de aquella aventura. Vio a Teseo entre aquellos que enfrentarían el rigor del laberinto. Contrario a sus costumbres, el rey Minos, pues ya no podía llamarle padre, eligió esta vez la salida del sol y ofrecer el espectáculo en el anfiteatro donde se jactó del joven guerrero, uno de los tributos enviados por Atenas, que se había postulado para matar al Minotauro con tan sólo sus manos desnudas. Al rey le gustaba un espectáculo como al que más y si aquello podía humillar a los postulantes mejor aún.

—Hoy, este joven ateniense, ha declarado que vencerá al Minotauro y en pago de su hazaña sólo ha pedido una cosa; la mano de la princesa Arihagne.

Así que mantenía lo que le había dicho a ella, pensó mientras echaba un fugaz vistazo en dirección a su hermana Fedra, pero fue incapaz de adivinar su expresión bajo el velo.

—Sea pues, tráeme la cabeza del Minotauro y la princesa Arihagne será tu esposa.

No protestó por la falta de consulta, no quería empezar algo que distrajesse al rey o destituyese al guerrero en el que había puesto sus esperanzas, se levantó y permaneció allí, inmóvil mientras el rey se alejaba para reunirse con sus soldados y ejecutar su siguiente orden, la de conducir a los prisioneros a la entrada del laberinto.

Esperó hasta que el nutrido grupo se puso en marcha para moverse entre los soldados y detener a Teseo.

—Así que tú eres el valiente que ha decidido pedir mi mano a cambio de vencer a la bestia —declaró con voz fría, llamando su atención—. Tal hazaña se merece una prenda.

Sacó el ovillo de su peplo y se lo tendió solo para que el guardia que custodiaba al prisionero hiciese ademán de tocarlo.

—¿Osas interponerte en mi camino?

Los ojos del soldado se abrieron de par en par y retrocedió como si hubiese sido abofeteado.

—Mi señora.

Mantuvo la expresión ofendida que cabía esperar en una princesa de su rango y le dio la espalda de modo que no viese lo que hablaba con el guerrero. Lo miró a los ojos y optó por guardar silencio con respecto a lo que había escuchado entre su hermana y él, después de todo, ella no tenía el menor interés en desposarse con él.

—Ata un extremo a la puerta y asegúralo a la columna, entonces estíralo y llévalo contigo para marcar tu camino.

El muchacho cogió el ovillo, lo miró y sonrió con una petulancia propia de alguien acostumbrado a salirse siempre con la suya.

—Lo haré, alteza —murmuró en respuesta.

Entonces, antes de que pudiese dar un paso atrás, desenredó la tela de su peplo y extrajo el

último de sus regalos.

—Ten cuidado de que no la vean los guardias —le advirtió entregándole la espada—. Úsala para defenderte, pero no para atacar a criaturas inocentes. Atravesará todo lo que se ponga en tu camino y le dará instantánea muerte.

Su sorpresa ahora fue genuina, ocultó rápidamente el arma en su basta túnica y se irguió.

—Camina siempre hacia el sur y, cuando tengas dudas del camino, mira el suelo al inicio del corredor, si hay polvo no continúes. —Aquella había sido una de las enseñanzas de Asterión con respecto a las zonas en las que estaban colocadas las trampas. Si el polvo estaba intacto, quería decir que ese camino no se había transitado y que posiblemente habría alguna trampa en él.

Teseo entrecerró entonces el ceño, confundido por sus órdenes.

—¿Cómo sabéis...?

—El laberinto es traicionero, tenlo en cuenta cuando pienses en dar muerte al Minotauro.

Sin más, le dio la espalda y se alejó. Cada paso que daba en dirección contraria era como un agujero en su propia alma, pero tan necesario como la confianza en un hombre que ya no se la inspiraba.

Aferró con fuerza la sábana de la cama de hospital, bajó la cabeza y luchó con la congoja.

—Juro que estaba allí, esperándote —musitó con el corazón encogido, una solitaria lágrima deslizándose ya por su mejilla—, deseando verte aparecer, pero me arrebataron mi deseo. Malditos todos ellos y maldita yo por contribuir a ello.

EL BRAMIDO DEL MINOTAURO

Estaba llorando.

Podía sentir sus lágrimas, su voz se filtraba a través de la neblina, apartando la oscuridad y trayendo esa ansiada luz a la que tan desesperadamente quería aferrarse. Sus palabras hacían eco en su propio pasado, trayendo a su mente esas últimas horas en las que la esperanza había sido todo lo que había habitado en su corazón. Ella le había dado la vida, algo que Asterión no había conocido realmente hasta que ella se adentró en el laberinto. Se había ocupado de desvanecer su soledad, no había cesado en su empeño hasta hacerle hablar de nuevo e incluso le había enseñado a leer y a escribir. Él disfrutaba con todo lo que la hacía sonreír, con aquello que encendía esos hermosos ojos violetas. En sus brazos había conocido el deseo y su corazón había despertado de un largo letargo, sabía que ya no podía respirar sin ella, su ausencia sería la misma muerte.

La perspectiva de salir de ese encierro, de ver todo aquello de lo que le había hablado y hacerlo a su lado era como un sueño, uno que no se atrevía a creer todavía.

Desde el primer día en que se encontraron, Arihagne prometió que lo sacaría de allí, que lo liberaría de aquel encierro y hoy cumpliría esa promesa.

El retumbar de las puertas del laberinto al abrirse hizo eco en todo ese particular inframundo, parecía existir una acústica especial, como si su inventor desease que sus ocupantes sintiesen ese suspiro de libertad que nunca podían alcanzar.

Conocía el laberinto como la palma de su mano, había explorado sus entresijos desde cada una de esas cuatro puertas, pero nunca había conseguido encontrar esa entrada a través de la que penetraban los vivos. Era como si su destino fuese volver una y otra vez a esa sala, sin poder vislumbrar nada más.

Respiró profundamente, recogió la piel de padre y se la puso. Arihagne prefería verlo sin ella, pero no quería abandonar aquel lugar sin padre, él había sido su única compañía, el único con el que había crecido y no concebía la idea de abandonarle ahora.

Dejó la habitación sin una última mirada, atravesó por última vez uno de los cuatro umbrales y se internó en el laberinto en busca de aquel en quién había confiado su amada.

Entonces no sabía lo que le deparaba el destino, no sabía que ambos habían sido traicionados y que las promesas hechas nunca llegarían a cumplirse.

«Juro que estaba allí, esperándote, deseando verte aparecer, pero me arrebataron mi deseo. Malditos todos ellos y maldita yo por contribuir a ello».

Oyó su voz, clara, matizada por las lágrimas, por la desesperación y la culpa, por todo aquello

que él mismo había sentido al romper su propia promesa, la que le había hecho a ella.

«No luches contra él».

Las palabras de Arihagne resonaron en su cabeza, sin embargo era difícil mantener su promesa cuando ese mortal lo enfrentaba, con una espada dorada, dispuesto a darle muerte. Y no era el único, con él estaban otros cinco hombres dispuestos a presentar batalla.

—Este es tu último día en la tierra, engendro.

Se lanzaron hacia él y no le quedó más remedio que retroceder, esquivando sus embates al tiempo que evitaba deslizarse hacia los pasillos prohibidos. Su mirada cayó en el hilo dorado que llevaba envuelto en la muñeca, aquella era su salida, la pista que debía seguir.

Entrecerró los ojos y se movió de modo que quedó entre los hombres y Teseo, no habló, no les advirtió, dejó que el laberinto decidiese por ellos y se internó en las sombras, moviéndose deprisa. Pronto la muerte alzó su voz, las trampas se activaron bajo el peso de pies incautos, los alaridos se hicieron eco, resonando en sus oídos hasta que no quedó absolutamente nada más que el silencio.

Deambuló como un hombre que conoce su propio infierno y comprobó que el lugar se había cobrado nuevas vidas. No sintió remordimiento, no sintió pena, no pudo sentir nada mientras veía aquellos cuerpos sin vida o moribundos. Giró sobre sus pies y el destello dorado que vislumbró le avisó demasiado tarde de la hoja que se incrustó en su cuerpo, desgarrando la carne y haciendo que soltase un bramido inhumano.

—Muere, engendro, hoy se acaba tu reino de terror.

Jadeó, se retiró hacia atrás y sintió como esa hoja salía de su cuerpo. La sangre manaba con fuerza, empapándolo por completo.

—Ari-hag-ne.

Su nombre surgió como un ruego, como una declaración, le dio fuerzas cuando se quedaba sin ellas.

—No te atrevas a pronunciar el nombre de mi futura esposa.

El alarido del hombre lo previno de su nuevo ataque el cual logró esquivar.

—Un engendro que posee voz —siseó Teseo—, la maldición de los dioses es incluso mayor de lo que pensaba. No será suficiente con dar muerte a una bestia, deberé purgar todo el reino empezando por sus reyes.

Asterión no entendía nada, volvió a apartarse y terminó tropezando, la piel de padre paró esta vez el mandoble, haciendo rebotar el arma hasta que cayó al suelo.

—Maldito...

Se las ingenió para ponerse en pie, sin embargo, no se movió con la suficiente rapidez pues el hombre, versado en pelea, posiblemente educado como un guerrero se lanzó a por él con una rabia inusitada.

Rodaron por el suelo, lucharon como dos leones, uno para ganar otro para liberarse y escapar, se infringieron heridas y esquivaron a duras penas los pasillos llenos de trampas.

Jadeante, herido, perdiendo sangre, Asterión consiguió apartarse una vez más. Su oponente luchaba con una de las agujas de hierro que le habían atravesado, clavándolo en el suelo, el hilo dorado había sido seccionado por una de las agujas y tendía abandonado en el suelo, lo recogió y se lo enrolló en la mano, echó un último vistazo y dijo con voz clara.

—No soy un engendro —bramó con voz firme—. Soy Asterión.

Le dio la espalda y se arrastró, paso a paso recogiendo el hilo que lo llevaría a la libertad.

Ninguno había sido realmente culpable, solo víctima de sus propias decisiones, de desear algo

que estaba más allá de su alcance e intentar conseguirlo.

No quería escuchar su llanto, no deseaba ver sus lágrimas empañando aquellos hermosos ojos violetas, necesitaba con tanta desesperación llegar a ella que empezó a luchar con el sopor que inundaba su mente y lo mantenía en aquel limbo en el que había morado por más de mil años.

«Arihagne, mi Arihagne, no llores. Lo sé, siempre lo he sabido».

Sí, incluso aquella vez había escuchado su desgarrador llanto, sus gritos, pero no había podido hacer nada, no había tenido fuerzas o vida suficiente para decirle que sabía que ella era inocente.

Arihagne se moría por la espera, había escuchado los alaridos, los sonidos que los habitantes de palacio todavía confundían con el bramido de una bestia y que en realidad correspondía a la activación de las trampas.

Ignoró a la guardia que, armados, montaban guardia mientras luchaban por deshacer el hilo o incluso cortarlo sin éxito.

El rey estaba allí, con cada sonido de agonía sonreía lo que hacía que se le encogiese el estómago. Su hermana se aferraba a su madre quien parecía ajena a todo y todos, su mirada fija en la oscuridad del umbral.

—¡Cuidado! ¡Alguien se acerca!

La ansiedad la recorrió, se echó hacia delante con esperanza de ver a Asterión y abrazarlo, marcharse de allí, pero tiraron de ella hacia atrás.

—Arihagne, retrocede.

La voz de su padre.

—Preparaos —ordenó el rey, quien también estaba preparado para la batalla.

Sonido de pasos, un pesado jadeo y entonces la piel del toro blanco emergió de la oscuridad siendo lanzada a los pies del rey.

El aire se le atascó en los pulmones mientras veía emerger a un herido Teseo portando la espada ensangrentada que ella misma le había dado colgando de la mano.

—He matado al Minotauro, exijo mi recompensa.

Un alarido abandonó su garganta, el nombre de su amante brotó de sus labios y se lanzó hacia Teseo, dispuesta a arrancarle los ojos.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está? ¿Dónde está él?

Los ojos del hombre la atravesaron con frialdad.

—Muerto, esposa —declaró dejando clara su postura, entonces miró a Minos, quien parecía haber envejecido cien años en un solo instante—. Como lo están los veintitrés inocentes que sacrificaste durante estos últimos 27 años. Pero ya no más, se acabó... Tu tiranía ha llegado a su fin.

—Asterión... —susurró su nombre.

No, no podía estar muerto, no podía.

Se libró de su agarre y echó a correr hacia el laberinto, ignoró los gritos a su espalda, el agónico gemido de su padre antes de que el príncipe griego lo atravesara con la espada que ella misma le había dado. Se internó en la oscuridad gritando su nombre, las lágrimas emborronando su visión, se aferró al hilo que todavía permanecía allí, lo siguió en la oscuridad hasta que vio un resplandor al fondo, una tea ardía en el suelo al lado de un cuerpo inmóvil.

—¡Asterión! ¡No!

Soltó el cordón y se lanzó sobre su cuerpo, horrorizada por tanta sangre, desesperada por la falta de respuesta.

—¿Asterión? Háblame, Asterión —suplicó, lo meneó lo que le permitía su enorme envergadura

—. Amor, por favor, dime algo.

Pero no hubo respuesta alguna.

—Mi amor, por favor —sollozó—. ¿Qué te ha hecho? ¿Por qué te has enfrentado a él?

Volvió a sacudirlo, no podía aceptar lo que sugería toda esa sangre, no quería acertarlo.

—Asterión, despierta, vamos, levántate, tenemos que irnos —insistió desesperada—. Asterión.

—Así que era verdad...

La voz de Teseo inundó la oscuridad.

—Eres la ramera de la bestia.

Lo fulminó con la mirada, la rabia remontando en su interior.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué lo has matado? —se levantó y se lanzó hacia él queriendo arrancarle los ojos—. ¡Te mataré! ¡Te mataré!

Ni siquiera llegó a tocarle, un fuerte bofetón la lanzó al suelo, desorientándola, haciendo que le bailase la vista. Entonces le tiraron del pelo, levantándola a pulso.

—Cuidado, esposa, o podría pensarme de nuevo el desposarte.

Ella había reunido el valor de escupirle a la cara solo para recibir un golpe en la cara que la había lanzado al suelo, inconsciente.

No, ninguno había sido realmente culpable esa noche, solo víctimas de sus propias decisiones, de desear algo que estaba más allá de su alcance e intentar conseguirlo.

—Asterión, por favor, necesito que despiertes, necesito que vuelvas a mí... —escuchó su voz cada vez más cerca y, al mismo tiempo, todavía lejos—. Te necesito... te necesito...

No quería escuchar su llanto, no deseaba ver sus lágrimas empañando aquellos hermosos ojos violetas, necesitaba con tanta desesperación llegar a ella que empezó a luchar con el sopor que inundaba su mente y lo mantenía en aquel limbo en el que había morado por más de mil años.

«Arihagne, mi Arihagne».

HASTA EL FIN DE LOS TIEMPOS

Ari se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta, era incapaz de dejar de llorar y estaba sorprendida de que todavía le quedasen algunas. Esos últimos meses había derramado suficientes para llenar un océano, no recordaba haber llorado tanto en toda su vida, pero tampoco había tenido un motivo de peso para hacerlo.

Ahora su motivo estaba tumbado en esa cama, en un profundo coma de causas desconocidas, según los médicos, en un limbo del que solo ella podía traerlo de vuelta, según el maldito señor del Olimpo. Unos y otros tenían consejos y respuestas que no le servían absolutamente de nada, que no disminuían ni un poco el dolor que se había instalado en su pecho y que iba minando sus fuerzas.

—No puedo con esto, no otra vez, no soy tan fuerte —gimió rompiendo en sollozos, enterró el rostro contra su costado y lo abrazó, necesitando de su contacto—. Vuelve a mí, Asterión, por lo que más quieras, no me dejes enfrentar de nuevo este sufrimiento, no quiero perderte otra vez, no quiero.

Ya una vez había conocido el infierno al abandonar Cnosos, el dolor la había acompañado durante los meses de aquella interminable travesía por el mar. Lejos de su hogar, relegada a los bajos fondos de un barco, apaleada y despreciada había sido abandonada, ningún marinero quería tener nada que ver con la hija del rey que había sido prostituta de una bestia. En la oscuridad de la bodega, en medio de horribles y nauseabundos olores había cedido casi a la locura, su mente no hacía otra cosa que recordar la visión de su amado asesinado en el suelo del laberinto.

—Es mi culpa, es mi culpa, todo es... mi culpa.

Como una letanía repetía una y otra vez aquellas palabras, reconocía en ellas la culpabilidad que tenía al haber confiado en un farsante, en haberle proporcionado a un príncipe griego las herramientas para, no solo acabar con el reinado de su padre, sino con su amor.

Cnosos había sido arrasado, el rey había muerto delante de la entrada de su laberinto, la reina se había vuelto totalmente loca y se había lanzado hacia el interior del recinto encontrando sin duda el más horrible de los fines, solo Fedra parecía haber conseguido lo que quería. Su rostro había sido de pura satisfacción mientras arrancaba la corona de la cabeza de su padre y se la ponía para luego fundirse en un beso con el asesino que había penetrado en Creta para traer consigo la desgracia a su casa.

Ella había suplicado que la dejaran volver con Asterión, prefería morir con él que permanecer en las manos de su asesino.

Nadie la escuchó, la silenciaron a base de golpes hasta que su cara quedó tan hinchada que no podía ni hablar ni comer y la arrastraron a las entrañas de ese barco que regresaba victorioso a Atenas.

Qué ironía había sido ver las velas negras que habían llegado a sus costas volverse blancas para iniciar el camino de vuelta.

«Dios de los mares, escucha mi plegaria. Tú qué enviaste a Creta al Toro Blanco que sedujo a la reina, deja que me reúna con el hijo de ambos, castiga a su asesino y quédate con mi vida a cambio».

No sabía si Poseidón la había escuchado, pero, varios días de navegación después se desató una tormenta, el barco fue sacudido de un lado a otro, rompiéndose el mástil y obligando a subir a todo el mundo a cubierta.

Arihagne ni siquiera se lo pensó, saltó sobre la balaustrada y se lanzó al mar con el único deseo en su corazón de reunirse con su amado.

Pero los dioses nunca habían sido bondadosos, no con ellos al menos, se habían vanagloriado de poner trabas en su camino desde el mismo comienzo y, vida tras vida había seguido siendo así. ¿Por qué sino se encontraban ahora de nuevo separados a pesar de estar juntos? ¿Por qué tenían que volver a sufrir de esa manera? ¿Era acaso alguna retorcida prueba de algún tipo?

Abandonó la cama con el rostro bañado en lágrimas, no podía seguir ahí, viéndolo de esa manera, incapaz de llegar a él. Recogió su bolso de la silla, el abrigo y abandonó la habitación de hospital con el alma hecha pedazos.

El frío del atardecer la recibió con los brazos abiertos nada más salir del edificio, le refrescó el rostro y dejó que el aire penetrase de nuevo en los pulmones a pesar de los incontenibles hipidos.

Se pasó las manos por la cara sin éxito, las lágrimas seguían cayendo de manera implacable, negándose a irse, empañando su visión mientras se alejaba con paso tembloroso del lugar en el que descansaba su amor.

Su amor. Era extraño como esa palabra, que para ella había sido siempre ajena, tenía más de un significado, contenía la irracionalidad de sentir una mirada de fuertes emociones hacia un completo desconocido, la agonía que traía consigo la culpa de verlo en aquel estado, una que, en realidad no era suya si no de su yo en otra vida.

Lo que había sido una vez se había mezclado de tal manera a lo que era ahora que ya no encontraba una división real, de algún modo, parecía que hubiese dormido durante años, dedicándose en sueños a otra vida y, al despertar, lo onírico y la realidad se hubiesen vuelto uno solo.

Y luego estaba la complicada relación que la unía a Asterión, una que iba más allá de la eternidad, en la que se entremezclaban parentescos sin que eso hubiese importado en su vida pasada y sin saber si importaba ahora mismo.

Sí, sabía perfectamente y no solo por sus estudios, que en la antigua Grecia el matrimonio entre hermanos, primos y demás familiares solía darse, especialmente en las altas esferas y ya ni mencionemos entre los dioses, pero esta era otra época, aquello sencillamente no se hacía. Y, de una forma igual de enrevesada, hoy, ese parentesco que una vez los había unido ya no existía, no de una forma física. Él podía seguir siendo hijo de Zeus, seguir siendo un semidiós —si su cerebro se acostumbraba a todo aquello y conseguía aceptar que lo que había pasado, lo que estaba pasando, no era una retorcida pesadilla y estaba sucediendo en realidad—, pero ella, Ariadne Mínos, no era hija de un rey, no era nieta de un Dios Olímpico, no era más que una niña a

la que habían abandonado en una iglesia, una mortal que nada tenía que ver con todo aquello.

—Soy Ariadne, Ari Minos —se recordó a sí misma en voz alta, necesitando establecer una identidad, buscar un ancla entre aquel mar de absoluta locura que se había desatado a su alrededor—. Pertenezco a este siglo, a esta época, aquí he nacido y aquí es donde vivo... aunque mi corazón siga prisionero del pasado y del hombre que conoció entonces.

Esa era su verdad, la única a la que podía aferrarse.

Se giró, levantó el rostro hacia el edificio que había dejado atrás y tomó una profunda respiración.

—No puedo ser quién fui, Asterión, pero sí puedo enseñarte quién soy ahora —murmuró, ganando confianza ante sus propias palabras—. Ya no quiero vivir en el pasado, no quiero volver a llorar por lo que perdimos en otra vida, quiero descubrir lo que ambos podemos encontrar en esta.

Y la única forma de hacerlo era despertándole, enseñándole quién era en este mundo y ver quienes podían ser en él.

Cerró los ojos y dejó que su último recuerdo, el último momento que perduraba en su mente, se reprodujese por última vez.

El sonido del mar atravesó la neblina del pasado hasta su presente, sintió la húmeda arena bajo la mejilla sabiéndose en tierra firme. Ni siquiera el señor de los océanos la había querido en sus dominios. Le había traicionado, había hecho que matasen al hombre que amaba y nada ni nadie podrían borrar jamás ese horror de su alma.

Cerró los ojos y rogó a quienes quisieran escucharla que viniesen a llevársela, que terminasen con esa agonía de modo que pudiese reunirse con él y rogar su perdón. Nunca se perdonaría a sí misma hasta que él lo hiciera, le llevase el tiempo que le llevase, se disculparía, haría penitencia hasta que su alma quedase libre de pecado.

—Asterión —musitó a través de los cuarteados labios—, te esperé, tienes que saber que yo te esperé y que no deseaba tu muerte. La traición de Teseo pesará en mi alma eternamente porque él me arrebató lo que más he amado. Me apartó de ti.

Dejó que el sonido de las olas la acunase, que el calor del sol le calentase el rostro. Ojalá hubiese podido estar bajo este cielo y ante este mar con él, pero otros le habían arrebatado esa posibilidad, los dejaron con tan solo recuerdos y el anhelo de que, quizá algún día, volverían a reunirse y él pasaría con ella de la mano bajo un cielo azul y una noche estrellada.

—Hasta que nos encontremos de nuevo... amor... mío.

Su pecho subió una vez más, luego se detuvo, la muerte había llegado por fin a llevársela.

UN CORAZÓN DORMIDO POR FIN DESPIERTA

«*Gios, despierta*».

La voz de su padre, esa ronca y peculiar voz penetró en su oscuridad como una hoja cortando la carne.

«*Patera*».

Quería abrir los ojos, quería extender la mano y tocarle, preguntarle dónde estaba Arihagne, ¿por qué no la sentía cerca? ¿Por qué no escuchaba su voz? La necesitaba, quería llegar a ella, tocarla, saberla viva, saberla a salvo, pero aquella neblina era demasiado densa, por más que intentaba ascender no conseguía ver la luz.

«*Es hora de volver, Asterión, tu mujer ha esperado ya demasiado tiempo*».

Su mujer, su esposa, unos votos intercambiados en lo más profundo del laberinto, una unión secreta bajo la mirada de los Dioses, la única que contaba en su corazón y en su alma.

«*Deja ir el pasado y emerge en tu futuro, enfrenta la nueva vida que te espera*».

Una nueva vida, una promesa de salir de aquel laberinto, de aquella oscuridad, una que había escuchado tiempo atrás, cuando tendido en el suelo de aquella oscura bestia, rogaba que el olvido viniese a buscarlo y se lo llevase de una vez por todas.

—*Gios mou*, levántate.

Asterión no deseaba moverse, sólo quería quedarse allí, que el olvido volviese a llevárselo y así dejar de sentir dolor.

—Este ya no es tu lugar, Asterión, ahora eres libre.

Apretó los ojos. No quería abrirlos, no quería ver, no deseaba otra cosa que la mujer que lo había abandonado, a quién había perdido para siempre.

—Arihagne.

Su nombre le provocó dolor, su traición pesaba demasiado sobre su alma. Pero, ¿de verdad le había mentado? ¿Había sido tan ingenuo que no había reconocido la falsedad en ella? ¿Era terminar con su vida lo que había querido en realidad?

No, no podía ser, había escuchado sus sollozos, sus ruegos, ¿verdad?

—Arihagne...

La voz masculina se hizo más potente, surfeando su inconciencia, trayéndolo de regreso, una voz que conocía, que lo había acompañado durante buena parte de su vida.

—Se ha ido, *gios*, ha abandonado Cnosos.

Esa respuesta fue suficiente para darle fuerzas, para que abriese los ojos de par en par y se encontrase con aquel rostro pétreo, de facciones clásicas y unos ojos tan azules como los suyos, una réplica de los suyos, en realidad. Él, que parecía tan humano no lo era, él, quién había

permanecido a su lado durante tanto tiempo había perdido la piel del toro blanco y caminaba erguido como un humano.

—*Patera*.

No tenía dudas al respecto sobre su identidad, no importaba que disfraz llevase, sabía que era él, su padre y, cuando él asintió y le tendió la mano, esperando a que la aceptase, todo quedó claro.

—Ven, *gios*, ya no queda nada para ti aquí.

¿No quedaba nada? No, no era así, todavía quedaba algo, tenía que llegar a ella, tenía que verla, tenía que saber...

—Arihagne —pronunció incapaz de hacer otra cosa. No podía ni levantar el brazo, sentía la pesadez en cada uno de los músculos, la vida escapándose a través de la sangre que manaba de las fatales heridas que le había infringido aquel mortal—. Prometió que me esperaría fuera de las puertas. Tengo que... llegar a ella...

El pensar en su esposa le dio fuerzas, luchó para estirar el brazo y aferrar el que su padre le tendía y, tan pronto como el hombre enlazó el suyo todo su cuerpo sufrió un poderoso estremecimiento, escuchó un poderoso estruendo, el corredor se iluminó con un relámpago y al momento sintió como el dolor cesaba, como la fuerza volvía a restaurarse por completo, permitiéndole moverse de nuevo y ponerse en pie.

El hombre ante él era una versión más adulta de sí mismo, aunque el poder que lo vestía como una túnica, era tan poderoso que te instaba a inclinar la cabeza y postrarte de rodillas.

—Zeus.

La comprensión atravesó su mente como un rayo, la información surgió de la nada, pero estaba allí, sabía quién era, quién lo había engendrado y por qué.

El dios se limitó a asentir en respuesta a su muda pregunta.

—Ella dejó Creta, Asterión —le dijo entonces, contestando a la que había formulado en voz alta—. Se ha ido.

Negó una vez más. Eso era lo que le había dicho ese mortal, que ella se iría, que se la llevaría, la convertiría en su esposa y la mantendría lejos de un engendro como él.

—No soy un engendro.

Las palabras de la mujer se habían grabado a fuego en su alma, ella se las repetía una y otra vez, cada vez que dudaba estaba allí para enseñarle que era todo lo contrario, que los únicos monstruos moraban fuera del laberinto, no dentro de él.

—Mi esposa —levantó la mirada y se encontró con la de ese desconocido, con la de un hombre que, si bien había estado a su lado en forma animal, le resultaba ajeno en esta encarnación—. Quiero verla.

Esos ojos azules parecieron refulgir como si su petición le supusiese un desafío, pero, así como ese brillo vino se fue.

—Debes dejar ir el pasado, este es tu futuro, acepta la nueva vida que te espera y que ella te ha dado —le dijo el dios—. Ella cumplió con su promesa y ahora eres libre para vivir tu vida.

Negó con la cabeza.

—Ella es mi vida, *patera*, mi única vida.

Una verdad imperecedera. No estaría allí de no ser por ella, no tendría deseos de no ser por ella. Arihagne le había enseñado el significado de la vida, del amor y le había dado esperanza.

Zeus pareció verlo en sus ojos, comprenderlo al fin, pues aceptó su silenciosa petición.

—Tu vida ahora debe seguir sin ella, Asterión, has de verlo por ti mismo.

No tuvo tiempo de pensar en el enigma impreso en sus palabras, no hubo momento para formular tal pregunta pues, en el transcurso de un parpadeo su cárcel de oscuridad cambió a una tan brillante que le hizo daño a los ojos.

El mundo se abría ante él, lo que había escuchado solo en relatos se abría como una potente realidad. Tenía el cielo azul sobre la cabeza, no había paredes a su alrededor, la sensación de libertad era tan agobiante como impresionante, pero todo ello quedó relegado en el momento en que la vio tendida en la arena de aquella playa azotada por el mar, inmóvil, pálida, carente de vida.

—¿Arihagne?

Su piel estaba fría, su corazón ya no latía y su alma había abandonado para siempre ese cuerpo que ya no era otra cosa que una cáscara vacía. Acarició sus labios, los encontró inertes, carentes de esa ternura y pasión, ella se había ido dejándolo solo en un mundo demasiado grande, demasiado nuevo y aterrador.

—Me ha dejado, se ha marchado sin mí.

Notó la mano de su padre sobre el hombro y lo miró. Las lágrimas le empañaban los ojos, caían por sus mejillas manchando el cuerpo inerte de ella.

—Este no era vuestro momento, sólo un remanso en el camino de vuestro destino.

El dolor lo atravesó mientras su alma se daba cuenta de la pérdida y lloraba en consecuencia.

—¿Y cuándo llegará entonces ese momento? ¿Cuándo volveré a escuchar su voz? —recogió su cuerpo entre sus brazos y lo apretó—. No quiero vivir sin ella, no quiero estar bajo el cielo si ella no está a mi lado, no deseo esta vida si no puedo compartirla con aquella que me la prometió.

—No echarás en falta su ausencia, me aseguraré de ello —le dijo con un convencimiento que lo estremeció—. Su vida será un momento fugaz en la tuya, su nombre se desvanecerá de tu memoria...

—¡No la olvidaré! —bramó, su voz resonando en la playa. Se levantó con ella en brazos, acunándola contra su pecho—. No la olvidaré jamás y no la abandonaré. Me quedaré a su lado hasta que despierte, la esperaré, así tengan que pasar mil vidas y verla en el fin de los tiempos.

Le dio la espalda al dios y partió con su preciosa carga en brazos, necesitaba un lugar, un sitio en el que pudiese cuidarla como ella había hecho con él, dónde pudiese velar su descanso hasta el momento en que volviesen a reunirse.

—¿Ese es tu deseo, Asterión?

La voz del dios hizo eco tras de sí.

—Lo es.

Zeus se quedó mirando a su hijo mientras se alejaba con el cuerpo sin vida de la princesa cretense en brazos. Él sería el único que conocería realmente la tumba de aquella princesa cretense, el único que guardaría el secreto de su descanso durante miles de años permitiendo al mundo conocer una leyenda muy distinta de la que se había forjado hoy aquí. Poco sabía su hijo que su nombre perduraría para siempre entre los mortales, pero su historia, su amor, sería olvidado, ocultado convenientemente bajo otras palabras, otras versiones para favorecer a los héroes y dar a las futuras generaciones una lección muy distinta.

—Que así sea pues, Asterión, que así sea.

Sus destinos estaban entrelazados, ni siquiera los destinos habían sido capaces de cambiar su sino, debía aceptarlo y aguardar el momento de su reunión. Quizá entonces podría volver a tener a su hijo y volvería a escuchar de su boca como le llamaba padre.

—Gios, es hora de despertar.

Volvió a escuchar su voz, más clara ahora, ya no sonaba en su mente, el sonido llegaba a sus oídos.

—Ariane ha esperado demasiado tiempo, ¿vas a permitir que pase un solo día más con tu ausencia?

Tomó una profunda bocanada de aire que llenó sus pulmones haciéndolos funcionar a otro nivel, repitió la operación sintiendo como dejaba atrás aquella oscuridad y la luz empezaba a penetrar a través de las rendijas formadas por sus ojos.

—Patera...

Su voz sonó débil, pero era suya, resonaba en sus oídos. Se esforzó por abrir los ojos, luchó contra la molesta luz hasta que pudo fijar la vista en un punto, en un techo de color blanco, con algo... una lámpara, eso era aquello, una lámpara sobre su cabeza.

—Bienvenido a tu nueva vida, Asterión.

Ladeó la cabeza y lo vio allí, igual y al mismo tiempo distinto. Sus ropas, aquella extraña indumentaria empezó a cobrar sentido en su confusa mente al tiempo que se formaban las palabras para cada prenda, que su significado cobraba comprensión. El conocimiento llegaba a él a raudales, dotándole de lo necesario para sobrevivir en aquel mundo nuevo.

—Mi... Mi Arihagne... —levantó la mano con pesadez—. ¿Dónde está? Quiero... quiero verla.

El miembro masculino sujetó el suyo y notó la dureza, el calor y el poder residente en él pasando a través de sus dedos a su propio cuerpo.

—Pronto, *gios*, pronto —le aseguró buscando su mirada hasta encontrarla—. Ari aparecerá por esa puerta en unos minutos, pero antes tienes que saber unas cuantas cosas sobre el mundo en el que has despertado, la época en la que estás y quién es la mujer que has estado aguardando durante tantas vidas.

—Ella es mi esposa, patera.

Una simple verdad, algo irrefutable y que sabía en lo más profundo de sí mismo.

—Lo es, pero también, es más, mucho más.

UNA ETERNIDAD POR TI

Ari respiró profundamente antes de abrir la puerta de la habitación. Estaba decidida a decirle al hombre durmiente unas cuantas cosas y, cuando terminase, más le valdría despertarse o montaría tal rabieta que tendrían que llevarla a ella a la planta de psiquiatría para tratarla allí.

—De acuerdo, allá vamos —se animó a sí misma.

Curvó los dedos alrededor de la manilla y esta cedió bajo su esfuerzo, empujó y entró con la cabeza en alto, dispuesta a empezar su discurso.

—Asterión, he decidido que tienes que despertarte porque...

Las palabras murieron en su garganta en el momento en que sus ojos hicieron contacto con aquella ancha espalda cubierta con la chaqueta del pijama del hospital. Sentado en la cama, de espaldas a ella, estaba él, el hombre por el que había pasado los últimos dos meses pegada a una cama de hospital, recordando el infierno vivido en una vida pasada, añorando un amor del que en realidad no sabía nada y deseando tener el tiempo suficiente con él para descubrirlo en cuanto despertase.

Él notó su presencia, pues se giró lentamente, apoyándose en la cama hasta que unos increíbles ojos azules coronados por oscuras pestañas se clavaron en ella. Durante unos interminables instantes todo lo que hicieron fue mirarse, entonces esos labios que había acariciado mientras él dormía, que había besado fugazmente presa de la nostalgia se curvaron lentamente hasta formar la sonrisa más sexy que había contemplado jamás.

—Estoy despierto, Arihagne.

El sonido de su voz fue como una descarga eléctrica para su cerebro, hizo que se tambalease al extremo de tener que sujetarse a la puerta.

—Eh... esto... vale.

Su mente estaba hecha papilla, todo lo que podía hacer era mirar esos ojos, ese rostro, ser consciente de que estaba despierto.

—¿Arihagne?

De nuevo su nombre, con esa peculiar forma de pronunciarlo, una que le provocaba unos inesperados y absurdos escalofríos de placer.

—¿Sí?

Su respuesta fue extender el brazo en el que todavía tenía puesta la vía, sus dedos largos una invitación que se encontró aceptando al momento.

Cruzó la distancia que los separaba, posó su mano en la de él y automáticamente las lágrimas que le había costado dominar volvieron a brotar sin más.

—Oh, por Dios, ya estamos otra vez... —se quejó—. No hago otra cosa que llorar.

Él cerró los dedos alrededor de los suyos, esperó a que diese la vuelta a la cama, sin soltarla y,

cuando la tuvo delante, sonrió aún más.

—¿Por qué lloras, *agapi mou*?

Amor mío. Aquellas palabras la derritieron al instante incrementando las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Porque pensé que nunca te despertarías y entonces... —se las ingenió para limpiarse la cara con la única mano que tenía libre—, y entonces yo no tendría oportunidad de conocerte, de conocerte de verdad. Porque, tengo que ser realista, en realidad no te conozco, te recuerdo sí y, de una forma inexplicablemente absurda te quiero, te quiero muchísimo, pero no te quiero a ti, sino a él... Y ni siquiera soy yo la que te quiere, es Arihagne... Y yo soy Ari y... ¡Nada de lo que digo tiene el menor sentido!

—Por el contrario, Ari, lo tiene todo —le aseguró acariciando sus dedos de la misma manera en que ella le había acariciado la mano mientras estaba inconsciente—. *Patera* ha estado aquí y me lo ha explicado. Lo entiendo, sé que este es otro mundo, otra época y que tú y yo, no somos los mismos que fuimos.

—¿Ese chalado ha estado aquí? ¿Cuándo? —Giró para mirar alrededor de la habitación como si esperase que apareciese allí de un momento a otro.

Él, sin embargo, tiró de su mano, acercándola a su cuerpo, teniéndola ahora lo bastante cerca para acariciarle el rostro, apartarle el pelo y contemplar sus ojos.

—Veo las similitudes y también las diferencias —comentó acariciándole la mejilla, delineando sus cejas—. Conservas esos hermosos ojos violetas que siempre me dieron esperanza.

Tragó ante sus palabras, no podía hacer otra cosa.

—Te he echado tanto de menos, me has hecho tanta falta... —continuó absorto en sus pensamientos. Entonces, sacudió la cabeza, la ladeó ligeramente creando en ella una especie de *déjà vu* y se lamió los labios—. No, pero no es suficiente.

—¿No lo es? —Había sonado a puchero, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, dejó caer la mano que la había acariciado y la posó sobre la que ya retenía la suya, enjaulándola.

—Este es un nuevo comienzo —respondió, respiró profundamente y la sorprendió con una inesperada presentación—. Hola, Ariadne, soy Ash Kouros y he esperado toda la eternidad por ti.

No pudo hacer menos que sonreír ante su forma de hablar, ante la pasión y la seriedad que puso en cada palabra y el sentimiento que había en la última frase.

Asintió, se secó las lágrimas una vez más y le dedicó su mejor sonrisa.

—Hola, Ash, soy Ari Minos y no tienes idea de lo feliz que estoy de verte por fin despierto.

Ambos se sonrieron, mirándose, reconociéndose, aprendiendo de nuevo quién era cada uno y, sobre todo, dispuestos a descubrir quienes podían llegar a ser juntos.

MIENTRAS LOS DESTINOS LO QUIERAN

Meses después...

Ari sostuvo con más fuerza la mano masculina que envolvía la suya mientras recorrían las ruinas de una civilización ya extinta, una de la que ambos podían hablar con pleno conocimiento de causa. Si bien aquella no era la primera vez que estaba en las ruinas del palacio de Cnosos, sí era la primera que las veía desde otra perspectiva, una que venía imbuida de ecos de un pasado, de una vida de opulencia, de un momento en la historia que no era como se había retratado y que había traído consigo demasiado dolor.

Ash permanecía tranquilo, demasiado calmado, en realidad. En los últimos meses había llegado a conocer bien al hombre con el que se había prometido y contraería matrimonio en unas semanas. Había sido precisamente eso, la fecha de su próximo enlace lo que lo llevó a pedirle la semana anterior que visitasen aquel lugar.

Durante el tiempo que había estado en el hospital, Zeus había aparecido esporádicamente para «tramitar» algunos asuntos y procurarle a su hijo una identidad y una vida para cuando abandonase aquellas paredes. Tenía que darle crédito al Dios, era como un agente del FBI con impresionantes contactos y el dinero suficiente como para comprar todo lo que se le antojase; incluida una identidad.

Así era como Ash Kouros, un solitario y hermético especialista en arte griego había llegado al mundo y había entrado en su vida. Su residencia estaba en Atenas, lo que al principio había supuesto un punto de inflexión en una relación demasiado nueva, demasiado extraña y que había terminado en una excedencia por su parte a la universidad ateniense. Ari tenía que admitir que el cambio de aires la había beneficiado, para empezar una nueva vida hacía falta dejar la vieja atrás y eso era lo que estaban haciendo hoy aquí.

—Solo vi una vez el exterior del palacio, fue con el amanecer, teñido de naranja, en ese punto exacto en el que las sombras empiezan a diluirse para dar paso a la luz de un nuevo día —rompió a hablar, su voz matizada por un pesado acento que le resultaba de lo más sexy—. El día en que te llevaron de mi lado.

Notó como se tensaba, fue solo un instante, pero estuvo allí.

—He estado innumerables veces aquí por mi trabajo —comentó a su vez, mirando las tres columnas de color rojo que sostenían todavía un trozo de techo amarillo, uno de los fragmentos más llamativos de la excavación y en cuya pared se encontraba uno de los frescos más característicos de la cultura minoica—. Siempre lo vi como algo lejano, como un sueño. Quería creer que la reconstrucción que hacía mi mente era parte de mi imaginación y no una fotografía del

pasado. Hoy, ahora, en este mismo instante, siento tanto tristeza como odio al mirar este lugar, no creo que pueda volver a verlo nunca como lo que fue, ni tampoco siento ganas de desvelar lo que yace en su interior.

—El verdadero laberinto —completó él por ella.

Se quedaron en silencio, entonces él aprovechó para soltar su mano y envolverle la cintura, atrayéndola cerca, como si de ese modo pudiese preservarla de toda aquella civilización.

—Este fue nuestro pasado, Ari, quería venir aquí para saber que realmente existió y ahora que lo he visto, ya puedo dejarlo ir —declaró, se lamió los labios y bajó la mirada sobre ella. Era una montaña en comparación con ella y le gustaba eso, la hacía sentirse más protegida—. Quiero empezar una vida contigo desde cero, sin nada que entorpezca nuestro futuro.

Asintió, levantó la mano y le acunó la mejilla.

—Ese es también mi deseo, Ash —aceptó tirando de él hacia abajo, hacia sus labios—. Ya no soy Arihagne, ni tú el Minotauro, somos solo dos personas que se aman y que el destino ha vuelto a reunirlos para que puedan vivir ese amor.

—Te amaré toda la eternidad, mi princesa.

Sonrió y se puso de puntillas para besarle.

—Y yo estaré ahí, esperándote, para recibir ese amor, mi Asterión.

Y lo estaría, eternamente, vida tras vida, mientras los destinos lo quisieran, ella lo esperaría con el corazón lleno de amor y el alma de esperanza.

¿Te ha gustado la novela?
Pues colabora dejando tu comentario en **Amazon** ^_^
Muchas gracias

Mia Campbell

-
- [1] Eres mía. En Griego.
 - [2] Mi sacerdotisa. En Griego.
 - [3] Hijo mío en griego
 - [4] Padre en griego
 - [5] Hijo en griego

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO DELFOS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[EPÍLOGO](#)

—MINOS—

[CUANDO LOS DIOSES DECIDEN](#)

[UN ALMA PERDIDA EN BUSCA DEL HOGAR](#)

[DÓNDE ESPERA LA MUERTE](#)

[EL HIJO DE CRETA](#)

[LA VOZ DEL LABERINTO](#)

[EL DURMIENTE DE GORTINA](#)

[MI LUZ EN LA OSCURIDAD](#)

[LA PROMESA](#)

[LUZ ENTRE TINIEBLAS](#)

[NO EXISTEN LOS HÉROES](#)

[EL BRAMIDO DEL MINOTAURO](#)

[HASTA EL FIN DE LOS TIEMPOS](#)

[UN CORAZÓN DORMIDO POR FIN DESPIERTA](#)

[UNA ETERNIDAD POR TI](#)

[MIENTRAS LOS DESTINOS LO QUIERAN](#)